





**Colección Abuelos y Nietos, N° 6**  
**Asociación Mayores de Navarra "Sancho el Mayor"**



## **Título**

*Navarra de la A a la Zeta*

## **Autor**

*Victor Manuel Arbeloa Muru*

## **Fotografías**

*Alfonso Bañón Seijas y otros*

## **Edición**



Asociación Mayores de Navarra "Sancho el Mayor"  
Plaza Príncipe de Viana, 1 -4ºA · 31002 Pamplona (Navarra)  
Teléfono: 948 227 211  
e-mail: sanchoelmayornavarra@yahoo.es

## **Copyright**

© Textos: *Victor Manuel Arbeloa Muru*

© Fotos: Sus autores

**Depósito Legal:** NA 2726-2018

Impreso en Pamplona - Navarra - España - Unión Europea







Victor Manuel Arbeloa Muru

NAVARRA,  
DE LA A  
A LA ZETA

En recuerdo de Javier Igal



# Índice

Introducción .....	10
<b>A</b>	
Una vuelta por Aibar .....	15
El pantano de Alloz ya está lleno .....	23
La vieja y nueva Andosilla .....	29
En La Chantrea y Ansoain .....	37
Santa María de Arce .....	41
Parque fluvial del Arga .....	47
Soy el Cerco de Artajona .....	53
Auza encantada .....	55
<b>B</b>	
Por las nuevas Bardenas Reales .....	63
Belagua, entre nieves .....	69
Las Éretas de Berbinzana .....	75
Bértiz en abril .....	81
<b>C</b>	
Siguiendo al Cidacos .....	89
Tierras de Codés .....	95
<b>E</b>	
Errotazar: entre San Pedro y Aranzadi .....	109
Mayo en Estella .....	113
<b>F</b>	
Fiestas .....	121
<b>G</b>	
De Gorriti a Uitz y Lekunberri .....	127
<b>I</b>	
Carnaval en Ituren .....	135
<b>J</b>	
San Juan de Pie de Puerto .....	149
<b>L</b>	
La batalla de Lácar .....	159
Valle de Lana .....	163
En la Trinidad de Lumbier .....	169

## **M**

Con el Ebro, desde Mendavia a Lodosa.....	179
Viejos señoríos: Eza y Montalbán .....	187
El Moncayo desde Buñuel.....	193

## **N**

Nagore lacustre.....	199
----------------------	-----

## **O**

La Cruz Roja en Oroquieta.....	207
--------------------------------	-----

## **P**

El Reino de Pamplona .....	215
El euro en Peralta.....	225

## **R**

Rada, Murillo y El Ferial.....	233
Por el Romanzado y Urraúl Alto.....	241
El Canto de Altabiscar .....	249

## **S**

En la magdalena de Sangüesa.....	257
San Miguel de Aralar .....	267
Señor Santiago.....	273

## **T**

Pregón de las XIII Jornadas de la Verdura de Tudela.....	281
----------------------------------------------------------	-----

## **U**

Carlistas en Ultrapuertos.....	291
Campo de golf en Ultzama .....	297

## **V**

Vuelvo a Viana una tarde fría .....	305
-------------------------------------	-----

## **Z**

Un recorrido por el viejo Zizur Mayor .....	309
Rodeando a Zúñiga .....	313

## INTRODUCCIÓN

Sobre Navarra he escrito muchas páginas literarias. Los quince volúmenes publicados en la serie Por Navarra, no las recogen todas, pero sí la mayoría de ellas. A uno de sus volúmenes se parece este libro, que me piden mis amigos Alfonso y Pedro, responsables de la benemérita Asociación Mayores de Navarra Sancho el Mayor, con la que colaboré literariamente, recién fundada por el intrépido navarro de Carcastillo, Javier Igal, a quien se lo dedico.

Pero en este nuevo volumen, cuyos capítulos son casi todos inéditos, he intentado, dentro de lo que cabe, un equilibrio mayor entre las diferentes zonas de nuestra geografía foral, y también entre los temas comunes de nuestro rico repertorio: protohistoria e historia; poblaciones y repoblaciones; instituciones, y personajes; relaciones públicas y privadas; ciencia y arte; literatura y arquitectura; fiestas, tradiciones y devociones; conflictos y batallas; ríos y embalses, montes y valles, bosques y regadíos, cultivos y productos de la tierra...

Muchos siglos antes de Cristo los profetas de Israel y los escritores griegos nos enseñaron a amar a nuestros pueblos, a los que conviven con nosotros. Y en sus círculos filosóficos nació la virtud de la piedad, la que cultiva el cuidado y el amor eficaz para con Dios y nosotros mismos, para con nuestros padres y familiares, para con nuestros vecinos y conciudadanos. Cuidado y amor, que se extiende, especialmente desde el cristianismo, a todos los hombres, a los que se nos ordena amar como a nosotros mismos, y aun como Cristo nos ama.

Pero comenzando, para no engañarnos, con los que tenemos alrededor. ¿Cómo podremos amar -podríamos preguntarnos en tér-

minos evangélicos- a quienes no vemos ni alcanzamos a conocer, si no amamos a los que vemos y tenemos delante de nosotros?

Y para cuidar y amar, incluso para estimar humanamente, a cualquier hombre o grupo de hombres, hay que conocerlos. De ahí la necesidad del conocimiento de la historia y del conocimiento de la realidad social que nos ha tocado vivir.

No tienen otro fin todos estos libros que he ido escribiendo a lo largo de mi vida, y el de éste en particular. Conocer Navarra, esta patria que nos ha tocado, después de la de nuestros padres, familiares, amigos, vecinos y paisanos más próximos. Para cuidarla y amarla, para corregirla y mejorarla cuando sea necesario. Ayudar a conocer de primera mano nuestra historia y geografía, muestra común realidad en todos los sectores y momentos de nuestra vida.

Toda ella debiera ser un aprendizaje continuo de lo que fuimos y somos, para poder llegar a ser lo que podemos y debemos ser.

¡Ahí es nada!

Víctor Manuel Arbeloa Muru

*Pamplona, julio de 2016.*

*[www.vmarbeloa.es/biblio](http://www.vmarbeloa.es/biblio)*





A



---

---

# UNA VUELTA POR AIBAR

Tantas veces pasando por Aibar, a los pies del viejo Aibar, bajo ese ovillo de piedra color de piedra, bajo esa grey arracimada de piedra pastando al sol y a todos los meteoros, bajo ese casco de piedra con su morrión de pinos, bajo ese solemne y pétreo anfiteatro residencial..., y siempre sin un rato de reposo para recorrerlo y verlo amorosamente. Ese rato llegó. Subí por la calle agrietada del nordeste, entre casas recién terminadas y bajo una serie de granjas avícolas con pequeños silos de metal. Era una tarde del primer otoño, lucía un sol pálido y hacia la sierra de Leire llegaba un frente lento de borrascas. Era una hora propicia. No se veía a nadie, como si todos se hubieran ido de excursión dominguera. Sólo se oía el griterío del lejano campo de fútbol.

Por abajo se entrelazan unas cuantas casas antiguas, alguna de ellas de noble porte, entre bajeras y huertos. Tras el barranco de San Ginés, embellecido de salgueros, pitas y otras plantas, se

asienta el nuevo barrio de San Francisco Javier y la nueva urbanización en torno al Camino del Monte.

Seguí caracoleando entre viejas paredes y alguna casa en construcción hasta dar con el corpachón de la iglesia de San Pedro frente a la que había varias casas de piedra remozadas, con unos jardincillos donde jugaban dos niños. Entre las últimas casas, mejor o peor reconstruidas, trepé hasta los dos depósitos de agua, uno de piedra y otro de cemento. Un poco más alto, en el tozal, un pinar guarda la rumorosa memoria del célebre castillo, atalaya estratégica sobre el Valle de Aragón, en juego conjunto con los de Sangüesa, Rocaforte, Peña, Cáseda, Gallipienzo, Ujué...

Una crónica recogida en el Códice de Roda habla de la batalla del año 882 entre Muhammad Ibn Lubb contra el rey pamplo-nés García Íñiguez, muerto en el combate: Fractus est castro Aibarria a Mohamed Iben Lup et Mahel (Mohamed Iben Lup y Mahel rompieron la fortaleza de Aibar). El castillo quedó como símbolo del pueblo en su escudo, en forma de torre dorada sobre fondo de gules, acompañado después por las llaves petrinas de su Patrono.

Tras la reconquista, el linaje de los Aibar, los barones o ricos-hombres originarios del lugar, los Fortuñones, los Gil, Jiménez, Ruiz, Álvarez... fueron en Navarra, y fuera de Navarra, hasta en Cherburgo, alcaides, capitanes, embajadores, además de chambelanes, consejeros reales, tutores, bachilleres, notarios, arcedianos o vicarios generales.

Pero el valle de Aibar (Ayvar, Ayvarr, Agibare, Aigebar, Aiberi) había servido mucho antes de asiento, bien regado y bien defendido, a pobladores de la Edad de Bronce y después a los romanos, muy presentes en toda la zona, como lo muestran los restos hallados en El Llano, Soreta y El Solano: la figurita en bronce de un joven desnudo escanciando un odre de vino y Lucio Sempronio

Gémino, que dedica un ara a Jupiter, son los primeros aibarreses que conocemos.

Aibar siguió siendo plaza y fuerte estratégicos, con muchos y conocidos tenentes, frente a incursiones de agarenos, aragoneses o castellanos, lo que le dio días amargos. Por algo la conquistó don Carlos en lucha con su padre el rey don Juan II y sus agramonteses, aunque tuviera que sufrir allí mismo derrota humillante en 1451. Menos mal que Carlos II la liberó de pechas anuales y Carlos III le concedió nobleza general, alcalde y libertad de comercio, y el mismo Príncipe de Viana, en cuanto pudo, la hizo noble y buena villa, muy leal y fidelísima.

Los 499 kilómetros cuadrados del término –de la cumbre de Izco al río Aragón– rodean el cerro poblado, entre los altos próximos de San Ginés, Caracierzo del Barrio, Santa Cilla y El Paco de Uñesa. Bajo el monte de la Magdalena veía yo Leache, horizontal y compacto. Entre Sada y Ayesa, los montes travesaños de Santa Ágata, San Salvador y San Miguel. Al norte, la escala montañosa hasta la cima de Anchurda, con los molinos eólicos cabalgándola, mientras, al otro lado del Alto de Aibar, nuevos caballeros de viento cabalgaban la sierra de Salajones. Por el sur los ojos se me



**Aibar**

iban por las azuladas calimas de las sierras de Ujué, Gallipienzo, San Pedro y Peña.

En el largo y ancho campo aibarrés, desde el pueblo hasta el Saso, se apagaba el amarillo reseco de los cebadales cosechados esa vez; se mantenía el verde sufrido de los olivares, lejana ya la famosa helada de 1830; se brillantaba el verde glorioso y frutal de las viñas en sazón; algunos huertos salpicaban de rojo y rojiverde las cuadrículas, e iban y venían chopillos, mimbreras y saúcos junto a las madres de ríos, barrancos y regachos

Recorrí, dando vueltas y revueltas, la larga y quebrada calle del Cerco, estrecha, solitaria, de dura y fría piedra seca, como muchas casas originarias, bien arregladas y habitadas a trechos. Había varios coches de San Sebastián y Bilbao. Desde una vieja era, hoy terraza-jardín con dalias, crisantemos, adelfas, cerezos... delante de una casa renovada, con pimientos en el balcón, contemplé las diferentes filas del anfiteatro medieval, su orientación semicircular de oeste a este, con sus anchurones y plazuelas, cantones, cuestras y costanillas –con regatos centrales-, escaleras, callizos, rincones y belenas, todo bien pavimentado, con las piedras originales vertebradas o en espina de pez, o con losas, losetas o cemento. Podía ver parcialmente las carreteras de Lumbier, Leache, Caparroso, Sangüesa y la travesía de Tafalla, junto a las que se agolpan bares, servicios o talleres, el nuevo frontón y las piscinas, y junto a las que han ido ubicándose, mal que bien, el Arrabal de Santa María y los Barrios de la Milagrosa, de san Juan, y nuevas urbanizaciones.

No hay como dejarse perder entre el callejio, en aventura sentimental, viviendo el aire y el embrujo de los muros altos, casi siempre góticos tardíos y posteriores, de dos, tres o cuatro niveles, con casas de piedra elemental, o ligeramente enlucida, todavía con algunos dinteles manchados de cal, o ya bien revestidos y restaurados. Un gato saltó de un plato de pan mojado al tejado cercano

de la calle del Cerco. Bajando por ella me encontré en el atrio empedrado de San Pedro, sombreado por cinco devotos plataneros y con buenos trancales. Crujía el reloj las cinco de la tarde.

No era cosa de detenerse en esa iglesia catedral románico-renacentista, que es el tesoro de Aibar, con su devocional y bellissimo Cristo del Amparo, sus capiteles, retablos... y me dejé bajar por la calle del Patrono. Puertas doveladas, algún escudo local en clave, unas casas sencillas en la parte oriental forradas de parras, rosales, correhuelas rosadas, dondiegos... Llegué a la casa del pasadizo porticado con grandes arcos sobre pilares. La tradición sitúa allí la casa de aquella enamoradora doña Sancha, de la que se prendó nada menos que nuestro Sancho el Mayor y de la que nació el futuro primer rey de Aragón, a quien tocó como dote en 1035 la tenencia de Aibar.

La calle Mayor, que comienza entre tapiales de huertas en la misma carretera atraviesa dando quiebros la línea cintural del casco



**Plaza Santa María (Aibar)**

antiguo. Me desvié pronto hacia arriba por la calle o barrio Opaco, a la que opaca u oscurece la mole de la iglesia quitándole el sol. En la calle Mayor hay dos pasadizos altos y varias casonas soberbias, como la que tiene la portada con dovelas almohadilladas, o la mansión de varios volúmenes, con escudo entre leones y con leones, que reza *De los Arbeloa de Lozano*.

Allí encontré al primer paisano andante, que me explicó dónde estaban antes las cuadras de la casa o la bodega y dónde está ahora el *merendero* de unas cuantas mujeres que se juntan las tardes de fiesta. Aibar es el pueblo de los Arbeloa. Dieciséis familias al menos tienen ese primer apellido y otras lo tienen como segundo. No sé si de esa casa salieron los abades premostratenses y cistercienses de Urdax y de Leire, de los que hablan los diccionarios.

La contigua casa Garro, de imponente factura, con sus balconillos semicirculares y de alfeizar moldurado, merece un miradón. Dejé a un lado la calleja del Aguardientero -Aibar exportaba aguardiente a Roncal y Salazar-, por la casona en chaflán que le da el nombre, y topé con la calle transversal de Centro Iriarte. Mientras miraba una casa del siglo XVI, unos churumbeles jugaban con el picaporte de otra casa cercana. Uno de ellos, que se cogió los dedos y acusaba a una chica del grupo de la fechoría, se vino hasta mí a que le hiciera justicia.

Continué hasta dar en el extremo este con el barrio-calle de la Ontina, donde platicaban unos paisanos. Isidoro y Francisco me reconocieron y nos pusimos a hablar del barrio y del pueblo. Francisco que andaba arreglando su casa con reloj de sol, me enseñó que por allí venían peregrinos jacobeos que se desviaban del cercano camino que sube desde Rocaforte. Lo cierto es que por Aibar pasaba ya una calzada romana que acercaba poblamientos romanos por Sada, Ezprogui, Artariain, Orisoain, Catalain, Garinoain, Artajona y Andelos-Andión.



Francisco iba para el club de jubilados, en una esquina del decimonónico caserón municipal de la Plaza, frente al descuidado y viejo frontón. Pero aún me quedaban, y fui a recorrerlas, la muy decorada, curvada y refrescante calle del Cierzo, y la de Santa María, por la pura basílica románica del siglo XII, y algunas otras, por donde subí y bajé, o me descolgué, feliz de recorrerlo todo. Al bajar al llano, por donde todos pasamos sin ver casi nunca nada, me esperaban la Bodega Cooperativa (1938), el crucero renacentista, el pequeño acueducto, la fuente con ascas grandes, donde ya no se puede lavar coches ni aperos, o el antiguo lavadero que parece intacto.

Tenía razón el querido amigo a quien encontré en los últimos trancos. Por una cosa o por otra, hay que volver a empezar. Aibar: volver a empezar, a subir y a bajar.



---

---

# EL PANTANO DE ALLOZ YA ESTÁ LLENO

Después de verlo, desde hace años, unas veces vaciado, otras vuelto a vaciar; un año, medio vacío, otro año, medio lleno..., por fin, tras las lluvias tardías de marzo y abril, he visto ahora casi lleno el pantano (nunca decimos embalse) de Alloz, de 930 Has de superficie y 84 Hm<sup>3</sup> de capacidad.

Está la tarde toda atravesada por las tormentas abrileñas. Unas veces seria, y otras, sonriente. Por la autovía del Camino se llega pronto al lugar. La entrada en dirección de Alloz está muy protegida y ornamentada. Pasamos bajo el canal de Mañeru, y en seguida junto al viejo molino y al monasterio, que un día describió el viajero por dentro y por fuera. El contraembalse, o pantano

pequeño, está también casi lleno y el agua azul hace más pálidos aún los carrizales, que le ocupan un tercio y son un manso refugio de aves migrantes. Las antiguas villas del lado izquierdo, rodeadas de color verde, añaden un color más. A pie de presa del contraembalse sale el canal hacia la central eléctrica, situada 12 Km más abajo, en término de mi pueblo. *El canal* y *La central* no son allí dos topónimos más.

Los edificios de la base del pantano están muy viejos. Descoloridos por el tiempo los enormes tubos que llevan el agua al canal. Siguen imponentes las rocas altas, severas, negruzcas, que apenas dejan hueco al hormigón del dique. Una de ellas rebasa la altura de la presa, de bóveda y cúpula, de 67 metros. Sale con estrépito



**Embalse de Alloz**

el agua del aliviadero de compuertas, con capacidad de descarga de 155 m<sup>3</sup>/s: el agua que exige el río Salado, padre del embalse, y la que sobra estos días de superávit pluvial.

Por una carretera casi de caracol llegamos a la altura del pantano, cuando el sol acaba de derramarse por toda la superficie de agua embalsada poniéndola bella de verdiazul primavera. La luz silenciosa crea pasmo, sosiego, felicidad contagiosa. Bajamos las largas escalerillas de piedra. Nos asomamos a la curva balconada de la coronación. Recordamos aquel coche blanco que vimos, hace años, en el fondo vacío. Un cierzo recio nos levanta gotas de agua hasta la cara. Volvemos con los paraguas que hacen casi de pararrayos.

Ladeamos por la carretera la forma alargada y sinuosa, a veces braquial, del vaso. Nos detenemos en Lerate, que era para muchos de nosotros, hace cuarenta años, la playa natural de toda la comarca redonda que cobija la cumbre de Campo Real. Nos metemos por un camino embarrado. No podemos entrar hasta la orilla. Pero identifico bien aquellos yerbines, donde acampábamos, nos bañábamos, jugábamos con los pequeños, comíamos, hablábamos, lo pasábamos muy bien. ¿Para qué queríamos ir a San Sebastián? El agua llega ahora hasta donde entonces llegaba. Unas palomas se acercan a la orilla. Vuelve un coche aparcado cerca del nuestro. Allí lejos se ven las velas blancas del campin (adaptación académica propuesta para la palabra inglesa), las boyas, los mástiles. A nuestra derecha, a una distancia discreta, sigue la docena de villas que se levantaron hace unos cuantos años.

Subimos a Lerate, Valle de Guesálaz, de 20 habitantes, y lugar lacustre. En *Google Earth* se denomina unas Veces *Lake of Lerate* (Lago de Lerate) y otras *Lake of Alloz* y hasta *Valle de Alloz*. Le rodeamos por el este y llegamos hasta el campin, escondido bajo el robledal, que por eso se llama *Aritzaleku*. A él se dirigen, al

parecer dos campistas. Junto a él están levantando otras dos casas. Digo otras, porque en esta ribera del pantano hay una media docena de quintas, algunas muy hermosas, con jardines coquetos y piscinas. Aquí los álamos están ya verdecidos, y con los sauces y las plantas cultivadas forman ya unos coros primaverales.

Veo en la Red que los visitantes del campin o campamento (de segunda categoría y 600 plazas) guardan buena impresión de él en todos los aspectos. *Lo peor* –dice uno-, *la calor*. Y otro: *que siempre haya mucha gente*.

Desde el camino contemplamos de frente las partes más norteñas del placentero y cerealista valle de Yerri y del también cerealista pero más encrespado Valle de Guesálaz, tantas veces contemplados. Allí arriba, la Artesa, en la cima del Val de Goñi, a un lado, y, al otro, la Peña de Echauri, desde cuyo flanco occidental baja dulce el río Salado, que luego se sala en el centro del diapiro, zona salina por excelencia. Debajo de la Peña, Salinas de Oro, frente a la roca de su apellido.

Desde Goñi se abren las vertientes de los tres afluentes del Salado, al que le endulzan y aumentan el corto caudal: el Ubagua, el Ogancia, y el Guembe. Los tres pueblos montanos de Yerri: Azcona, Arizaleta e Iturgoyen, bajo las subcumbres de Lezaun y Mugaga, y los dos más plácidos y ribereños: Úgar y Villanueva de Yerri. Y a nuestro costado, los breves poblados, casi fortalezas, de Muzqui e Irurre, ya en el Valle de Guesálaz.

Al pantano le ha puesto ahora el cielo tormentoso un color de plata brillante y fina, que hace más verdes aún los trigales y cebadales que le circundan, más oscuros los pinos laricios de los morones del sur, y más cárdena la cadena de montañas que cierran este circo lacustre.

Antes de entrar en el anchurón o plaza irregular del pueblo, vemos

una noble casona del siglo XVI, con marcadas dovelas en torno a un bello portalón. Otras dos más encontramos en la misma plaza, y dos escudos rococó, del XVIII. Abundan en puertas y fachadas las placas del Corazón de Jesús, una extendida devoción antaño en estas tierras. Dos aleros casi completos de dos casas con dibujos de los años veinte albergan prietos nidos de golondrinas blancas.

En una comunicación del Concejo para el día del patrón San Pedro (de Verona) mártir, que da nombre a la iglesia y al elemental callejero, se anuncia la misa en la ermita cercana, la procesión, y la comida popular en el reciente centro cívico San Pedro, junto al camino que baja al pantano. Hay unos cuantos nombres apuntados.

La iglesia rural, entre cisterciense y renacentista, muy reformada; el frontón, la fuente y la vieja escuela forman el núcleo más oriental y típico del lugar. En el atrio-jardín florecen tulipanes, lilas y narcisos. Una placa sobre la puerta ojival del templo recuerda al



**Embalse de Allos**

Navarra de la **A** a la **Zeta**

franciscano de Lerate, Ildfonso Baigorri (1825-1859), muerto *con fama de santidad* en Amiens.

Cae de repente y de punta el agua sobre Lerate. Y en el lago rebosante de Guesalaz-Yerri parece que apedrea.



---

---

# LA VIEJA Y NUEVA ANDOSILLA

Tomo el camino que, bordeando el río Ega, engordado por las únicas lluvias de este verano, pasa delante del nuevo campo de fútbol, contiguo al polideportivo y a la residencia de ancianos. Todo este terreno era hasta hace poco terreno de regar. Sigo el camino durante un rato. Varias personas hacen, sosegadamente, piernas como yo. Pasan algunos coches. Es tanto el polvo que se levanta al andar, que me meto por un camino afluyente que va hacia las peñas. En el regadío hay árboles frutales, alcachofas, cardos, tomates, acelgas, pimientos, borrajas... Llego hasta la roca agrietada y partida, donde se sientan, hablando en voz alta, una pandilla de chicos grandes.

Voy hacia el poblado antiguo, llamado el Arrabal, y voy viendo casuchas, almacenes, viejos tugurios. Me meto en un jardincillo convertido en paseo con gruesos ailantos, acacias, palmeras chinas, aligustres y laurocerasos, que termina en una terracilla mirador, al socaire de la peña, donde aún se ven bien las marcas, los emplastos de cal, los restos de adobe y yeso de las demolidas viviendas arrimadas a ella. Casi al final del paseo hay una cruz alta de madera y, cerca, un camarín enrejado con una imagen mariana de piedra y una inscripción, de 1953; nos informa que aquí se apareció, según la tradición, la venerada Virgen de la Cerca, Patrona del pueblo y que aquí tuvo hasta 1975 *trono, altar y capilla*, la que desde el siglo VIII fue *gloria y devoción del pueblo de Andosilla*. A la salutación final en latín *Salve, Andosillae Regina* le sobra esa coma.

¿Dónde estuvo el castillo o torre de Andosilla, villa arrancada a los moros a comienzos del siglo XII, villa realenga, primero en manos de los Peralta y después de los Lerín? ¿Acaso al final de la calle El Torreón? Lo cierto es que el castillo fue junto con el sistema de cuevas defensivas, aún visibles, un factor muy importante en la vida local, y sus alcaides personajes de mucha influencia.

Bajo y subo por las calles, callejas y callizos de este primer ensanche pobre de la población, cuando la gente comenzó a bajar del barrio alto y se agrupó, lejos del río junto a su defensa natural. Subo hasta la iglesia parroquial de San Julián y Santa Basilisa, gótico-renacentista del siglo XVI, construida de ladrillo, montada sobre la roca. El reloj de la torre tiene un sonido alto, claro, regocijante. Una placa en la pared del atrio porticado, de fecha 1996, recuerda la labor de un párroco en *la restauración de la parroquia* (sic), tras el incendio que sufrió diez años antes. Alcanzo la calle del Palacio, por el palacio del siglo XVII-XVIII, con las armas de los Díaz, muy venido a menos.

Es este un buen mirador, bajo las acacias, sobre un vasto horizonte: el pueblo nuevo, el curso del Ega, el regadío, el largo polígono industrial, el caserío de San Adrián, la torre de Cárcar, los serruchos grises de Codés... Dos matrimonios mayores, que viven en Pamplona, se entretienen viendo desde aquí el partido de fútbol que se juega ahora mismo en el nuevo campo de fútbol, aunque no distinguen bien entre el equipo forastero y el de casa. Por el alboroto que llega hasta aquí saben cuándo meten un gol los locales. Pasan los fines de semana en este barrio alto, que ya no es lo que era, según dicen, porque casi todos se están yendo para abajo:

*-Los jóvenes no quieren vivir aquí y hacen bien.*

Sigo subiendo por la calle de Lorent (*sic*) y otras aledañas: como la calle Alta, de la Iglesia o de San Francisco Javier, con algunas moradas de viejos nobles, como los Ordóñez, que dejaron su sello perenne en escudos de piedra o de alabastro. Más arriba aún, a pocos metros del cortado rocoso, hay alguna que otra casa, viejos corrales, y hasta algún chalé, olivos y almendros, en un cuidado descuido ambiental.

Y ya que estoy aquí, sigo hasta el cementerio, protegido por recios y rígidos cipreses, que entre tumbas de los Resano, Sádaba, Amatriain, Llorente..., guardan el misterioso silencio y le acompañan a uno hasta el cuádruple templete que preside la reciente ampliación, en un nivel más alto.

A la vuelta, me dejo perder, a los dos flancos de la vía ancha que atraviesa el barrio alto, por cuestas y costanillas, donde varias higueras me convidan, libres y comunales, a una rica e inesperada merienda. Higueras, pitas, malvas, culantrillos y gatos viven y crecen entre muros que hacen de almacenes, garajes y trasteros, casas derruidas, paredes de adobe, ladrillo o yeso aún en pie. Y en la vertiente derecha, varias casas nuevas y alguna con pretensiones.



**Parroquia de San Julian y Santa Basilisa (Andosilla)**

He visto, otros días, a los dos lados de la carretera, en la parte central de la villa, varios corrillos de jóvenes árabes, y algunos mayores, conversar sentados o de pie; a veces caminar por la calle, siempre juntos. He visto hoy algunos muchachos árabes en moto o con un coche de segunda mano por las calles altas del lugar. Al bajar por la empinada Cuesta del Canalizo oigo hablar árabe. Estoy seguramente en la parte más poblada por los inmigrantes marroquíes. Fue un día la más noble de la ampliación del poblado, cuando se formó este barrio bajo, que luego se fue degradando a medida que la gente elegía las orillas de la carretera y la parte llana del municipio.

Estoy nada menos que en la plaza General Don Lope del Val Condín, donde comienzan a construir la nueva Casa de Cultura donde antes estuvo el Casino Principal. Oigo una música árabe que sale de una casa junto a la que camino. De aquí parte la calle Mayor y por ella llego a la Plaza Vieja, con escudos de piedra de los López Vailo y Salvador, y luego a la de los Fueros. En la más meridional, Felipe de Arín, se encuentra la reciente basílica Virgen de la Cerca, de ladrillo, con un adjunto Centro Parroquial, que ha ido haciendo las veces de la iglesia alta, más difícil de alcanzar por muchos fieles, especialmente los cotidianos.

Desde aquí hasta el río ha ido extendiéndose la ulterior urbanización o villanización, con viviendas muy variadas, algunas de muy alto nivel, entre tramos de regadío, naves industriales y terrenos baldíos, algunos ya comprados para nuevas edificaciones. La calle de las Huertas declara mejor que nada su origen y su ubicación. Un paisano, emboinado, que anda recorriendo estos caminos, me dice sin tapujos que del setenta y cinco por ciento de la gente del pueblo que tiene soto de regadío, más de un tercio lo dejan sin cultivar por no interesarles su cultivo tal como están los precios.

*-No compensa -concluye lacónico.*

Pero es al otro lado de la carretera donde se concentra la mayor ampliación del caserío de la villa, detrás de las edificaciones anteriores, entre las que se encuentran el colegio público *Virgen de la Cerca* y el antiguo *ayuntamiento*. El punto de partida ha sido la plaza de San Cosme y San Damián, con filas de plátanos y bancos de madera. La preside una bonita casa consistorial, rodeada de viviendas de tres plantas. Nuevas urbanizaciones de muy varia arquitectura han ido sustituyendo los huertos de alubias verdes, pimientos o acelgas, que aún se resisten a desaparecer del todo y salpican varios puntos de la zona. Las últimas calles de la última urbanización, con casas de dos plantas, adosadas y jardincillos interiores, llevan los nombres de los Valles pirenaicos. Más al oeste, junto al nuevo polideportivo, con campos de baloncesto y balonmano, se agrupan varios bloques habitacionales de sólida envergadura. Desde aquí la torre de la iglesia alta ofrece una estampa espectacular, entre un bosquecillo de pitas que crecen de la roca basal y unos nidos de cigüeñas que la rodean de vida y movimiento.

Aún queda la cuarta o quinta Andosilla, al otro lado del puente sobre el río Ega, por donde comencé mi ronda. Por esta orilla pasaba la cañada real de Tudela a Viana. La calle Procesión se arremolina en una plazuela, entre la carretera de Estella – San Adrián, donde se levanta el monumento a los alegres pisaúvas montados sobre una gran copa calzada en una redonda base de acero reluciente. Andosilla, ya muy industrializada, es uno de los afortunados pueblos navarros ribereños del Ebro, que disfrutaban de la denominación de origen *Rioja*, goza de un espléndido viñedo en terrenos altos y tiene una buena y nueva bodega cooperativa y otra de propiedad particular.

Debajo de la carretera en dirección a Estella se abre un paseo entre plátanos y aligustres y a sus pies se extiende El Soto, cercano

al río, convertido en un parque de acacias, fresnos, plátanos, álamos y pinos, con bancos y mesas de piedra repartidos por todo el espacio. Salgo junto al cuartel de la guardia civil. La primera calle, de unos bloques nuevos, de cuatro plantas y muros de ladrillo rojo brillante se llama La Aurora. La plaza del general D. Jesús Olivares Baqué, con un lindo y pequeño jardín central está en medio de todo un conjunto de viviendas anteriores, de las que solían llamarse *baratas* o de *protección oficial*, que un día debieron de estar aisladas por aquí, lejos, en terrenos comunales o baratos. Junto a ellas, como acabamos de ver, se ha erigido todo un nuevo barrio con viviendas mucho más modernas y confortables. Antes era esta una zona de fábricas, almacenes y naves industriales; de ellos algunos continúan, mientras otros, como El Silo, se ha convertido en centro cultural, junto a una capilla dedicada a San Sebastián, hecha de materiales simples y coloridos.

Pasa una cigüeña hacia algún tranquilo y ordinario menester. En las faldas de una breve línea elevada que cierra el paisaje veo olivos, almendros y algunas viñas con las parras ya coloreadas. Un indicador me señala la ermita de Santa Cruz pero me dicen que está un tanto alejada, cerca del Ebro y de la frontera con la Rioja. Siguiendo la calle Pablo Sarasate me planto en la calle Porvenir, que es la carretera a San Adrián y me siento un rato en el poyo de una puerta. Veo entrar y salir mayormente señoras maduras, de paseo, y algún que otro mozo bien trajeado con ínfulas de tarde dominguera. Pasan muchos coches y algunos se detienen aquí. Las casas son de dos -alturas, de varia datación, más bien de la posguerra, algunas con jardín a la espalda. Muy cerca del río y de su espesa fronda, y enfrente del polideportivo y del campo de fútbol, donde hoy están celebrando un abultado triunfo del *River Ega*, encuentro la calle Aralar con un doble rectángulo de casas nuevas, unifamiliares y adosadas, bajo la inminente chimenea de la vieja alcoholera.

Y aún me pasaré un buen rato otro día recorriendo a lo largo de la carretera las numerosas fábricas, talleres y servicios de Andosilla, uno de los pueblos más extensos y variopintos de Navarra. Menos conocidos también, como me pasaba a mí, que, habiendo estado tantas veces, sólo conocía un tercio.

Uno de los pueblos donde el progreso es más visible y demostrable.



---

---

# EN LA CHANTREA Y ANSOAIN

El Parque Fluvial del Arga ha cambiado aquí el paisaje. Dos liños de casas nuevas, de dos alturas, adosadas y pulcras, pueblan el último tramo de la calle fluvial dedicada al venerable capuchino navarro P. Esteban de Adoain. Un nuevo puente, entre vegetal y peatonal, se presta a llevarnos hasta las huertas de Aranzadi y al camino que las contornea, que por eso se llama ronda, nombre siempre entre vigilante, militar y amoroso.

Se oye el griterío del campo de fútbol, sólo una parte del nuevo, amplio y bello complejo polideportivo, gloria del barrio pamplo-nés de la Chantrea. Se ve que los chantres de otros tiempos, además de cantar, contaban más que los de ahora, aunque tampoco

toda la Chantrea de hoy era del chantre de ayer, no vayan a creérselo.

El Arga discurre aquí entre dos orillas frondosas, que están estrenando el otoño. Y me da la tarambaina de andar todo el perímetro fluvial y de volver luego por ese puente, en vez de comenzar la andada por él. Pero a los pocos metros me topo en con una barrera verde. Remonto una pequeña cuesta y, sin saber cómo, me veo dentro de un jardín austero, bajo una residencia de personas mayores, con un corredor amplio, que es una cómoda balconada sobre la roseta verde que hace el Arga a su paso por estos parajes. No puedo seguir mi paseo. Resulta que me he metido en la antigua huerta de los capuchinos de Extramuros -*los auténticos!*, como solía decir uno de mis profesores-, huerta hoy convertida en un jardín domesticado.

Cuando salgo de mi asombro, veo una higuera en la parte inferior y, sabiendo que no hago mal a nadie, y menos a los residentes que no suelen comer higos, me zampo unos pocos, y me vuelvo por donde vine. Con tan mala suerte, que la ancha puerta por la que entré como Pedro por su casa está ahora cerrada y tengo que aguardar hasta que alguien entre. Pienso en mi amigo P. Tarsicio que estará ahora quemándose las cejas en la biblioteca o en su austera celda capuchina, por si voy a necesitar alguna ayuda. Pero no tarda alguien en alguien en llegar, y, disimulando cuanto puedo, salgo de prisa y corriendo, como un intruso, y tiro calle arriba, dejando en el aire el soñado perímetro fluvial.

Entro en una plaza nueva porticada, interior y holgada, recoleta y posmoderna. Como que sí como que no, me doy cuenta de que estoy en territorio de Ansoain (un día remoto, la propiedad de Anso-Sancho), aquella aldea pintoresca que se quedó donde estaba, pero que, además, ha ido acercándose a Pamplona para convertirse en una pequeña ciudad con todas las de la ley. Recorro las



**Iglesia San Cosme y San Damián (Ansoain)**

viejas, prietas y oscuras calles, con nombres de sabor local y salgo por donde están construyendo los nuevos bloques, en el único espacio que resta por construir. Dios mío, y qué transformación ha sido la de este viejo concejo, convertido luego en municipio satélite, industrial e inmigrante, y ahora, a pesar de los pesares y de los errores cometidos, un municipio ejemplar desde la carretera de ronda y su frontera verde para abajo.

Todo lo concentra lo resume y transfigura, dándole sentido, la vasta y ovalada plaza comunal, alegrada por un vaso ubérrimo de agua y por un corro bien repartido de plantas, árboles y jardines, llena de asientos y de luz. Y, junto a los bloques altos del lado sur, herencia recibida, la elegante y bien equipada casa consistorial con sus cuatro banderas y su teatro municipal, al oriente, y la iglesia parroquial de San Cosme y San Damián, también con múltiples servicios religiosos, en forma de audaz tienda de campaña, al poniente; y cerrando el espacio por el norte, el colegio público co-

marcal, con un espacio polideportivo espléndido por su magnitud y belleza, incluido un centro de hidroterapia, unido a un amplio terreno de jardines de vario género, como el huerto escolar, como pocas veces había visto yo en muchos kilómetros a la redonda. Todo el conjunto es obra de muy conocidos y apreciados arquitectos navarros.

Salgo de los límites de Ansoain, y, dejando el barrio llamado de Capuchinos a mi derecha, me meto, por encima del Polideportivo, en la Chantrea que mejor conozco, la que se levantó, gracias, entre otros, al pamplonés Federico Mayo, director general de la Vivienda. Casas sencillas, limpias, bonitas, reticuladas, silenciosas y ajardinadas. Apenas hay gente por la calle. Aquí vinieron a vivir algunas familias de mi pueblo y de otros pueblos pobres, que emigraron en los primeros cincuenta. Los nombres de personas y pueblos que llevan sus calles representan toda Navarra.

Paso junto al colegio, residencia y jardín de las Esclavas del Sagrado Corazón y llego a la descomunal escuela profesional Virgen del Camino, de la que conservo gratos recuerdos; atravieso el pinar, que es su atrio exterior campestre y contemplo su enrejado jardín de plantas.

Ya estoy otra vez junto al puente por el que pensaba volver de mi paseo perifluvial. Pero el nuevo paseo improvisado no ha sido, ni mucho menos, menor.

Parece que al río le cuesta todavía, montañés y rústico como viene, hacerse al parque, donde le han metido recientemente, y al bullicio y ajeteo de la primera ciudad que atraviesa.

---

---

# SANTA MARÍA DE ARCE

Es la tarde del 15 de agosto, fiesta de la Asunción, y vamos hacia Roncesvalles.

Pasado Nagore y los terrenos para las futuras urbanizaciones, dejamos el coche a orillas del río Urrobi, frente a las paredes todavía enhiestas de una casa derruida y asaltada por hiedras, avellanos y fresnos, que un día fue la *casa del americano*.

Desde 1201 fue creciendo el dominio de la Colegiata de Roncesvalles en el Valle de Arce: heredades censerías, collazos... En 1261 adquirió por 271 sueldos un casal en el actual despoblado de Arce, al que luego se incorporaron otras donaciones. Desde finales del siglo XIV hasta el XVII no vivió aquí, al parecer, más que una familia, la palaciana. En el siglo XIX eran seis (cuatro casas más el palacio), con 41 personas, cuando más. Quedaban siete supervivientes en 1960, y la despoblación fue completa en la década siguiente

El airado viento, que huele a tormenta, arranca las primeras hojas agostadas del alto choperal que guarnece al río. Baja éste pequeño, pedregoso, sucio, entre chopos, alisos, fresnos, sauces. Huele a ese olor vegetal y húmedo de las hojas podridas, y, al mismo tiempo, al aromático de savia saltarina y jugosa. Hay unas ramas caídas en el cauce, a donde alguien tiró unas señales de circulación.

Un espeso sotillo, en que se esconden nogales, olmos y avellanos, nos deja paso hacia dos campos abiertas. Viene un paisano con una camioneta y se detiene junto a nosotros. Ganadero de la zona, sus vacas pastan por aquí, en una finca arrendada hace veinte años. Cuando expropiaron los terrenos para el pantano de Itoiz (-¿Ya llegará?), le indemnizaron con alguna cantidad. Nos pregunta si trabajamos en las obras y nosotros le preguntamos por el recorrido.

Seguimos por la margen del Urrobi y atravesamos en seguida una galería de bojés, espinos, endrinos y acebos. Bordeamos lue-



**Ermита de Santa María (Arce)**

go un prado y subimos a un pequeño escarpe, desde donde contemplamos el paso peregrino de este querido y viejo Urrobi -con el *ur* arcaico-: rudo, rumoroso, ruidoso, risueño y hasta rutilante unas veces, y rabioso otras.

Las claras crestas calizas del Larrogain están sombreadas por unas nubes bajas, cada vez más espesas y como malvadas. El castillar de la sierra de Labia, sobre todo en el hondo collado de Espoz, está tomando un color azul verdoso, como el color de la intensa zona de tormentas en Navarra, del mapa de Blas Hermoso, en cuyo centro estamos. Aún hay una cierta claridad incierta en los montes de Muniain y Lacabe, y el sol de la segunda tarde se encarama seguro por las cornisas del pocho carrascoso de Chinchurrenea.

Ya de vuelta, cerca de donde el Urrobi traza una de sus curvas de ballesta, en el término de Izutzu, una senda, húmeda por las lluvias recientes, pasa por el barranco del Pinar y, bordeando la campa -El Soto-, nos conduce hasta la era o pequeño raso de la ermita de la Purísima Concepción de Santa María. Tras de nosotros vienen unos jóvenes que acaban de salir de un coche con matrícula de Valladolid.

*Primorosa iglesia* -escribe Luis María de Lojendio-, *quizás la más completa entre las del tipo rural en Navarra*. De la raza de las de Echano, Art aiz, y Gazólaz. Proporcionada y esbelta.

La torre, en el flanco occidental del cuerpo del templo, tiene un aspecto de fortaleza -contrafuertes- y en ella anidan dos campanas, una con cuerda en el badajo.

*Al cielo vais, Señora,  
y allá os reciben con alegre canto.*

Subimos por una escalerilla, entre bojes altos, con baranda de troncos. Ya en el cerrillo, donde se monta la iglesia, un cuadrado

irregular, con matas, bojés, helechos y una cruz de piedra, recuerda el antiguo cementerio.

Prodigioso es cómo ha podido conservarse tan bien esta joya silvestre de buen sillar, a pesar del deterioro de la arquivolta exterior, del tejazoz y de algunos canecillos. Qué hermosas las molduras de tacos, las cabecitas, las piñas, las puntas de clavo, los entrelazos vegetales... Tengo para mí que el personaje de la mandorla en uno de los capiteles historiados es el Cristo de la Ascensión, rodeado por los apóstoles de los otros dos capiteles.

La vista se nos va a la colección de canecillos que rodean, vigilan y ornan toda la línea alta del exterior: hombrecillos con libro, tañendo el arpa, abriendo la boca, comiendo y bebiendo, emparejados... y luego, cabezas de carnero, barriles, bolas, monstruos. Arte realista y simbólico.

El interior, despojado del retablo renacentista que podemos admirar en San Juan Bautista de Burlada, alberga ahora la talla gótica de la Virgen, traída de la iglesia abandonada de Guindano.

*Volved los línceos ojos,  
ave preciosa, sola, humilde y nueva,  
al val de los abrojos,  
que tales flores lleva,  
do suspirando están los hijos de Eva.*

Las piedras de la cara norte, oscuras de vientos, lluvias y nieves, se tiñen de líquenes grises, ocres y rojizos.

El cielo se ha puesto gris cárdeno y se ha embravecido el aire. Retumba el primer trueno, el *tambor de los caracoles*, que dicen en Nagore. Bajo las nubes positivas con cristales de hielo pasan las negativas cargadas de granizo blando; de su choque saltan los



rayos que van a caer en los espacios abiertos, quizás en Burguete, que es el lugar con mayor número de impactos.

Junto a la que fue una *deliciosa huerta*, regada con las aguas del río, está la máscara del palacio con tres edificaciones dispuestas en torno a un patio central, del que falta el lado sureño. El ala oriental está limitada por un torreón cúbico con tres huecos. Los vanos de los cuerpos están muy transformados y quedan dos ventanas ajimezadas. Al pie aún resisten unos viejos y entecos árboles frutales, entre matorrales y carderales. Huele a paja reciente.



**Pórtico Ermita Santa María (Arce)**

Desde 1580 era convocado a Cortes, en el brazo noble o militar, el señor de los palacios de Arce y Agorreta. Desde 1586 asiste Antonio de Arce y Agorreta. Desde las Cortes de 1684, Antonio de Ozcáriz, Agorreta y Arce. Desde 1701, Antonio Silvestre de Ozcáriz y Arce, ya sólo como señor del palacio de Arce, siendo su última asistencia a las Cortes de 1743-44. Desaparece desde entonces la presencia de la mansión de Arce, aun cuando hasta 1801 sigue representado el palacio de Agorreta por los Ozcáriz-Arce-Fernández Bazán-Agorreta y Beaumont.

A la salida, toparemos de nuevo con nuestro amigo el ganadero, que en el viejo casón guarda el forraje y la paja. Nos dice que el último dueño fue *uno de la Ribera* y que la chopera bajo la que pasamos tiene cincuenta años.

Dejando atrás topónimos de hombres ilustres, como el de un cardenal del siglo XX, nacido en Ororbia (Arce Ochotorena), el hijo más célebre, procedente tal vez del hoy despoblado lugar, parece ser el mercedario fray Rodrigo de Arce, que visitó tres veces Argel para redimir cautivos, y logró la liberación de 139 de ellos. Permaneció como rehén entre 1580 y 1583. Fue provincial de la Orden en Castilla y después en Andalucía. Cervantes -cautivo él mismo en Argel, de 1575 a 1589, y liberado por el trinitario fray Juan Gil- no dice de él lo que algunos libros y hasta enciclopedias dicen que dice, sino estos cuatro y vulgares versos, puestos en boca del personaje Ossorio, en *Los Baños de Argel*:

*Un fray Rodrigo de Arce/ ha estado aquí otras veces  
y es de esa misma Orden/ de condición real, de ánimo noble.*

Llegados a Roncesvalles, vemos que Astobiscar -el monte posible de la histórica batalla- está, como casi todos los años, envuelto en nieblas.

---

---

# PARQUE FLUVIAL DEL ARGA

El Parque Fluvial del Arga es uno de los mayores encantos de Pamplona y sus aldeaños. El viajero lo ha recorrido, para un lado y para el otro, desde Barañain a Sorauren y desde Sorauren a Barañain, acompañando, en día buenos y malos, y en todas las estaciones, al querido río Arga, unas veces alegre y ruidoso, otras, cansado y cansino, y casi siempre melancólico y con frecuencia sucio, al pasar por la gran ciudad, a lo que no estaba avezado, entre fábricas, altos bloques de viviendas, clubes y hasta cementerios, o perdiendo agua para huertas o piscinas...

Pero del largo Parque Fluvial construido hasta ahora, me quedo con el tramo que va del puente de San Jorge hasta el puente de las Oblatas.

La calle Doctor Jaime Salvá nos recuerda al doctor mallorquín, primer director del Real Colegio de Medicina, Cirugía y Farmacia del Reyno de Navarra, inaugurado en 1829. Al desaparecer el Colegio, Salvá se fue a Barcelona a explicar historia de la medicina y murió de cólera en Madrid en 1855. La calle se abre paralela al río y transversal a la variante de cuatro carriles que pasa sobre el puente de San Jorge. En ella juegan al corro permanente de las estaciones un rodal semicircular de robustos plátanos en su sazón de color otoñal más lúcido. A su sombra, y aprovechando la tribuna natural de unas gradas sobre la pista de futbito y baloncesto, en forma de circo romano, participé un día caluroso de junio en un mitin para las elecciones al Parlamento Europeo. Cercanas quedan las gradas del viejo frontón de Gridilla, hoy desaparecido, donde jugué algunas veces a paleta con mi tío Agustín y sus amigos.



Paseo del Arga

Sobre los dos escalones que sostienen la valla del colorido chalé modernista Zandua Etxea (Casa del Santo), en forma de casita bosqueril encantada, convertido en Centro Comunitario-Auzogunea, se recrean unos cuantos trabajadores con discapacidad psíquica del vecino taller de Tasubinsa, con sus monitores y un perrazo blanco. Pauli, que los conoce, se entretiene un rato con ellos. El patio jardinoso del Centro es todo un parque infantil, con muchas pinturas, bajo dos grandes cedros, dos magnolios y dos catalpas, entre plantas varias y unos cerezos jóvenes en su más viva coloración otoñante.

El Parque Fluvial, interrumpido por el puente, continúa a la vera del anchurón y se abre desde aquí y se expande por la ladera sobre la que se levantan los recientes bloques del nuevo y elegante San



Jorge, mayoritariamente de ladrillo claro, contrapuesto con franjas y huecos de colores oscuros, y que pueblan calles dedicadas a doctores navarros, desde el famoso Servet, bordeadas con la que lleva el nombre de santa Vicenta María. A los álamos –algunos patriarcales- chopos, olmos, fresnos, sauces, mimbreras, avellanos, acacias, alisos, higueras, yezgos, viburnos, cornejos... de las orillas del río se unen los árboles clásicos, muchos de ellos muy jóvenes, plantados hace poco tiempo formando un bosque claro y variado sobre un yerbín espeso dividido sólo por una senda, con algunos bancos de reposo, pintados de rojo.

El molino de la Biurdana, con sus cuatro viejos edificios caleados, es un recuerdo histórico de la antigua población suburbana y subdural, y la presa del río, sobre todo cuando el agua se despeña briosa, se ha convertido en un bello paisaje de doble sonrisa blanca, a la que hoy la luz otoñal hace más jocunda que nunca.

Allí arriba, sacan la cresta los álamos y los arces más altos del parque que lleva el mismo nombre del molino.

Hay no lejos de la orilla dos o tres álamos temblones, ya desnudos del todo, mientras otros conservan casi todas su hojerío verde. Un poco más adelante, un rodal de álamos blancos compiten, casi juntos los troncos, en altura, vigor y follaje. Unos chopos cielo-verticales mantienen, contra una inveterada costumbre, sus copas verdes y el resto del cuerpo de color noviembreño. Exhiben sus galas de otoño los arces -el árbol otoñal por excelencia-: arces comunes, arces de Montpelier y arces blancos, brillantemente opalinos; los cerezos silvestres; los fresnos, con sus aladas sámaras; las hayas; los almeces; los tilos; los alisos, con sus oscuros aquenios colgantes...

Así, deleitados los sentidos en la contemplación, entramos con cautela en la pasarela de los tubos, construida en los cuarenta: una estructura metálica encima del tablero original superpuesto a unas

tuberías de aguas de abastecimiento, que une el parque del Arga con terrenos semibaldíos, semiurbanos del barrio de San Juan, que en el futuro formarán parte del Parque. Se oye el griterío de los estudiantes en tiempos de recreo desde el próximo Instituto Julio Caro Baroja.

La orilla sur del río exhibe la colección más completa de altísimos plátanos orientales, bien alineados y unidos entre sí en una prieta cortina arbórea. Aguas arriba, los plátanos ocupan también la orilla norte, y debajo de ellos amarillea agudamente un chopillo lombardo, mientras se desahoga, verde todavía, un sauce llorón. Aguas abajo, nos distrae una bandada de patos azulones, que nadan a la redonda, como si de una prueba ritual se tratara. Unos pocos árboles castaños, que guardan la orilla junto al puente y la pequeña estación de medida del río, están casi desnudos de hojas, con los brazos cansados. De entre las mimbreras saca una higuera sus manos ya pálido-verdosas.

En la nueva y cercana plaza diédrica, dedicada a la primera mujer médica de Navarra, Juana García Orcoyen (1901-1983), se despiden de octubre tres hiladas de árboles jóvenes: tilos, hayas y arces, mientras una hilera de arces rojos, de lóbulos ovals triangulares, bordean las gradas altas de una especie de pequeño anfiteatro, en el lado oriental, sobre un yerbín y un círculo central de cemento rodeado de bancos. En la parte sur de la plaza un *círculo biosaludable*, con muy diferentes ejercicios gimnásticos, hace las delicias de unas personas mayores. Como era de temer, los falsos y sucios grafiteros ya han ensuciado buena parte de los indicadores. En el extremo nordeste juegan los niños en un variado parque infantil.

El sendero del Parque se estrecha al pasar delante del taller de Tasubinsa, las antiguas escuelitas del barrio incipiente, defendido por una guardia pretoriana de plátanos. Delante del frontón contiguo con dos paredes juegan tres muchachos. Un altillo de repo-



so, en medio de otro rodal de plátanos. En seguida el Parque se hace jardín clásico, el llamado Jardín de Eugui, con un estanquillo en forma de cruz latina, circundado de frescas rosas de color pálido y otros esbeltos árboles ornamentales: abetos, magnolios, tres cipreses itálicos, arces japoneses: pura escarlata; se apegan al muro que sostiene la acera superior toda una fila india de madroños, con el fruto ya en sazón, y de laureles, con las hojas casi intactas. Este bonito espacio fue antaño casa, jardín y frontón del plutócrata navarro que hizo fortuna en Méjico, y que cerca de aquí tenía sus industrias.

A través de los árboles fluviales, ya más despojados aquí, vemos los edificios altos de la calle Monasterio de Irache, los pabellones del Club Deportivo San Juan, y abajo, tras unos terrenos baldíos, el nuevo parque de bomberos y el convento neo-herreriano de las religiosas oblatas, hoy también nueva residencia geriátrica. Al otro flanco, el instituto de formación profesional Cuatro Vientos (un inmueble más de Carlos Eugui).

El puente de Cuatro Vientos -antes llamado también Nuevo de Santa Engracia, por estar no lejos del viejo- interrumpe el Parque fluvial del Arga, llamado igualmente en este tramo Parque de San Jorge. Desde el puente de las cuatro direcciones, miramos el río por última vez, ya con nostalgia, porque hemos pasado del silencio al ruido de un tráfico intenso, del encanto a la rutina, de la contemplación al movimiento.



---

---

# SOY EL CERCO DE ARTAJONA

Soy el cerco de Artajona  
villa airosa y encinada,  
bien plantada y bien cercada,  
menestral e infanzona.  
Soy la almena y la corona  
de este Reino popular.  
No es que me quiera cerrar  
al mundo, al aire y al cielo:  
sólo preciso y anhelo  
guardarme para guardar.



**El Cerco de Artajona**

---

---

# AUZA ENCANTADA

Auza es uno de los pueblos más atractivos del sereno Valle de Ultzama, drenado por el río del mismo nombre, así como por unos cuantos afluentes suyos, y extendido desde *los puertos* altos hasta los lindes llanos de la cuenca de Pamplona.

La carretera comarcal atraviesa Auza y divide el caserío en dos. A un lado queda la iglesia con unas pocas casas en derredor y, a un tiro de piedra, unas cuantas casas nuevas, que no desentonan pero sin demasiado relieve. Al otro lado está el núcleo que constituye el encanto del pueblo. La regata, ya acanalada, que lleva el curioso nombre de *Erreka zabal* -regata ancha- divide de nuevo la calle principal o calle mayor en dos. A la derecha, según se entra, hay una hilera de floridas casas en hastial, y desde ellas se puede pasar a la otra orilla por un puentecillo que nos deja a la entrada de la plaza en figura de anchurón, con un escudo del Valle en forma de un reciente hito pétreo central.

Este es uno de los rincones urbanos encantados de Navarra. Lo forman una docena de casas antiguas y típicas del siglo XVIII, donde se alternan sabiamente los sillares y el encalado, todas en hastial, menos la Posada, que es mucho menos antigua, con balcones corridos y ventanas llenos de flores: geranios, yedras, petunias de varios colores, y pensamientos. Las plantas y flores (rosales, laureles manchados, dondiegos, hortensias, petunias...) están también a los dos lados de los anchos portales dovelados de las casas, con puertas de madera y hierro forjado, y a lo largo de los muros bajos, junto a maceteros con pequeñas tuyas y tejos... Una de las casas tiene una doble terraza abierta con vigas de madera negra. Otra, la más lejana, lleva fecha de 1933.

Al sur de la plazuela están las huertas de otro conjunto de casas más dispersas, con acelgas, lechugas, tomates, cebollas, alubias verdes y manzanales colmados de manzanas, grandes, amarillas y rojas, que vemos y oímos caer sobre la hierba. Newton está de nuevo aquí.

La casa vecina es muy reciente, toda ella de piedra a cara descubierta, con una chimenea pirenaica, un jardín-huerto y un pórtico de madera, lindante ya con la falda del cerrillo robledoño que protege el caserío.

Subimos por detrás de la posada y seguimos el curso de la regata. Vemos aquí otra hermosa casa, con la típica *portada navarra*, que une el dintel de la puerta de piedra con la ventana central. Han ensanchado y protegido con grandes piedras el último tramo de la regata, al lado de la casa Etxalurpeta (casa bajo la nieve). El regajo baja con el agua clara de las últimas tormentas, saltando a veces sobre una escala de blancas y quebradas piedras calizas y remansándose en unos pocillos no muy hondos, entre una fronda de álamos, fresnos, sauces y avellanos, que comienzan a perder la hoja. Vemos desde arriba una borda alta y un

invernadero, donde brillan unos tomates rojos, y un poco más abajo una pequeña majada de cabritillas, como de juguete, que andan ramoneando la hierba del cercado. El camino está lleno aún de flores amarillas y blancas, y comemos las últimas moras, gordas y frescas, del año.

Iba y venía, esta mañana, la gente en Lizaso con cestas de hongos. Hoy es el primer día de la recolección y el ayuntamiento del Valle ha querido poner un poco de orden y de economía en la busca y captura masivas de tan precioso manjar, más que todo durante los fines de semana. De una casa próxima sale una moza con un cesta... y con hongos. Me acerco y me muestra algunas *amanites* negras. Entro chungón en la cosa:

- *¿Ya los ha declarado a la autoridad?*

Y en esto que se descorre levemente la chaqueta y me deja entrever una placa.



**Paraje de Auza (Ulzama)**

¡O sea que la autoridad es usted! -salta Pauli.

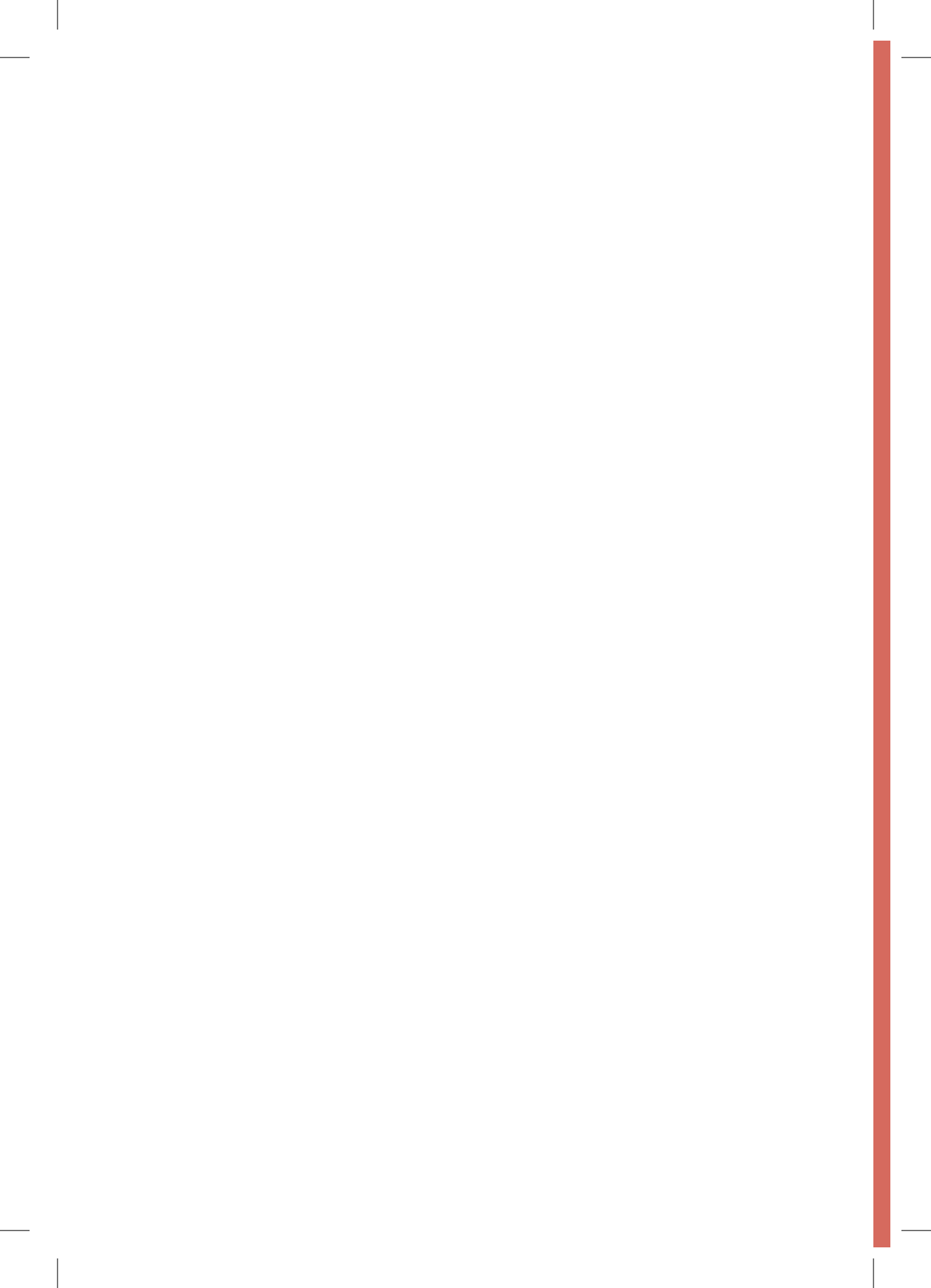
*Pues -añado yo, zumbón- a poner multas, si hace falta.*

*No, yo no pongo multas* –dice ella sonriente y sube al coche, sin ganas de seguir la conversación.

Igual nos ha tomado por guipuzcoanos.

Luego nos dicen en la Posada, donde comemos gallina con arroz y pasta con foie y hongos, que el año pasado fue una locura de cosecha, pero que este año apenas si salen. La señora que nos atiende, cauta tal vez por razones profesionales, no parece en principio muy entusiasta con la polémica y comprensible medida municipal.







B



---

---

# POR LAS NUEVAS BARDENAS REALES

Vamos encarrerados, primero entre campos de arroz, en año de mala cosecha; y luego entre tierras feraces de grandes alcachofas, cardos, bróculos o melocotoneros, regadas con aguas del Canal de Tauste, y entre sernas, donde el pasado otoño no asomó el cereal.

Por la carretera que lleva a Ejea y durante 18 kilómetros corre a la par de la Cañada Real, entramos en las Bardenas Reales. Las faldas de Monte Olívete, Bandera y Mascardón se han repoblado con pinos. El Barranco de Tudela, que nace cerca de la muga aragonesa, recorre 22 kilómetros hasta el Ebro y drena la Bardena Negra y la parte sureña de la Blanca, lleva el agua de las últimas

lluvias y va verdeado de juncales, saladares, tamarizales, mientras se reparten sus secos bordes el albardín, el tomillo, el sisallo, la amina y los pastos de laston apeticidos por los rebaños. Algunas lavandas.

Torcemos a la izquierda. Vemos, y seguiremos viendo, unas casetas, que son las antiguas cabañas, ahora arregladas, con sus fogones, chimeneas, árboles, vallas... Pasa un coche de matrícula francesa.

- Los *franceses vienen por aquí canti-dubi. Esto no tienen en Francia.*

Un espacio de almendros, regados a goteo. Nos bajamos del coche y, tras un pequeño declive, llegamos a la llamada Balsa de Carmelo, por la caseta aledaña, a la que se sube el agua con



**Bardena Real**

motor. Es un pequeño y bonito embalse reciente, que la Junta de Bardenas ha ido haciendo durante un año, y donde han introducido, igual que en otras balsas grandes, alevines de anguilas, carpas y cangrejos. Nadan unas fochas junto a la orilla opuesta. El hondo corredor del desagadero está poblado de carrizos y juncos.

Pasamos la Plana Alta, repartida entre el ontinar-sisallar y los cultivos de secano. En una pieza cercana vemos en acción un *tren de siembra*, que hubiera causado estupor a nuestros padres y abuelos; tractor, cultivador, narria, molón, sembradora y remolque.

Damos en seguida con la Balsa de Zapata, la más grande y más espectacular de las Bardenas. Abundan las fochas cerca de los carrizales. Glaucos tamarices, que retienen las tierras, reinan sobre



las lindes. Mientras mis compañeros recorren la orilla norte, subo a un pequeño mirador natural que se adentra en el embalse, con una mesa de roca teñida de líquenes verdiamarillos. El agua es azulosa y la tarde entera cabe en este espejo acuático sostenido por la tierra. El sol todavía saca luz al verduzco ontinar, a los rosados cerros testigos, a todo el gris y blancuzco terregal. De pronto el estruendo de un caza-bombardero rompe el hechizo del paisaje y vemos levantarse el polvo del objetivo alcanzado. Las fochas no dejan de nadar.

Con dineros de la Política Agraria Comunitaria (PAC) han podido regarse aquí 400 hectáreas de cereal. Cerca del estanque podemos ver una plantación de chopos, cipreses y tamariscos, también financiada con fondos europeos para cultivos en tierras salitrosas, cuando se vio el buen resultado de la experiencia. Llenar un segundo embalse, preparado al efecto, no ha sido hasta ahora posible por falta de agua suficiente.

Castildetierra es el típico *cerro testigo* de lo que un día fueron las Bardenas Reales y de lo que hoy día son. *Castillo* de tierra, estilizado por los vientos, los fríos, las lluvias y los soles, con una breve losa por cierre y por almena, torre vigía y pirámide terrosa.

Suenan cerca otros dos estampidos. Bordeamos el límite del Polígono de Tiro, provisionalmente en manos del Ministerio de Defensa, por la pista con firme. El suelo del Polígono -La Blanca Baja- es el más estéril de toda la Bardena: suelo sin vegetación, ontinar-sisallar y sobre todo espartal. Sobre la losa plana del erguido y flaco Castil resta todavía la basa pero ya no la imagen de la Virgen del Yugo, que un día lo coronó.

Por la Cañada Real de Tauste, salimos a las tierras blancas de Landazuría (tierra blanca), junto a la Reserva natural del Vedado de Eguaras, que un día describió el viajero, y nos acercamos al

Embalse del Ferial, en el cabo occidental de la alta llanura, *terrazza* aluvial, de El Plano (7.000 hectáreas de buena tierra de labor). A sus pies se riegan más de mil, cuando el agua de boca es suficiente para las villas de Arguedas, Valtierra y Cadreita. Pero en tiempos de restricciones, como el actual, todavía pueden regarse campos como éstos, prietos de espinacas, que ahora va recogiendo una enorme cosechadora.

Ha sido El Ferial la obra de mayor envergadura que se ha llevado a cabo en las Bardenas Reales. Comenzado en 1990, se inauguró tres años más tarde. Se aprovechó el Arroyo de Agua Salada y se trasvasó el agua de la próxima Acequia de Navarra. Su superficie es de 726 hectáreas, su capacidad de 8 hectómetros cúbicos, su longitud de coronación de 425 metros, y su cota de 394.

Los pinares lo flanquean por el sureste, el sur y el oeste. Chopos, acacias, cedros, flores de la Pampa y hasta un olivo embellecen los yerbines contiguos. Un sencillo y práctico edificio rectangular, de dos plantas, en hastial, de tejado rojo y cobertizo con pórtico de columnas por la parte sur, incluye cocina, bar, un espacioso y luminoso comedor, y un largo espacio en el primer piso, apto para dormitorio o salón de estar.

Entre las refitolerías del almuerzo, nos recrean (en el doble sentido del término) con cogollos, escarolas, varas, cebollas fritas, tomates frescos, alcachofas, borrajas con patatas, ancas de rana (que fueron al coleteo del incombustible presidente de la Junta de las Bardenas), bacalao con caracoles, menudicos, vinos tinto y blanco..., si es que no me dejo algo. Y si por los hermanos Aguado hubiera sido, aún estaríamos allí. Pero algunos de los comensales tenían prisa, la tarde se daba ya la vuelta y aún nos quedaba echar una ojeada violácea desde la Punta de La Estroza a la Blanca Alta, Cabezo del Águila, la Sarda del Conde, la Loma de la Junta, la Pisquerra...

Dejemos para otra vez los nuevos planes de la Junta de las Bardenas, que son muchos. Porque hoy el presidente saliente quería mostrar a unos amigos que no conocían el terreno, las últimas y más visibles novedades. Pero aun a los que lo conocíamos nos ha parecido muy renovado. Es lo que tiene el *semidesierto*, al que se le añade agua, vida, gente, cultivos nuevos, un cierto orden, una exquisita gastronomía y la lavanda rara y olorosa de la amistad.



---

---

# BELAGUA, ENTRE NIEVES

Sábado de febrero medio. Sólo por ver la llenumbre del *lago del Pirineo*, tras largos meses de estiaje, cuando volvieron a su vieja función las aguas termales de los fondos limosos de Tiermas, se puede salir de la autovía navarra, cortada, al entrar en territorio aragonés, tras los túneles de Yesa. Rodear el embalse, todavía no recrecido, es un gozo continuo: la lámina líquida, donde hace poco se hundía una ciénaga, es, tras un mes de lluvias y nieves continuas, más alta, más brillante, más azul, más plácida y sosegada que nunca.

Las llamadas *colas del pantano* suben hasta los primeros pinos de la ladera y llenan todas las sinuosidades terruñeras del gran vaso.

Los sauces y los álamos de las orillas apenas si sacan airosa la cabeza, y en las tierras aluviales a donde llega el Aragón, procedente del aragonés valle de Astún, encauzado por la canal de Berdún, el plantío de álamos, alisos, fresnos, chopos, sauces..., frente al escarpe calizo de la Sierra de Leyre, parece un bosquecillo a punto de ahogarse.

Subimos por el quebrado cañón, que abre el Esca, buscando el abrazo con el Aragón, y pasamos la escarpada y levantisca foz de Sigüés, y por Salvatierra, que lleva el apellido del río navarro: dos pueblos aragoneses cada día mejor cuidados. Entramos en tierras del Roncal, bajo la estrellita montana de la ermita de Santa María del Camino, encima de la foz de Burgui, entre carrascales asidos a los peñascales, que no nos dejarán hasta pasado Urzainqui.

Burgui está muy tranquilo; la cascada de agua, que dramatiza la representación almadiera, se ha multiplicado y el puente medieval declinante, de mampostería de piedra, con sus cuatro arcos trucheros, está estos días más frecuentado que nunca.

Entre Burgui y Roncal cuatro cascadas de agua nívea saltan a nuestro paso. Y recorrida al capital del Valle, que está a sus cosas, vemos la nieve en Punta Chamar y en el monte Corona; al llegar a Urzainqui, nos muestra su capucha de nieve el Ardibidepikúa (la punta del camino de ovejas), en que termina la sierra de Arrigorrieta, partida por el cauce del Esca. Pasa éste implacable bajo el puente de hormigón, de dos vanos, que une el barrio del norte y el barrio del sur, cada uno con un torrente de contribución comunal.

Poco más allá de Urzainqui, una cascada mayor se lanza desde la alta pared que corta la carretera y, poco más adelante, corren las aguas por las quebradas, se hielan capas de nieve o cuelgan los carámbanos en las grietas rocosas.

Isaba está bulliciosa de gente y la circulación de coches es muy premiosa. El teléfono público del paseo ya no esta solicitado como antaño. Sobresalen grupos de jóvenes con mochilas y esquíes. No hay nieve en las calles, pero sí en los ribazos de la carretera y en las cumbres y laderas del Ardibidegunea, Belasaisa, San Zolo y Murua.

Dejamos a nuestra diestra el carretil de Belabarce y entramos en el anchurón nevado de la selva de Obieta, y ya no vemos otra cosa en el suelo que nieve hasta el Rincón de Belagua. Nieve sobre las viejas y típicas bordas del Llano, que las hace nórdicas. Sobre un plantel de abetos, sobre plantones de pinos, hayas y espinos en los bordes de las fincas, máscaras en el carnaval de la nieve. Nieve en el Txamantxoia, en el macizo de Ezkaurre, en Larraondoa y Lakartxela.

Hay movimiento en torno al refugio-bar-restaurant Txamantxoia, en honor del monte cercano. Cerrado desde el año 2000, y propiedad de los PP. Escolapios, que lo aprovechan varias veces al año para campamentos y excursiones de alumnos, acaban de abrirlo para el servicio cotidiano dos señoras emprendedoras, una



**Refugio de Belagua**

de Pamplona y otra de Zaragoza, con mucho éxito de antiguos y nuevos clientes.

Dos kilómetros más adelante, entre las dos paredes de nieve apilada a los dos lados de la carretera, se amontonan los coches de las familias y de los muchos jóvenes que hacen esquí nórdico en estas primeras pistas, en el lugar hermosamente llamado Mata de Haya.

José Antonio Larrea, el ingeniero forestal, me mostró hace muchos años, en la ladera norte del Txamantxoia, la Selva Grande con la Reserva Integral de Aztaparreta (¿lugar de aves rapaces?), donde crece a sus anchas el único hayedo-abetal virgen que queda del Pirineo.

Seguimos hacia el monte por una carretera limpia, por donde ruedan pocos coches. El cerco de la nieve, retirada por las máquinas, se va espesando y alzando. Hacia la Venta de Juan Pito hay dos corredores abiertos. Sobre el cuartel abandonado y sellado del término de Yeguaceros la nieve ha puesto una mano de belleza.

La senda que lleva hacia Arrakogoiti y Lakartxela está borrada. Seguimos hasta, más o menos, hasta cerca de la fuente de Bor-tuzko, donde los coches hacen una larga fila india, al lado derecha de la carretera abierta. Frente al Lakora, al norte, y Lapazarra, al sur. Ahí nos paramos, sin llegar al Portillo de Eraize, y ni siquiera a la fuente, cubierta por la nieve, de Sanchogarde, porque la máquina quitanieves nos cierra simbólica y factualmente el paso.

Tenemos suerte y colocamos el coche noroeste-sureste, mirando al macizo de Larra, y allí al final, la pirámide nívea del Anie, envidiada siempre por nuestro Arlas, impecablemente blanco. Estamos justo sobre el Refugio de Belagua (Otros lo llaman “Belagoa. Ángel Olorón”), ahora con la nieve amontonada sobre sus frágil y alpina estructura, y las pistas de esquí nórdico de Ezkilzarra (tilo viejo), con muchos jóvenes, y algunos coches aparcados también a los lados.

Salimos, porque el sol luce este rato, y es una de esas experiencias plenas de sentido que uno tiene en la vida, circundado de belleza y de plenitud sensorial y mental. Caminamos por la estrecha vía abierta hacia Sanchogarde, entre dos altísimos muros de nieve blanca resplandeciente, con cuatro grados de temperatura, que hace no se deshiele una gota a los pies de la muralla. El silencio, apenas perturbado por unos jóvenes que pasan con los esquíes, es inmenso e imponente como la nieve.

Nos da un poco de miedo el muro norte, al que miramos como un posible alud y apretamos el paso.

Nos refocilamos con unos bocadillos en el mismo coche, regados con coca-cola de lata, que es la más saludable, mientras contemplamos sobrecogidos, desde el Anie para acá, el Arlas, que un día de viento enérgico remontamos con dificultad; todo el karts de Larra, Reserva natural, con la inmensa masa de pinos negros que se han sacudido la nieve de sus testas, y detrás, los Portillos de Pescamou y de Blaticoche, el gigantón Añelarra, el Portillo de Insole, Budoguía y la Mesa de los Tres Reyes (Francia, Navarra y Aragón), con sus mesas de rocas y mantel de nieve sólida.

Con los ojos y el espíritu iluminados, regresamos con cierta pena. Una camioneta mal aparcada nos impide entrar en el refugio Txamantxoia para tomar un café. Continuamos hasta Isaba, pero aquí no hay manera de aparcar, así que nos llegamos hasta Urzainqui, apretado entre el macizo de Santa Bárbara y la sierra de Ategorrieta: pueblo muelle o puerto fluvial, a la vera del Esca.

Con razón Urzainqui lleva en su escudo, además del moro legendario, un puente de tres arcos de oro, tres torres también de oro, castillo de plata y lebrél rampante.

Las casas se alinean de cara al río, en hastial, enlazadas con otras posteriores, con las que forman silenciosos y recatados rincones,

conservando el ruego del pavimento, a los mismos pies del monte, del que se separa por un pasillo horizontal y unas escaleras. Una casa-torre ostenta su severa portada apuntada. Hay todavía unos montones de nieve aquí y allí, y algunas planchas de hielo en las umbrías.

En uno de esos rincones recalamos, en el bar de la señora Puri, que nos sirve un buen café con unas exquisitas lenguas de gato y nos cuenta cosas de la vida de este pueblo de 60 habitantes habituales, que acaban de tener una comida común de Carnaval. Parece que se entienden bien y tienen ganas por conservar el pueblo unido y próspero. Algunos trabajan en Pamplona y esperan que terminen pronto la autovía en la parte aragonesa, a la que ellos bajan, camino de la capital navarra.

Ella está harta de tantos días con nieve y con hielo, y tiene un buen programa de salidas y entradas con su familia y gente amiga para luchar contra el tedio y la monotonía.

En el extremo oriental del pueblo, más allá del largo frontón y del parque infantil, junto al río, se levanta la iglesia protogótica de San Martín, con un pórtico del siglo XVI y unas naves laterales del XVII. A su costado baja turbulento hasta el Esca un regatón crecido con las aguas de los días pasados. Al otro lado del río grande, y en el extremo occidental, desciende torrencial al río común otro regacho, de parecido volumen, pero en escalera, bordeando la ermita de San Salvador, también del siglo XIII, acurrucada bajo las rocas, y con prestancia de iglesia mayor, que preside el reducido barrio alto. Unos paisanos hablan cerca del puente de no sé qué planes para el domingo.

Urzainqui (tal vez de *urtza*: aguazal, terreno encharcado) hace honor con su nombre a su realidad ambiente.

Hoy está más honrado que nunca.

---

---

# LAS ERETAS DE BERBINZANA

Saliendo de Larraga, dejado atrás un inmundito basural público, tal vez el más escandaloso que recuerdo en muchos kilómetros a la redonda, llegamos al punto en que terminamos, hace años, un plácido y cómodo paseo primaveral. Eran los últimos días de abril, un abril muy llovido, todo verdor, furor y temblor. El cierzo que traía la frescura de las últimas nieves, rizaba y ondulaba los herbales cebádenos y trigueños, que ya tenían las cabezuelas barbonas. Las amapolas tenían en los ribazos ese toque rojo vivo, casi violento, de tan nuevo y sorprendente.

Sin salir al Puente de Berbinzana, salimos entonces al término Camino del Puente, llevando a nuestro derecho costado un río

Arga ancho, grave, colmado, verde lluvia y verde chopo, orillado por los verdes inconfundibles de fresnos, álamos, chopos, olmos y mimbreras. Nos cerraba el horizonte el cordal pinoso que arranca del montecillo larragués. Pasábamos junto a viñas viejas y viñas nuevas emparradas, que nos recordaban que estábamos en el pueblo de los injertos, injertos hasta en el equipo de fútbol, que así se llama. En las huertas había cardos pasados de rosca, alcachofas, acelgas, cebollas, lechugas. Debajo de la Presa de Miranda estallaba el río en carcajadas níveas, bajo unos cortados ocre, grises y rojiscos.

Ya en el Soto de Larraga, íbamos entre campos preparados para el maíz, algunos sembríos de cereal, regadíos fértiles y arboledas juncuales. En los bordes del sendero crecían a placer las viboreras, collejas, lechetreznas, los perifollos bordes, y sobre todo los mastuerzos bárbaros. Calandrias y alondras volaban de acá para allá y de allá para acá, mareando el aire. Una perdiz aleteó con estrépito a nuestro paso y se detuvo en una pieza cercana.

Hoy entramos, y no a pie, en Berbinzana. Las villas nuevas no rompen esa equilibrada armonía de viviendas de tres o cuatro alturas, que distingue a este pueblo de los vecinos. Los cuatro pequeños cabezos pinosos que la cercan por el noroeste y el oeste, desde Vaqueriza (423 m.) hasta Altos del Casajo (421 m.), la hacen más atractiva todavía, piedemontana y fluvial. El caserío se formó en tomo al monasterio de Santa María y fue una aldea humilde de Larraga antes de convertirse en villa en 1647; anduvo de mano en mano de reyes y señorones, entre ellos Pierres de Peralta y el conde de Lerín, hasta ese decisivo acontecimiento.

Vemos el nuevo y espacioso Polideportivo, que visitaremos luego, y seguimos la carretera-calle mayor hasta llegar a casa de Mari Carmen, que vive en una casa blasonada, cerca del puente sobre el Arga, que aquí se ensancha y se remansa con un buen acompaña-



miento de árboles fluviales, alegrado por las flores blancas de las acacias. Se han adecentado los accesos y colocado una barandilla protectora; y se ha asfaltado el camino hasta el campo de fútbol. No parece el mismo río que hace dos meses se encabritó y se saltó las orillas más que a la torera.

A unos metros de donde estamos, donde antes hubo unas pequeñas eras -eretas- particulares, a la vera del Arga, el joven y dinámico arqueólogo puentésino Javier Armendáriz Martija descubrió, el año 1991, en este término -donde se había encontrado un miliario dedicado al emperador Constantino-, uno de los asentamientos más importantes de la llamada Cultura de Campos de Urnas que hay en Navarra, no lejos de los de Larraga y Miranda, y que aprovecharon después los celtíberos y los romanos.

El año pasado, se abrió al público el yacimiento de Las Eretas, en Berbinzana, una vez reconstruida parcialmente una de las viviendas protohistóricas del conjunto defensivo, junto con un trozo de la muralla. Junto a él se prepara un museo de sitio o centro de interpretación del yacimiento, en el contexto de la Cultura de la Edad del Hierro en Navarra.

Junto al pequeño embarcadero nadan como si nada unos patos, y una garza, que tiene su nido cerca, se repantinga a su manera en una islita del cauce. Por algo nuestro rey y señor Carlos III el Noble eligió Berbinzana como lugar de solaz y de caza. Y por algo este ayuntamiento organizó el año pasado, junto con el Consorcio de Desarrollo de la Zona Media y de Eco Navarra, la Segunda Feria de Agricultura Ecológica, con sustanciosos premios para las mejores explotaciones agrícolas y ganaderas.

El puente cercano de piedra, con seis arcos asimétricamente dispuestos, es un verdadero monumento medieval, reconstruido y ampliado en varias ocasiones. Todo esto será pronto parte del Parque de las Eretas, que ha dejado diseñado esta alcaldesa intelligen-

te, esforzada y recta, teniendo que lidiar contra viento y marea a favor de este pueblo, hasta ahora casi olvidado.

Se ha excavado una mínima parte de esta plaza fundada y construida a mediados del siglo VI antes de Cristo, pero lo suficiente como para entender su organización urbana, de calle central con grandes losas, y la arquitectura de las casas, todas sacadas del mismo patrón (con obradores, hornos y vasares), que nos muestra una sociedad bastante igualitaria, cuya organización sería de tipo tribal por consanguineidad, y un sistema poliorcético (arte de defender una ciudad), con muralla, torres y probablemente foso, pensado para una plaza ubicada en una llanura aluvial cuaternaria, no habitual en la Edad del Hierro. Un modelo defensivo que estará en vigor hasta la extensión de la artillería en el siglo XVI. La verdad es que poco se diferencia de los esquemas de la Baja Edad Media, una de cuyas construcciones más resistentes podemos ver en el cerco de Artajona.

Aparte del saneamiento y consolidación de las ruinas, el arqueólogo navarro, que ha fungido aquí, además, de arquitecto, albañil, carpintero y pintor, pensó que lo más interesante podía ser reconstruir parcialmente una de estas casas de planta rectangular, a un lado de la calle, y adosada al paramento interno de la muralla del poblado, así como el tramo de ésta a la que la vivienda se adosa, siguiendo las nuevas tendencias arqueológicas europeas, pero que hasta ahora no conocíamos en Navarra. La muralla está hecha de grandes sillares de arenisca, traída desde lejos, mientras las casas se construían con adobes y elementos vegetales para la cubierta. El techo se cubre hoy con espigas de centeno cortadas a mano.

Un día, cuando la financiación lo haga posible, este espacio doméstico se llenará con réplicas de vasijas de cerámica, fusáyolas, punzones, agujas de hueso, cuentas de collar, moldes para hachas de piedra, canas de piedra, molinos manuales, restos humanos,

etc., encontrados aquí, para que la gente lo pueda incluso tocar y manosear en la visita al yacimiento. Desde una terracilla de madera, de donde casi nos barre el ventarrón lluvioso que nos ha tocado hoy, se ve muy bien el conjunto de la excavación, y el entorno natural, que un día, ojalá que no lejano, será el Parque de las Eretas.

Todo el espacio, cercado por una valla de alambre y soportes de madera, está adornado por jóvenes olivos, plátanos, adelfos, cipreses, romeros y tomillos.

Llueve primaveralmente. Llueve como llovía hace 27 siglos sobre los -¿primeros?- pobladores de Berbinzana.



**Museo de las Eretas (Berbinzana)**



---

---

# BÉRTIZ EN ABRIL

Nunca había estado en Bértiz en esta estación de año, primeros días de abril, cuando ya no es invierno y tampoco todavía primavera.

Cuando conocí el Parque, el Gobierno de Navarra, que lo había comprado al Arzobispado de Pamplona, al que lo había donado el indiano baztanés Pedro Ciga, había hecho del palacio y de su entorno una residencia veraniega para personas dependientes, como mi tía Ángeles, que allí pasó unos días, en su carro de ruedas.

Ahora es un capricho botánico y ecológico sobre el río Baztán, todavía no convertido en Bidasoa, y bajo el pico de Izcolegui. Es también un enclave cultural de exposiciones, cursillos y celebraciones.

El río pasa, estos días, denso y fácil, tras las muchas lluvias, y el arroyo Bértiz, que se despeña debajo del palacete con la grave carga que baja desde el monte, suena bravío y alborotado.



Señoría de Bértiz



Deambulan algunas parejas jóvenes y algunos padres jóvenes con niños chicos. Están apagándose, aquí y allí, sobre todo en las márgenes del arroyo y junto a la capilla modernista, las delicadas y ruborosas camelias, que nos hacen a todos románticos. Están explosivos de flores blancas los cerezos silvestres y las primulas arracimadas reinan en los yerbines, junto a los innumerables be-rrros de prado y algunas flores de fresa, entre los altos árboles y las laderas fluviales.

El parque está mucho más limpio y cuidado que en años anteriores y se han puesto algunos indicadores botánicos junto a las especies arbóreas más singulares: los abetos rojos y blancos, los cedros del Líbano y del Himalaya, los bambúes negros, los liquidámbar, las araucarias... Las hayas, ya en buena parte verdecidas, están en este microclima templado y bajo mucho más adelantadas que en todos los montes aledaños. A muchas palmeras les brotan en el pecho unos collares de yedras que las hacen más coquetas aún. Y los mirlos no cesan de entonar sus baladas enamorantes.

Enormes lianas, o bejucos, ascendentes escalan dos grandes plátanos a la orilla del río, y se tuercen y retuercen, sarmentosas, en increíbles contorsiones sobre sí mismas, hasta formar unos troncos casi paralelos.

En los parterres próximos al palacio lucen sobre todo unas rondundas y rozagantes peonías rosas, que nos dejan ojiabiertos.

En la sala principal del entresuelo del mismo un pintor amigo baztanés expone una veintena de cuadros sobre *la piel del agua*. En el libro de firmas le pongo estos versos: *Y es que del agua la piel / es tan fina y delicada / que puede ser dibujada / tan sólo por tu pincel.*

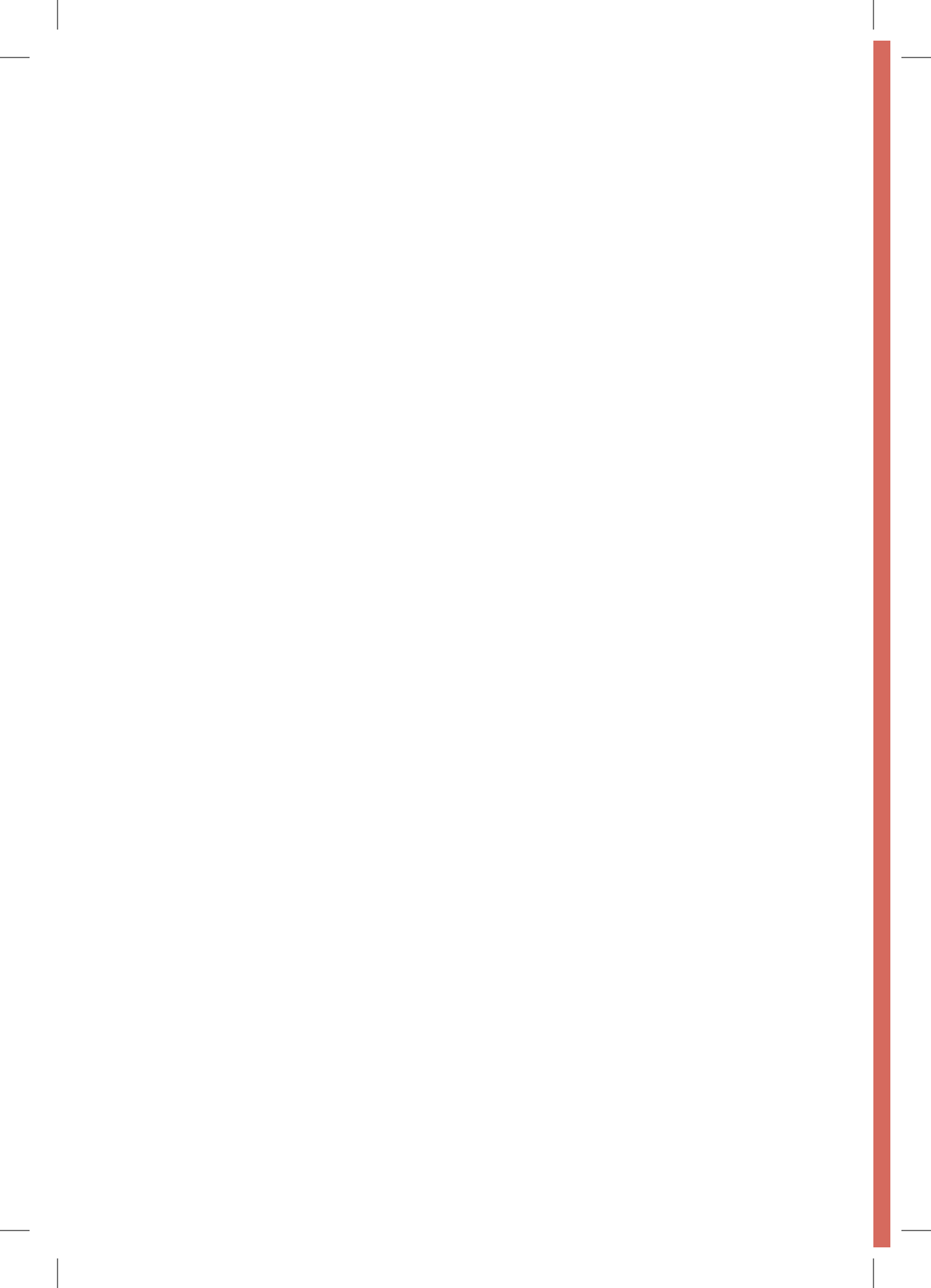
Damos una vuelta por los viveros, cerrado y abierto, y por el nuevo jardín botánico, incipiente todavía, que exige una contemplación más reposada.

Juega un niño chico en el centro del vasto jardín inglés, exterior del Parque, mientras su padre se acerca a mirar una de las esculturas. Una pareja juega amorosamente a jardineros y plantas dentro de un coche distante, discreto.

El hayedo del monte está un poco más verde que cuando llegamos, y el río Baztán no levanta un decibelio más en su monótona cantata.







C



---

---

# SIGUIENDO AL CIDACOS

Los veo desde el tren confluír poco antes de llegar al puente ojival de Mendíbil, feamente ampliado y reforzado. Son el barranco Artusia y el barranco Oricin, que vienen, respectivamente, de la parte norte y sur de la Peña de Unzué, pero surgidos mucho más arriba, en las estribaciones de la Sierra de Alaiz, sierra de hayedos, robledales, quejigales, carrascales y enebrales. Se les agrega, unos metros más abajo, el barranco Mairaga, que arrastra las aguas desde los pies del pico El Rey, más allá de los Altos de Sorguiñarán; se remansa en el embalse de su nombre, debajo de Bariain, y carga hasta aquí con lo que allí sobra.

Les acompañan en sus primeras correrías por la Valdorba avellanos, cornejos, viburnos y sauces, pero ya antes de desfilar bajo las torres de Barasoain, el río, ya uno, corre bajo la sombra y el encanto de mimbreras, sauqueras, olmedas, fresnos de hoja estrecha y, sobre todo, chopos: chopos itálicos, erguidos y frondosos, cerrados a menudo en filas prietas, así como álamos alegres, espaciosos y sociables. Apenas se deja ver la corriente que corre y salta por un cauce estrecho y hondo, de orillas con grandes herbazales, formando lindos y espesos sotillos, entre pequeñas piezas de cereal. Mendivil, Barasoain y Garinoain se subieron *in illo tempore* a sus pequeñas crestas huyendo del río y de sus avenidas, que hoy rondan la docena durante un promedio de medio centenar de días al año. Pero el río les da también alegría paisajística, puentes, huertas y desagüeros.

Frente a Barasoain el futuro Cidacos recibe por el poniente al barranco Basaux, que suena al euskérico *baso* (bosque), y aún varias barranquillas de los montes entre Añorbe y Artajona, un día sin duda boscosos, y hoy boscosos de molinos eólicos. Pasado Garinoain y su estación de tren, cerca de donde parte el carrito hacia Amatriain, se le entrega, tras un largo recorrido por el valle de su nombre, el arroyo Leoz, que trae su caudal desde la Sierra de Izco y recoge casi al final de su curso un regato que salta debajo del monte San Pelayo, el más interior de la Valdorba; el Leoz aporta al cauce la mitad de los que suele llevar nuestro río en estos primeros kilómetros de andadura.

Entre las ermitas San Quirico y San Miguel hace una cabriola y se le ajuntan, las pocas veces que aportan agua, el barranco Linares -regador otrora de campos de lino-, que baja de las tierras altas de Bézquiz, y, por el otro flanco, el Majada -genuino nombre pastoril-, caído de los Altos de Ginebral y Aramendía. Tras sortear el alto tajamar y fluir bajo los dos arcos ojivales del puente de piedra,

a la entrada de Pueyo, se le echa encima el Sansoain o Zidacos, que de los dos modos se le llama y se le escribe. Nacido en las entretelas de Monte Julio (998 m.), el monte valdorbés más alto, riega, baña, drena y alegra tierras de Olleta, Maquirriain y, cómo no, de Sansoain, entre alisos, fresnos, sauces blancos y sobre todo chopos negros y álamos blancos.

El río a quien sigo, ahora ya bautizado con nombre seguro, se me pierde, en el término de Macocha, entre las huertas del norte de Tafalla, que él hace posibles, donde apenas lo diviso, ya sin vegetación arbórea riparia que divisar, solo entre arbus-tos, juncos, carrizos y espadañas. Entra luego solemne en la ciudad bajo el arco central y peraltado del puente del Antiguo Camino a Pamplona, antes de convertirse a la vera del Camino del río Cidacos, en un río hinchado y turístico, de parque urbano. Para volver a pasar, entre carrizos, juncos y espadañas, bajo el puente en el Camino a Sangüesa, y seguir abriendo más huertas todavía. La verdad es que por vez primera le dan allí importancia, tanta que Tafalla se llama nada menos que “ciudad del Cidacos”.

Viene el río tafallés tras la recia deriva por el regadío sur, y, aunque cabizbajo, viene todavía con voz y envergadura suficiente. Pasa bajo las vías del tren y hace una larga incursión entre viñedos ya verdecidos de la vinícola ciudad de Olite, entre algunos campos de cereal granado y algunas esparragueras. Han vuelto los chopos, los álamos y los sauces a hacerle compañía. Si ha pasado con fortuna bajo los dos puentes oliteños, esquiva luego, bien arbolado, el tajar del puente medieval de Beire, frente al palacio de los Ezpeleta, y en seguida los dos tajamares del puente reformado de la pétrea Pitillas. En el término denominado Llagares, de Beire, se ha hecho antes con lo que arrambla el barranco San Martín -por el nombre de su villa- desde las barranqueras de La Cañada, Molinos

del Viento y Chucho Alto, y algunas veces el regacho sobradero de la Laguna de Pitillas le acarrea alguna pequeña cuota de agua; por la otra vertiente, el Vallacuera barre hacia él las lluvias sobrantes que caen sobre el Plano de Olite.

Frente al medieval Murillo el Cuende encuentra de nuevo, tras varias irregularidades, una arboleda espesa que le hace visible y vivo. Después, como si estuviera un poco mareado tras correr sin descanso cuarenta kilómetros, con muchos obstáculos de por medio, hace algunas *eses*, pero luego se estira para pasar cerca del palaciano lugar de Traibuenas, apenas rodeado de unos cuantos tamarices. Hasta que en El Sasillo de Caparroso se deja llevar por el Aragón, que viene casi intacto desde el pantano de Yesa, haciéndole la gracia de una isleta de gratitud por el copioso recibimiento.

En mi viaje de vuelta, en un tren parecido, le sigo al río Cidacos



**El Cidacos por Tafalla**



su curso desde atrás. Le veo más veces la cara, siempre amable, más limpia y sonriente cuanto más me acerco a su nacedero.

Si Tafalla le da su fama, él es mucho más que un río tafallés y merece la pena cantarlo y seguirlo desde el principio hasta el fin, desde el fin hasta el principio.



---

---

# TIERRAS DE CODÉS

Vuelvo a las Tierras de Codés, de la serranía de Codés, del santuario de Codés.

Cuántas veces las he mirado despaciosamente, en estos meses de abril y mayo, desde la Peña de Lapoblación, o desde el cogote occidental de Monjardín, desde la Peña Gallet o desde la sierra de San Gregorio!

Sierras (Yoar, Chiquita, Cábrega), peñas (Humada, Ochanda, Blancas, Costalera), puntas (Redonda), altos (de los Bojes, de la Dehesa, del Cielo), pasos (de la Espina), portillas (de Garañango), cordillones, colinas, collados, miradores, cerros, cerrajones, tesos, cabezos, altillos, farallones, mallos, pitones, cantiles, cuchillas, escarpes, cortados, taludes, somontanos... Valles y valles (Aguilar, La Berrueza, Valdega, Valdearas), congostos (de Mues y Desojo), corredores o pasillos (de Asarta- Mendaza, de Armañanzas), ríos (Aguilar-Linares, Odrón, San Pedro), arroyos, barrancos, regatos, balsas, pozas...

Tierras altas y bajas, montes y llanos, *saltus* y *ager*; fallas cabalgantes y glacis falderos, cimas y crestas calizas y grisazulencas sobre limos, arcillas y areniscas ocres o vinosas, el color de tantas casas e iglesias de la comarca.

Hace cuarenta millones de años la serranía de Codés era una frontera sedimentológica entre el entonces macizo del Ebro y la cuenca marina que daría origen a los Pirineos y hoy lo es también entre el actual macizo pirenaico y la fosa o depresión del Ebro

Tierras fronterizas geográficas, y también históricas, como veremos enseguida.

La tierra tiene también su proceso de evolución propia, que es como su historia íntima, secreta, tan difícil de leer e interpretar por la mayoría de los terrícolas que sólo la miramos con ojos de interés, de indiferencia y algunas pocas veces de contemplación.

Vuelvo hoy a las Tierras de Codés, cuando la primavera se ha apoderado de ellas, y sólo las hayas cimeras no han despertado del todo. Vuelvo a mirar y a recordar la sierra, de un lado y otro, en días distintos y en estaciones diversas. A ratos me parece un cresterío alborotado como en los días lejanos de su orogénesis; a ratos un campo pálido de ruinas geológicas. Unas veces se me representa un escuadrón de lanceros y artilleros de la edad de piedra buscando la salida por la vallonada; y otras un espectro glorioso condecorado de silencios y leyendas. Ya se me hace murallón fronterizo y desafiante al sol; ya un laberinto de trincheras entre la niebla; ya un endriago sin rostro y adormecido bajo la lluvia adormecedora.

Zarzal gigante de piedra. Escalofrío de luz. Selva de brumas calizas. Yunque en bruto del sol. Campamento secular de la piedra.. Mágico espejo de la luna. Nido de nubes de piedra. Poderosa máquina de vientos. Lago de piedras tormentosas. Pedernal incen-

diado por la aurora. Alcancía de crepúsculos. Museo de los siglos de la nieve. Monasterio de piedra de la creación sin límites. Baza de trono inacabado de la Sabiduría creadora.

Y miro entre las espaldas y los lomos de montes y colinas, apenas ya arañados por viñas y olivares, las cubetas de los geógrafos, los pasillos naturales, las avenidas metafóricas, las rectas ramblas, las fértiles vegas de los herbales: traídos y llevados por todos los vientos: rizados, acariciados, acompasados, nunca domados del todo. Trigales verdeserios. Cebadales verdealegres por las lluvias, y luego, como ahora, verdeprietos por el sol y los abonos. Ríos verdecorrientes, franjas de mar interior verdesosegado, estrechos verdebatidos para quien los ve y contempla llenos de vida, de poder y de promesas. *Hacer aguas*, llama a este fenómeno de primavera la sabiduría popular.

Y miro en fin los pocos, los frágiles, los humildes ríos y riachuelos, que recogen lo que pueden bajo los montes calizos permeables y apenas se atreven a levantar la voz entre las hazas, tierras labrantías o de sembradura, y van perdiendo fuerza, ritmo y caudal a medida que se alejan de su cabecera serrana. Unos pocos chopos, álamos, sauces blancos y cenicientos, olmos, fresnos, cornejos y viburnos enmarcan y sombrean su tránsito recoleto y servicial

Tierras históricas y protohistóricas. Sabemos que casi hace 100.000 años habitaron predecesores nuestros en los lugares próximos de Urbasa, Viana y Zúñiga. Hacia el año 6000 antes de Cristo tenemos evidencias de hombres cazadores en el abrigo de la Peña de Marañón. De siglos posteriores, aún en tiempos protohistóricos, son las pinturas y objetos de adorno personal descubiertos en la Peña del Cuarto, en Learza, y los poblados de La Custodia, en Viana, El Castejón en Bargota o El Castillar y La Atalaya en Los Arcos.

Cuando llegaron los romanos no venían, pues, de nuevas. Pero la romanización fue profunda en todo el contorno. No estaba lejos la vía que partía de *Vareia* (cerca del actual Logroño) hasta *Andelos* (Andión) y tal vez hasta *Pompaelo* (Pamplona). Probablemente un ramal atravesaba parte del actual valle de Aguilar. Hablan elocuentemente de esa romanización estelas funerarias romanas encontradas en Marañón y Aguilar, monedas en Lapoblación, restos de edificaciones en Mues y Torres del Río. *Calagurris* (Calahorra), ciudad relativamente próxima, era la ciudad romana por excelencia en todo el Valle del Ebro, después de Zaragoza. Para llevar agua potable a esa ciudad se edificó el acueducto de Lodosá-Alcanadre, que recogía aguas del Odrón y el Linares cerca de su confluencia. La toponimia general de pueblos y términos de las Tierras de Codés es otra prueba. Del latín se pasó después al romance navarro, el *idioma Navarre terre*: Aguilar, Azuelo, Torralba, Otiñano, Ubago, Espronceda, Desojo...

Antes que los primeros documentos escritos sobre los pueblos, ermitas y monasterios en Tierras de Codés, existieron esos monasterios, ermitas y pueblos. El florecimiento monástico hispano de época visigótica quedó roto súbitamente con la invasión musulmana. La mayor parte de los monasterios fueron destruidos. Otros se sometieron o se resistieron pero los monjes que pudieron escapar huyeron a los yermos y bosques o a otras tierras lejanas. Hasta la liberación que iría trayéndoles la Reconquista.

Solían ser al comienzo los mayores monasterios comunidades heterogéneas: cenobitas, ermitaños, penitentes, familiares, etc. Los pequeños solían arracimarse, en mayor o menor grado, en torno a ellos. Eran aquéllos verdaderos centros de trabajo, de cultura, de caridad y de vida religiosa: construcción, agricultura, ganadería, elaboración de productos, artesanía, bibliotecas, escritorios, talleres de encuadernación, reproducción e iluminación de manuscri-

tos, talleres de arte, escuelas, coros, parroquias y organización de parroquias, hospederías, refugios, hospitales y farmacias... Eran no pocas veces sus macizas edificaciones genuinas fortalezas a la entrada de poblados o valles, o en alturas más defendidas, y por eso solían ser blanco predilecto de las razzias musulmanas en los tiempos posteriores a la invasión.

Estamos algo informados sobre los primeros monasterios navarro-aragoneses del Pirineo, incluido Leyre, sobre todo desde la visita de San Eulogio de Córdoba el año 848-50. Y aún mejor informados sobre los posteriores y grandes monasterios en tierras navarro-riojanas, algunos de ellos, los más célebres, fundados por los reyes de Pamplona en el siglo X: Albelda y San Millán. Estos monasterios, muy florecientes en los siglos X y XI, mantuvieron una continua y fértil relación no sólo con el reino navarro sino también con los mozárabes de al-Andalus, con el reino de León y con la Cristiandad de toda Europa. Por esas fechas – año 983-tenemos la primera noticia que interesa directamente a nuestras Tierras: un pacto sobre los diezmos de Desojo ajustado entre Benedicto, obispo de Nájera, y Vigila, abad de Albelda.

Citando crónicas y cronicones medievales nuestro historiador José de Moret cita repetidamente La Berrueza entre las tierras de Navarra que *siempre se poseyeron y retuvieron por sus habitantes*. Una prueba de ello y de su servicio a la religión cristiana es *la multitud de reliquias de cuerpos santos que –de varias partes a allí, como a tierra que se mantenía por los naturales cristianos- se llevaron y veneraron en la iglesia de San Jorge del pueblo de Azuelo, monasterio un tiempo y hoy priorato de la real casa de Santa María de Nájera, por anexión de su fundador don García*.

Aquella mañana primaveral en que llegué, Azuelo celebraba la fiesta de Santa Engracia. Azuelo era el haz o hazuelo de casas subidas a un alturón defensivo, como es habitual en los pueblos de

las Tierras de Codés. Las buenas gentes iban a la iglesia parroquial de San Jorge por un camino blando, entre altos plátanos recién verdecidos y robles corpulentos, con muchas raíces fuera. El atrio exterior y el presbiterio estaban llenos de lilas, tulipanes, villas y otras lindezas. Santa Engracia, joven mártir zaragozana con otros dieciocho compañeros en la persecución del prefecto romano Daciano (s. III), tiene en la iglesia parroquial de Azuelo su retablo, su talla y su arqueta relicario, junto a las reliquias de otros mártires, y un día tuvo ermita en la sierra. Otras iglesias, ermitas y monasterios en toda Europa le deben también su nombre.

La iglesia del antiquísimo monasterio de San Jorge es un primor románico, con influencias de Jaca y Loarre, sobre todo desde su última restauración. Es, además, ahora un muestrario de varias artes y estilos posteriores. Una donación del rey Sancho Abarca, siendo abad un tal Eximeno o Jimeno en al año 992, nos da fe escrita de su existencia, que comenzó mucho antes. Las reliquias de San Jorge y de San Eulogio se refieren probablemente a los mártires cordobeses del año 852, aunque el templo esté dedicado al legendario santo, mártir oriental del siglo IV, de cuya vida no sabemos nada. Eso sí, fue un santo muy popular en toda la Cristiandad; defensor caballeresco de la princesa (la Iglesia); preferido por pintores y escultores; patrono de naciones, regiones, ciudades y órdenes diversas; ejemplo de caballeros, arqueros, ballesteros y toda clase de milites cristianos.

Buen sitio este para entrever las siluetas de las viejas parcelas de labor, hoy cubiertas por el monte bajo -las zarzas- bajo los pinares de la cadena montana Las Planas-Astray-Figueras.

Por un sendero que parte bajo la iglesia y se abre entre campos de cereal llegamos en unos minutos a la ermita de San Simeón de Cabredo, compartida entre los dos pueblos. De origen románico, reconstruida después, y un tanto descuidada por dentro, guarda



un retablo del XVI con tallas del santo, de Santa Engracia y de San Bartolomé. Damos la vuelta ritual a la ermita, entre matorrales, hierbas altas y margaritas, frente al barranco Arguin, por donde crecen las cebadas, se extinguen las viñas y se pudren los almendros. San Simeón de Cabredo recibe culto no sólo aquí, sino en la iglesia de Azuelo, con retablo propio, dos tallas y arqueta relicario que recogió sus restos en 1603.

El venerado San Simeón fue acaso un labrador del pueblo de su nombre, que se hizo aquí ermitaño o acabó sus días como tal. Su fiesta no coincide con la de San Simeón Estilita, santo sirio del siglo IV, que vivió subido a una columna (5 de enero), sino con la de San Simeón llamado El Loco (*Salos*), anacoreta también sirio, pero del siglo VI (1 de julio). Tal vez hubo en tiempos remotos una confusión o superposición de nombres, de vidas, de cultos. Nueva prueba de la popularidad del eremitismo y de los santos ermitaños.

A la ermita del apóstol y mártir San Bartolomé se va por otro camino, que sale de la carretera, ya junto a Aguilar, entre jaras blancas y rosadas, algunos robles, unas viñas viejas y unos verde-gales crecidos. Construcción románica tardía (s. XII), con ocho potentes contrafuertes, cabe el barranco Fuentesfrias, cobija en el tímpano de la portada el relieve del Cordero Místico sobre el crismón, sostenido por ángeles arrodillados. Las lechuzas no han dudado hacer de las suyas sobre tamaña joya del románico rural.

Y es que la invasión musulmana fomentó la vida monástica y a la vez el eremitismo, que desde los inicios del cristianismo la precedió. Hispania se pobló de ermitaños, solos o al socaire de algún monasterio, grande o pequeño (monasteriolo). A los venerables San Millán, San Fructuoso o San Valerio siguieron ahora San Froilán, San Frutos o Santo Domingo de Silos.

Divisamos desde aquí, o imaginamos divisar, casi a la misma altura, la iglesia de San Jorge, la ermita de San Simeón, las iglesias-fortines de Torralba y Aguilar, y otras iglesias y ermitas, que se asientan, más altas o más bajas, en las sierras, montes, colinas, collados o valles de las cercanías. Apóstoles, mártires, ermitaños, fundadores, ángeles protectores de la Iglesia... son los preferidos.

Digamos sólo algunos nombres de ermitas, ya desaparecidas: San *Andrés* en Lapoblación, Viana, Mirafuentes. *San Bartolomé* en Viana, Desojo, Bargota, Torres del Río. *San Miguel* en Espronceda, Bargota, Viana, Desojo. *San Clemente*: ermita-monasterio en Sorlada. *San Adrián* en Torralba, pero con ermita viva en Mirafuentes. *San Martín* en Aras, Marañón, Meano, Viana, Mendaza, Armañanzas, Azuelo, Espronceda, Torralba, y monasterio en Zúñiga. *San Antón* en Mirafuentes. *San Millán* en Azuelo. *Santas Numila y Alodia* en Etayo. *San Justo*, monasterio en Mues. *Santa Engracia* en Azuelo.

Sólo así, en este largo y preciso contexto, geográfico e histórico, puede entenderse el hoy santuario de Codés. El historiador por excelencia de la orden benedictina, el obispo Antonio de Yepes (1554-1618) piensa que las ermitas de San Simeón, San Millán, San Martín, Santa Engracia y Santa María de Codés *eran puestos donde se apartaban los religiosos de San Jorge a hacer vida eremítica, como acostumbraban los monjes de San Benito en aquellos siglos y en tantos como han corrido por nuestra Señora de Codés; unas veces la hallamos que fue monasterio y, otras, ermita, y ahora es una de las más celebradas que hay en el reino de Navarra por la gran devoción que la gente de la tierra tiene con la imagen de Nuestra Señora, obradora de grandes maravillas.*

Lugar medieval de Codés, con iglesia dedicada a San Miguel, patrono siempre venerado en los sitios altos, sustituto del dios romano Mercurio. Y ermita de Codés, acaso centro de un mo-

nasterio o monasteriolo, más o menos dependiente de San Jorge, anejado, como sabemos, por el rey don García, llamado de Nájera, quizás junto con el de Codés, al monasterio de Santa María la Real de Nájera, fundado por él en el año 1052.

Queda una remembranza de ese pasado glorioso y heroico en el retablo mayor del santuario: la tabla pintada de Santa Coloma, Colomba o Columba, la joven virgen y mártir cordobesa (853), con ermita viva en Mendaza, así como en el retablo del ermitaño y mártir San Antón, y en los lienzos barrocos de San Antón y de San Pablo, primer ermitaño.

F. Bujanda y Valeriano Ordóñez nos han contado pormenorizadamente la historia del santuario, con sus muchas glorias y algunas penas, por las que ya me interesé en otras ocasiones. La fundación de la Cofradía Administradora de la Basílica de Nuestra Señora de Codés en 1901 venía a recoger un secular herencia, a vivificarla y a hacerla pervivir eficazmente en tiempos y espacios nuevos. Aquel



**Nuestra Señora de Codés**

puñado de intrépidos sacerdotes y seglares de los pueblos vecinos y de otros lugares riojanos hoy son casi 2.000. El culto a la Virgen María, su primer fin, está hoy muy vivo. El templo, el entorno y los servicios tradicionales de todo género han ido, año tras año, renovándose y acomodándose a las nuevas necesidades.

Es claro que a nadie se le ocurre aquí sustituir a nadie en nada, y sí animar, favorecer, aunar, potenciar a todos en todo aquello que sea conforme con el carácter y misión de la Cofradía. Quien conozca, por someramente que sea, el origen de los pueblos en estas Tierras de Codés sabe que la interrelación entre los mismos fue desde primera hora el factor decisivo. La agrupación de pequeños poblados, unos como villas y otros como concejos, hizo posible el mapa que hoy tenemos. Ciertos aforamientos se hicieron según el Fuero de Estella, de Viana o de Viguera. Algunas antiguas face-rías persisten todavía. Hubo, en cambio, lugares que se liberaron del dominio de señoríos y de villas y consiguieron la autonomía municipal. Funciones que hasta hace poco parecían intransferibles son hoy comunes.

El principio de subsidiariedad rige hoy de manera diferente a la de ayer. La realidad histórica de Codés es en este sentido un símbolo eficaz de hermanamiento libre y exigente al mismo tiempo.

De manera muy acorde a sus fines fundacionales, este santuario puede llegar a ser un centro de dinamismo cultural cívico, abierto a todos y sin interés particular de ninguna clase. Dada su peculiar posición, casi única en Navarra, no sé por qué acontecimientos como el de esa meritoria Exposición histórico-etnográfica no han de repetirse en tiempos y ritmos oportunos, en forma de exposiciones, mesas redondas, conferencias, conciertos, talleres activos de temas actuales...

Codés puede ser uno de los puntos céntricos de esos posibles itinerarios histórico-artísticos por Tierras de Codés, desde los po-

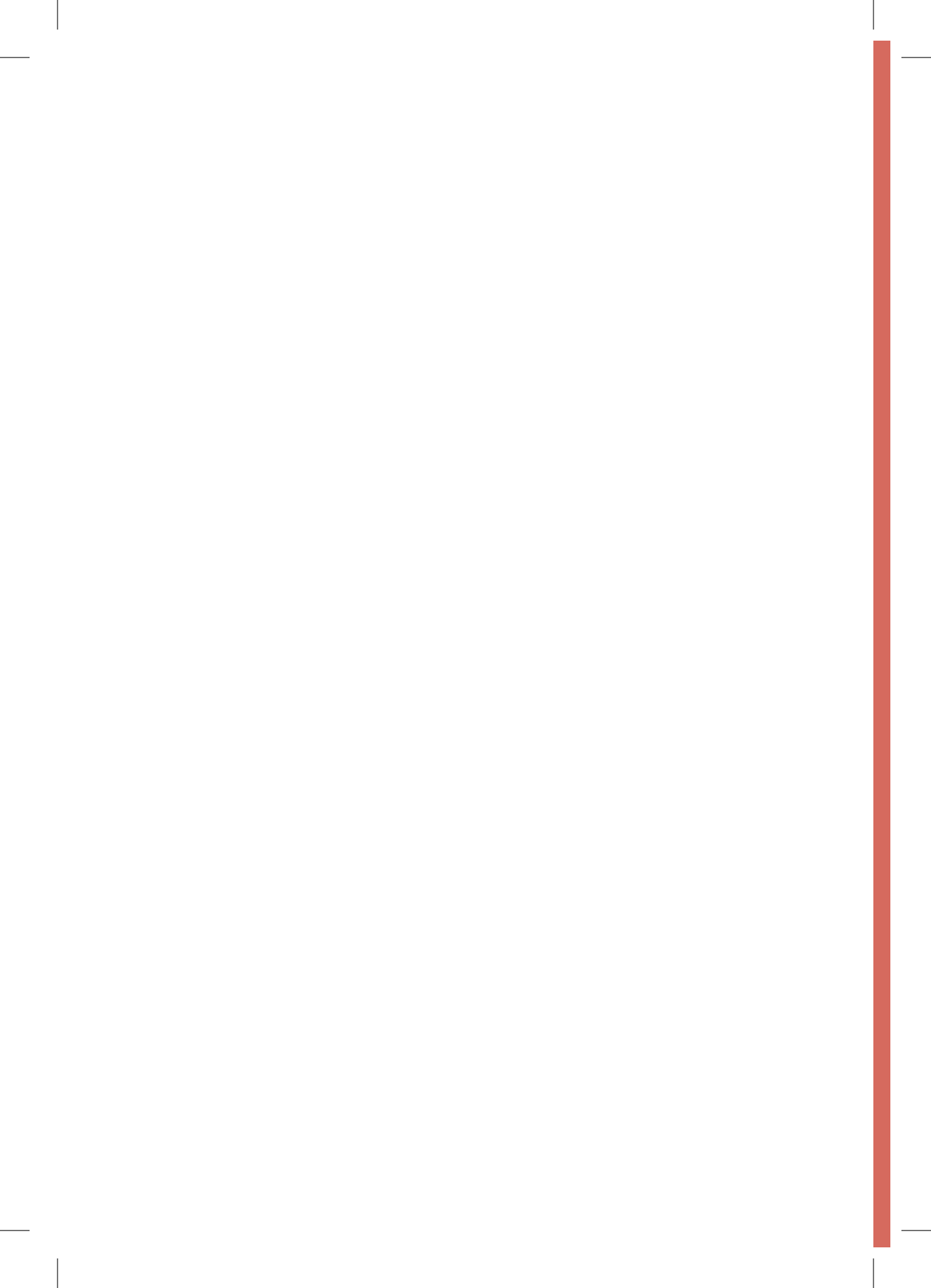
bladores primitivos hasta hoy. Sus yacimientos arqueológicos, sus iglesias, ermitas, viejos monasterios, palacios, casonas, retablos, tablas, tallas, orfebrería... no pueden seguir siendo zona reservada de unos pocos curiosos, y allá me las den todas. Ni todo puede terminar con el Camino de Santiago, todavía poco aprovechado. Un ejemplo más: el célebre taller de Cabredo (siglos XVI-XVIII), de los Araoz, González Sampedro, Bazcardo, Jiménez, etc. debería tener en esa localidad un recuerdo permanente.

Por Tierras de Codés, y entre otras rutas históricas posibles, debe demorarse quien recorra el apasionante itinerario de las Guerras Carlistas. Me basta echar a volar la memoria imaginativa para ver entrar a nuestro rey Carlos V de Borbón, tras la asamblea de Aguilar, patria del general Guergué, en Asarta, Azuelo, Mendaza, Mues, Nazar, Otiñano, Piedramillera, Sansol ..,

\*\*\*

Y así podríamos seguir, y seguiremos, bajo la sonrisa y amparo de Nuestra Señora de Codés:

Madre de Dios de Codés  
de sonrisa amaneciente,  
con el Niño bendiciente  
sobre el regazo. A tus pies  
peregrinos hoy nos ves:  
cansos, torpes, pecadores,  
mas también prometedores.  
Bendice nuestros empeños,  
nuestros proyectos y sueños,  
Madre de Dios de Codés.



E





---

---

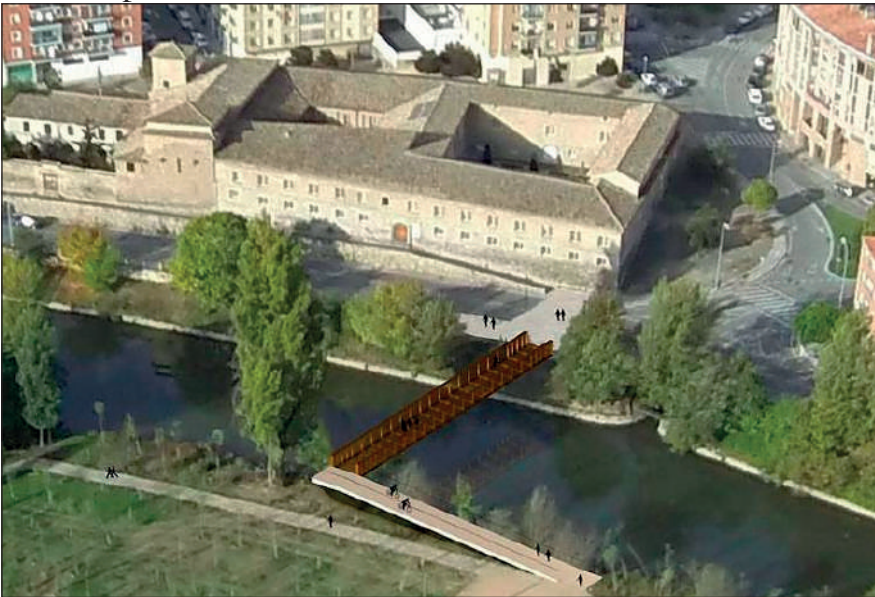
# ERROTAZAR: ENTRE SAN PEDRO Y ARANZADI

Comemos bien, y no caro, en una amplia sidrería moderna del barrio, llena de gente, más bien joven, y nos vamos a pasear un rato por los jardines fronteros, con sus macizos de plantas y flores, sus senderos bien delineados, sus cómodos asientos, sus bonitos puentes de madera. Por una parte, vemos rebrillar de prestancia y dominio el nuevo palacio de los virreyes, transfigurado por Moneo, y, por la otra, afirmarse en la historia por encima de las copas de los árboles el largo convento medieval de las Petras. Corre hoy agua en el canalillo, que viene desde la presa de San Pedro para volver más adelante a su origen. Ha sido un invierno y una primavera de aguas, y las orillas del Arga están tan verdes como en abril y más alegres y rozagantes que entonces.

Vamos por un sendero junto al cauce, a contracorriente, y los chopos, los álamos, los fresnos, los sauces y los saúcos nos abren y cierran la vista de las aguas, que bajan, tras la lluvia de ayer, bastante claras, sonoras y no muy alborotadas. En este tramo del Arga han aparecido varias isletas frondosas y el río se las ve y se las desea para repartirse entre todas ellas y entrar y salir por donde puede.

Seguimos hasta el fin del paseo, que tiene como defensa un cercado bajo de piedra, que las aguas se saltaron guapamente en sus frecuentes y recientes avenidas, dejando por el suelo muchas ramas de árboles. Un largo tronco de álamo sigue enquistado en medio del cauce, en el remanso sobre el que salta el río desde la presa, luciendo sus anchos y perfectos lomos blanquigrises. Aquí estuvo tal vez el viejo molino de la pólvora, incendiado el año 1733, convertido después en fábrica de papel y posteriormente de loza.

Dos muchachos, uno de ellos sudamericano, se acercan con sus cañas de pescar.



**Errotazar - San Pedro (Pamplona)**

- *¿Qué pescáis aquí?*
- *Lo que hay: carpas y barbos.*
- *¿Los barbos para comer?*
- *Sí.*
- *¿Y las carpas?*
- *Bah, las carpas las tiramos. No valen pa comer.*
- *¿Y cuántos barbos soléis coger?*
- *Bueno, cuatro o cinco.*
- *Ya tenéis para la cena del fin de semana.*
- *Bueno, más que todo, “pa” pasar el rato.*

La pesca como deporte. En toda Navarra la carpa que se pesca se vuelve a tirar al río o al estanque.

Rehacemos el mismo sendero y pasamos al otro lado por el puente de San Pedro, de tradición medieval, muy arreglado desde entonces, con tres ojos y dos tajamares potentes, acosado de vegetación exuberante por todos los flancos.

Frente a las instalaciones deportivas de Aranzadi lucen su piel al sol varios grupos de jóvenes en traje de baño junto a las piscinas. Por un puentecillo de madera llegamos a una isleta convertida en un largo raso de hierba, en la que han plantado unos rodales de árboles, mientras se han conservado todos los árboles altos de la ribera del cauce central. En el extremo nororiental dominan la arboleda un álamo y un plátano, que están seguramente entre los más altos y corpulentos de Navarra.

En el camino que flanquea las huertas de Aranzadi faenan varios hortelanos. Abundan sobre todo las plantaciones de patatas, ahora en flor, y las cebollas, los tomates y las lechugas. Muchos

árboles frutales. En las lindes, algunos rosales, saúcos e higueras. Trabajadores jóvenes del centro Elkarkide están plantando lechugas en el amplio regadío de su propiedad.

Volvemos cuando desembocamos en un camino que enlaza con la vía principal de la Vuelta de Aranzadi (Vuelta del Cholo o El Tabor), aunque ya no existe la taberna del Cholo ni los clérigos vienen por aquí a rezar el breviario. También está cerrado el sendero por el que la gente pasaba al otro lado en la barca de los capuchinos.

La tarde de junio es hoy en estos entornos huertanos y populares un clamor de hermosura y regocijo. Todo nos parece nuevo. Como si lo viéramos por primera vez

---

---

# MAYO EN ESTELLA

Después del saludable y entrañable convivio, regalados como cuerpos de rey, salimos a dar una vuelta por la Estella nueva y desconocida para mí. Pero antes quiero, palo de vaina, contemplarla desde arriba, para poder comparar la que era con la que es, y situarlas en mi memoria sin confusión.

Calle Abárzuza, del barrio Ibarral, florido y disciplinado, escalador y terracero. Los pinos, abetos y acacias en el camino del Puy me parecen los de antes. Aún está donde estaba el cuartel militar, objeto de encendidas disputas municipales, y que en mis tiempos era un lugar de mucha vida, con gran influencia personal y económica en la ciudad. En un vallecico verde y sereno, al noroeste, el Hospital comarcal se ha ampliado mucho y junto a él se ha construido una Residencia privada de ancianos, toda de ladrillo rojiclaro. Árboles y casas nuevas. Unos campachos. Nos cierra la visión el escarpe encrespado de Lókiz, sobre el amplio foso del

frío y truchero Ure-derra, que se desliza luego entre el Belástegui y las Peñas de San Fausto.

Al suroeste, los populares pinos de Santa Bárbara, y más allá, el Colegio comarcal Remontival, el Instituto Oncineda y el palacete de Luquin. Más al sur, una extensa urbanización de Ayegui, con el monasterio de Irache al fondo, bajo las seis quebradas de Montejurra, ásperas y encinosas. Hacia nosotros, al pie de Santa Bárbara, cerca del Ega, el nuevo Polideportivo, el Frontón del Mundial, aún sin los últimos toques, y el barrio de Zaldu a los dos lados de la carretera y junto a la histórica Plaza de Toros. Crecen unas valerianas blancas y rosadas en el ribazo. Al otro extremo del abanico urbano, la bella lámina gótica de Santo Domingo, hoy Residencia de ancianos, con un abrazo de yedras que reverdecen su antigüedad y su hermosura. Santa María Jus del Castillo está envuelta en paños amarillos de obras, supongo que retrasadas, y de la misma Peña castillar, sobre sus últimas ruinas, cuelga un lienzo azul, que proclama no sé qué de parte de sí sé quiénes.

La delicada y restaurada torre de San Pedro románico, que se queda pequeño ante el macizo-fortaleza gótico de San Miguel, todo limpio y restaurado, con una extensión urbanística que le da amplitud y novedad. El viento, *galán de torres*, que tanto tiene que galantear en esta ciudad, hoy no se mueve en Estella.

Planos y estructuras de la población medieval y de la penúltima / última, tan distintos por fuerza, pero tan parecidos por la presión del espacio urbanístico en un caso y por la falta de espacio en el otro. Cerca del límite que las separa, dos grúas amarillas y una azul, altas como grullas, hacen olímpicamente la labor de mil alarifes y albañiles medievales.

Desde la explanada, de ruejo y yerbín, de la Basílica del Puy -podium, podio, pueyo, puy, puig... (cabezo)-, a la que se sube por tres escaleras, apenas se puede ver el restaurado poblachón franco

y jacobeo: Lizarrara, Lizarra, Estella. Tanto han crecido los pinos y los cipreses, que antes no nos impedían sentarnos sobre el paredón y estar mirando, las horas muertas, a la ciudad de nuestros amores. Abetos, cedros y acacias de flor blanca y rosada rodean la Casa de Ejercicios, donde don Francisco era un motor espiritual imparable. Distingo bien, claro, por muy cambiados que estén, la Escuela de Oficialía y mi Colegio del Puy, donde durante dos años hice lo que pude porque unos cuantos chavales cogieran el gusto por la historia y el arte. Ahora algunos de ellos saben de eso mucho más que yo.

Símbolo de Estella, la basílica del Puy es el lugar simbólico-religioso por excelencia de la ciudad. La ciudad ha ido creciendo hacia la colina y en torno a ella, y el santuario está hoy más cerca y más dentro de la población que nunca. La explanada o atrio exterior es un buen mirador sobre el casco antiguo y su primer ensanche.

Me pierdo luego entre tanta casa trepadora, sin un metro de tierra, verde o gris. Encima de la vetusta ciudad del piedemonte y de



**Estella**

la vega ha crecido otra neociudad, que busca arquitectónicamente el sol y el aire para respirar y para poder mirar por encima de las barbas, acaso inexistentes, del vecino.

Y en éstas estamos, cuando, al bajar, nos damos con el popular y piadoso capellán del Puy -yo no tuve otro que don Javier Garbayo, de agradable recordación-, que sale a dar el clásico paseo tras la siesta. Y con él entramos, en esta tarde primaveralmente entregada, a saludar a la Virgen de Mayo y de las Flores, cuando ya no se lleva, ay, el *Venid y vamos todos / con flores a María*.

Fue el 25 de mayo de 1932 cuando se inauguró la basílica diseñada y construida a base de hormigón por el arquitecto navarro don Víctor Eusa, siendo prior don Juan Goicoechea y contratista don Rufino Martinicorena. El muy estellica P. Teodoro Iriarte, escolapio, escribió para la ocasión unos versos sonoros, exaltados

*Ya reinas en tu trono, Virgen Divina,  
morenita graciosa de la colina,  
escoltada por montes y caseríos,  
laberinto de huertas y regadíos,  
entre oasis de viñas y de olivares  
entre esencias de pinos y tomillares.*

Lo que va de ayer a hoy. El entonces archivero foral y escritor José María Huarte se preguntaba si el nuevo templo con su peristilo de finas tracerías modernistas, bóvedas, paredes y ventanales, estrellas místicas, sobrenaturales resplandores y vidrieras de Maumejan, que querían evocar la Aparición de Nuestra Señora en el bosque de Lizarra, tendría la aprobación del *turista ilustrado* del futuro. Él creía que sí y daba por buena la obra de Eusa: no una obra clásica, en la que abunda la ciudad, sino moderna, de la cual



la capilla del Cristo, con agudos diedros y aristas de ladrillo viejo *-grata abstracción contemplativa-*, era lo que más le gustaba.

Hay cosas que, gracias a Dios, no cambiaron: los tiestos de acabo, el balconcito con los geranios, las misas tempranas y vesperales de mayo. Y el interior, luminiscente e íntimo: tienda de confidencias, tabernáculo de recogimiento, cubículo regio del Cantar, recibidor celeste, con la Virgen-Madre entre rosas, lirios, calas, gladiolos y crisantemos. Víctor Eusa sí acertó.

Tenía casi olvidados los graciosos recuerdos de los *milagros* de la Virgen, presentes alrededor del santuario: el niño encontrado con la Imagen robada en los brazos, o la columna con las manos detenidas de los ladrones. Un poco más adelante una placa celebra la memoria de los *lealísimos generales carlistas* García Sanz, Guergué, Carmona y Úriz, *fusilados por el nefasto Maroto*, aquí mismo, el 18 de febrero de 1839.

Llegamos al Ibarral, al pie de Peñaguda, y bajamos hasta el nuevo frontón, a pique de estrenarse. Recorremos el frecuentadísimo Polideportivo. Paseamos junto al deleitoso y bosqueril río Ega por los Llanos, que me trae tantos recuerdos como afectos. En algunas paredes siguen escritas las mismas pampineladas. Me dicen que el adefesio de los nuevos cines se compensa con la comodidad del interior. Antiguo convento de San Benito, en reconstrucción. Calle de Teobaldo II. Convento de Santa Clara. Estella vive todos los siglos al mismo tiempo.

Siempre es buena ocasión para volver a Estella. Pero en mayo Estella se estrena toda y ya no vuelve a ser igual hasta el próximo mayo.



F



---

---

# FIESTAS PATRONALES

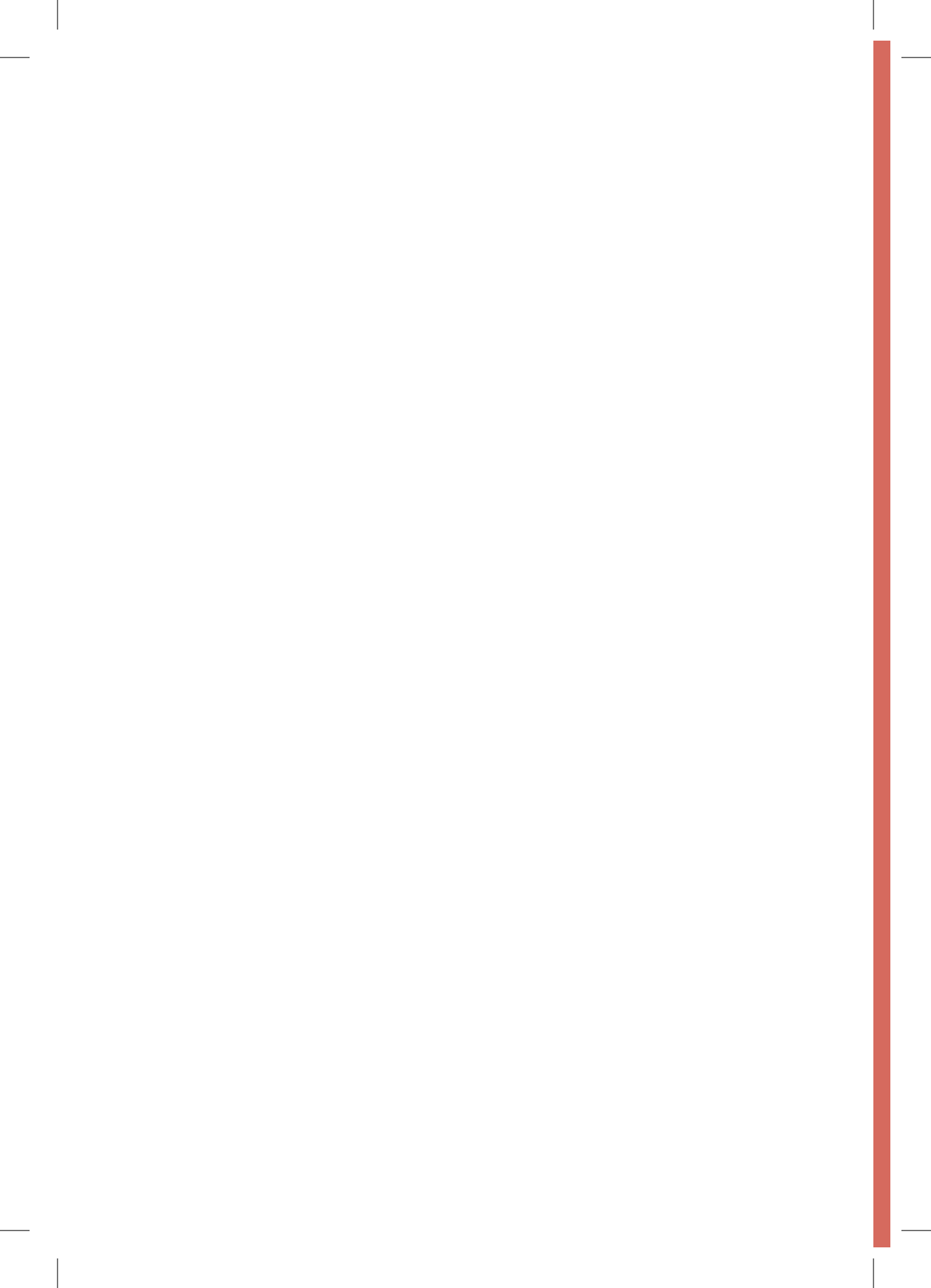
- Algunas palabras festivas significan realidades similares, pero muy distintas entre sí: festividad, festejos, festival, fiesta, las fiestas, fiestón...
- Una persona amiga de fiestas no siempre quiere decir alegre. En muchos casos es al revés: hay quienes para ponerse alegres necesitan de las fiestas.
- La alegría sí que merece la pena.
- Como San Fermín es un santo desdibujado y desconocido por todos, se inventó eso de *los sanfermines*, que quiere decir muchos patronos a la vez.
- En tiempos duros de pobreza y de trabajo, *estar fiesta* quería decir no trabajar ese día. Eso era lo primero, y secundario lo demás.
- El músico mayor siempre tiene mayoría.

- Bailar es desafiar durante un rato la ley de la gravedad.
- El bar o la cafetería son sitios donde para hablar hay que pagar.
- En las misas de los grandes días de fiesta se les sube a los obispos la válvula mitral a la cabeza.
- El lápiz de ojos y labios escribe sentidos poemas de amor.
- Al escanciar un buen vino, se oye la socarrona risa de Baco.
- En las juergas es cuando más se utilizan las jergas.
- Los *auroros* son los serenos de la aurora.
- La música es la voz alta y sonora de todas las musas.
- El fotógrafo siempre nos sor-prende.
- Los ojos de los adolescentes parecen querer traspasar todas las barreras de la vida.
- Los viejos verdes sólo piensan en ponerse moráos.
- Los borrachos no sólo hacen *eses*: hacen otras muchas letras.
- Hay embarazadores que acaban siendo embarazosos.
- La moda impone, de muchos modos, también durante las fiestas, sus modales.
- Los que beben mucho no tienen problemas con la bebida.
- Unos bebean, otros cecean y hay quienes también dedean.
- La lujuria trajo el lujo, y no al revés.
- A menudo los jugadores de cartas tienen una copa de más.
- Cuando nadie se pasa de la raya, es que la raya no deja pasar.
- No sé por qué se llama a una mujer estupenda *despampanante*, sino, más bien, *pampanante*.

- Los beodos son habitualmente los que menos ven.
- Por algo las botellas tiene morro, cuello y culo, pero no cabeza.
- El arrebató es el rapto de uno mismo por sí mismo.
- Menos mal que los quebranta-corazones no actúan como los quebrantahuesos.
- Hay amores que matan, incluso... de amor.
- De noche no todos los gatos son pardos: son oscuros.



**Encierro del Estrecho (Arguedas)**





G



---

---

# DE GORRITI A LEKUNBERRI

Comemos muy apaciblemente en Gorriti, en un comedor amplio con grandes ventanales que dan a un prado cercado -en el que pasta un rebaño lanudo-, en torno al cual se ovilla, casi circularmente, el poblado, fuera de unas pocas viviendas nuevas que han ido añadiéndose por el norte y por el sur. Por lo que nos dice allí una señora del lugar, el pueblo sobrevive gracias a la autovía; *que si no, sería como Uitzí*. Y nos cuenta una anécdota sobre la contradicción de ciertos grupos, que la dejo para algunas sobremesas

Damos una vuelta despacio por la única calle, que es la de San Bartolomé, y encuentro todo más limpio y más normalizado de cuando lo recorrí hace unos años y lo describí, casi casa por casa.

Han pintado la cimera ermita de Santa Bárbara, que nos evoca el viejo castillo y la batalla de Beotibar. Sigue impertérrito y exacto el reloj de sol de la torre. Reparamos en una cruz de Santiago en la clave de una antigua y noble portada, y nos quedamos contemplando la enorme base del tronco de un fresno en medio del pueblo. La hierba está húmeda y barrizosa por el hielo de la noche

Seguimos la zigzagueante carretera de montaña, poco cuidada, que, entre hayedos fríos, primero sube y luego baja hasta Uitzi, el *Huici* del letrado con el escudo de Navarra, que recibe a los viajeros en la carretera de Lekunberri a Leitza. Aquel pueblo, de singular edilicia navarra, que tanto me interesó un día por eso y por ser la residencia de *Orixe*, y que, otra vez, encontré, festivo y desenfadado, el madrugador domingo de carnaval, me parece hoy más solo y triste que nunca. Varias de sus casonas están cerradas y hasta vacías o vaciadas. Otras parecen no estar ocupadas por nadie, asaltadas por un silencio desgarrador.

Nos habían dicho que se habían cerrado los dos bares que había. Cuando preguntamos a dos chicos, como de nueve años, que juegan con una pequeña pelota en el frontón y que van al colegio de Lekunberri *-doce o así-* dónde estaba el bar que se cerró, ni lo recuerdan. Luego, en nuestro recorrido vemos otros niños chicos, con sus madres o sus abuelas. Sale humo de algunas chimeneas. Un buitre alto gira bajo el raso cielo azul haciendo círculos cada vez más cortos. Están arreglando un gran caserón, no sé si para hacer apartamentos o para qué. Cerca, han levantado una vivienda prefabricada de una sola planta, donde entra y sale una señora.

Apenas si pasan coches por la carretera. Una vieja pintada en la pared de un transformador, que dice *Euskera bai, borroka ere bai* (Euskera, sí, y lucha también), está un poco más despintada toda-

vía. Cuando el sol se esconde a las cinco y media de la tarde tras la corona de montes que circundan el pueblo, éste se envuelve un poco más en su melancolía.

A poco de salir en dirección a Pamplona, nos damos con la *vía verde* del extinto tren Plazaola, que unía la capital navarra con San Sebastián, y que dejó también, en su día, a Uitzu fuera del circuito viario directo.

Lekunberri, que estos años ha crecido mucho, con un potente polígono industrial, varias urbanizaciones en la margen derecha del río Larraun, y una excelente y variada zona deportiva, es la pujante capital de toda la zona. Dando un buen rodeo y pasando cerca de la zona industrial (*Industrialdea*), nos llegamos hasta Albiasu (sitio de heno, henar, henares), el concejo más pequeño del Valle, con una atractiva *sardotegia* (sidrería) y no más de media docena de viviendas, en torno a la iglesia. A la entrada del pueblo, hay una villa nueva, y otra, aún sin terminar, al extremo del poblado, en una posición privilegiada sobre el Valle de Araitz y su blanco rosario de caseríos, trascendido por las primeras montañas guipuzcoanas. A la hora del crepúsculo, la implacable sierra de las Malloas recorta tan suavemente el cielo jade y perla, que es cosa de estarse contemplándolo.

Lekunberri (Lugar nuevo, pueblo nuevo), ahora municipio nuevo o reciente, está hoy agitado de colores y músicas con motivo del carnaval, que, tras el de los niños de ayer, celebran hoy, mañana y tarde, los mayores, con ronda de cuestación por todo el poblado, que ya es muy extenso, almuerzo en el frontón y aperitivo para niños.

Uno de los bares de la Herriko Plaza, la nueva plaza del casco viejo, es todo un bullicioso clamor y una explosión de jóvenes con máscaras y disfraces carnalescos de la más variada factura, donde predominan los vikingos, los demonios y las brujas, ar-

mados mayormente de grandes botas,, amén de cuernos, escobas y tridentes. En otro cercano, donde servir un café cuesta quince minutos, hay muchas madres y unos pocos padres con niñas y niños, algunos vestidos también de fiesta carnavalesca, con rabos, cuernos, coronas o lanzas. Una señora de Leitza nos dice, riendo, que aquí *el carnaval se celebra de bar en bar*.

Pero no, no sólo eso. Visitamos, una vez más, el monumental casco viejo en torno a la iglesia, que encontramos a estas horas muy apagado de luz y de vida, y el barrio, algo más vivo, junto al nuevo puente, bajo el que se desliza el río misteriosamente. En esto que oímos una gran zarabanda y es que salen de la casa consistorial los personajes del carnaval de Irurtzun, venidos para la ocasión, precedidos por el carnavalesco *zanpanzar* que, a imitación de los de Ituren-Zubieta, purifica calles y campos.

Va rodeado de varios gigantones y gigantonas, disfrazados, uno de ellos de macho cabrío y otro de fiera salvaje, mitad oso, mitad monstruo. Una bandada de chicos se les acerca provocándoles, para, al momento, huir de ellos. La comitiva va avanzando rítmicamente, al ritmo de los cencerros, entre embestidas, achuchones, sustos, gritos y risas, por el barrio antiguo, para seguir luego por la calle mayor, antigua carretera del pueblo. A la comitiva se le va uniendo todo género de disfraces, entre las más notables, tres mocetones de la edad de los Picapiedra, con grandes piedras de cartón pintado en las manos.

Luego, a la vuelta, según el arcaico rito ancestral de la fiesta purificadora, quemarán en medio de la nueva plaza una especie de *Miel Oxin*, a quien llaman *Aitterzarko*, un monigote de trapo, en pie allí desde las siete de la tarde, que, dicen, representa a un malvado personaje que la leyenda, situaba en el vecino concejo de Arruiz. Una representación más del mal, del que es menester liberarse, ahuyentándolo, persiguiéndolo, exorcizándolo, quemán-

dolo o ahorcándolo, como en todo carnaval o fiesta similar. Una succulenta cena cerrará los actos

A la salida, tenemos que tener un poco de paciencia, ya que vamos a la cola del lento cortejo, hasta que encontramos la salida de la carretera hacia Etxarri. Y por la parte alta del pueblo, pasando cerca de la estación, muy bien conservada, del viejo y lento Plazaola, ponemos proa hacia Pamplona.



**Estación Plazaola (Lekunberri)**





I



---

---

# CARNAVAL EN ITUREN

Pasado Ituren y el barrio de Aurtiz, vemos que varias personas van a paso ligero hacia Zubieta. Antes de llegar al taller de Santesteban Egurrak (Maderas Santesteban), la policía foral nos invita a dejar el coche, porque el *zarpantzar* de Ituren ya está *bailando* en la carretera. Por lo visto, como la hora la marcan sólo ellos, y no hay programa seguro se nos han adelantado este año

Dejamos el coche detrás de otros muchos y vamos apretando el paso. A la altura del Molino de Zubieta, un gentío envuelve las carrozas y a los grupos de disfrazados. Hay un ruido infernal que hace un disfrazado conductor de un coche, próximo ya al desguace y pinturriado con todos los colores posibles. Como parece que este año *va* la caravana carnavalesca *de* viejos oficios, al ruido anterior se añade el que hace un taladro en manos de un taladrador. Vienen y van, van y vienen entre el gentío los personajes embutidos en sus disfraces y máscaras.

Desde la cabina de un camión, engalanado para la fiesta, el conductor lanza una gallina a una señora que pasa al lado, pegándole un gran susto. Estamos detrás de una caravana, que semeja una capilla, con un altar, ropa eclesiástica y un grupo de paisanos disfrazados, sentados en derredor, con el alcalde a la cabeza, simbolizando un viejo pueblo vasco. Pero el apretujamiento y las prisas por llegar a tiempo me distraen de mayor observación.

Pasamos el puente. Una placa nos recuerda que Zubieta vive en euskara (*Zubietan euskaraz bizi gara*). Aún está en la pared de la izquierda una vieja pintada política que vimos la otra vez. Por fortuna, el resto del pueblo, que aquel día parecía ocupado por los pintadores etarristas, está hoy limpio y neto. Alguien, por uno u otro motivo, ha aprendido la lección. Pero sin duda la entrada del Carnaval de Ituren-Zubieta en la lista de los acontecimientos oficiales, publicitados y subvencionados por el Gobierno de Navarra, ha sido un factor decisivo.

Calles, balcones, ventanas, el bordillo de la fuente, troncos de los plátanos, y sobre todo cualquier escalón, banco de piedra o soporte que levante unos centímetros del suelo, están ocupados por la gente curiosa y amante del Carnaval de Ituren-Zubieta.

En esto que sube a nuestra espalda, atravesando el lugar, y no por la calle del puente, por la que subía otros años, el desfile del largo cortejo. Se repite, en lo esencial, el rito ya descrito en una crónica anterior. Y todo termina en paz y concordia.

Nosotros nos buscamos un lugar tranquilo al sol, entre Zubieta e Ituren, para zamparnos los bocadillos, desde donde vemos pasar los coches que llevan los grupos de Ituren hasta su casa. Terminamos en Elgorriaga tomándonos un café y recorriendo el corto y precioso lugar.

Cinco años más tarde, nos acercamos a Ituren. Después de varias semanas de intensas lluvias, las más numerosas en un mes de enero desde que se tiene noticia estadística de las mismas, y de recias nevadas sobre todo en el Pirineo nororiental, el día ha salido con nubes que juegan a dejar de vez en cuando que el sol llegue a la tierra.

Vamos por Santesteban hasta Ituren, porque siempre hemos ido, en este primer Carnaval, el martes, a Zubieta, pero nunca hasta hoy, el lunes, a Ituren.

¡En Doneztebe-Santesteban vemos crecido el polígono de industrias y servicios y mucho tráfico en el entorno. Al salir del mismo, un policía foral, de patrulla, nos pregunta si vamos a Elgorriaga.

- *No, a Ituren, al carnaval.*

- *Tienen la carretera cortada. Dejen el coche lo más cerca posible, porque cerca del pueblo está muy mal.*

- *Gracias, muy amable.*

Pasamos por Elgorriaga, un poco mustio ahora, a pesar del nuevo encanto del balneario. Y vemos en lontananza una larga hilera de coches en la orilla del río Ezkurra, que baja majestuoso unas veces, y otras imponente.

¡La carretera no está cortada. Dejamos el trasto en la otra orilla, un poco más despejada, junto al ribazo que separa la carretera de los campos de labor, y junto a un regacho que viene del macizo montañoso del norte.

¡Nunca estamos seguros de la hora exacta en los días del Carnaval, así que podemos tener suerte o no tenerla. Estamos casi a dos kilómetros de Ituren y tenemos que apurar el paso.

Nos alegra la vista un capotillo de nieve que le ha quedado al Mendaur, que se confunde con la nueva ermita de la Trinidad, un

día refugio de bandidos-salteadores navarros y guipuzcoanos, y también unos encajes nevados en el collado oriental del Ekaitza. Y nos anima sobre todo el ritmo, ya no furioso, pero sí precipitado y todavía convulso, del río Ezkurra, entre alisedas, arraclanes, sauces cenicientos, fresnos de hoja ancha y olmos de montaña, que parece que tiene prisa por llegar ya al Bidasoa y descansar en él. Al otro lado del río, tras los montes robledoños corren sus tres afluentes que con un nombre de última hora se abraza, poco después, a él. Vuelven andando dos paisanos. Les preguntamos

-¿Llegaron ya?

- Qué va. Llevamos dos horas esperando y ya no podemos esperar más.

Hay muchos coches aparcados con matrícula de España, algunos con matrículas de Francia, y unos cuantos con matrículas de San Sebastian (SS). Junto al puente medieval de lomo de dromedario y un gran arco de medio punto rebajado, vemos un corro de adolescentes con mochilas, que parecen venidos de algún colegio o ikastola.

Junto a un mesón *-ostatua-* a la entrada del pueblo, que tiene un espacio de expansión cercado, se agolpa un grupo de enmascarados con máscaras horripilantes, que seguramente ocuparán algunas de las carrozas que acompañan al *Zampantzar*, como lo llamó Julio Caro Baroja, nombre sin tradición ni sentido alguno en la zona.

Estamos cerca de las primeras casas y oímos el oscuro coro de los cencerros. Por la calle Palacio, y sin apenas mirar la bella exposición de casonas, todas en orden y todas con vida, que tenemos a la derecha, nos acercamos a la plaza de la Villa.

Resulta que los *joaldunak* o *yoaldunak* -que éste es su verdadero nombre- salieron esta vez, a la una en punto, tras el almuerzo en

el mesón *-Herriko Ostatua-* de la casa consistorial *-Udaletxea-*, y subieron al barrio de Aurtitz, para encontrarse allí con algunos de sus colegas de Zubieta, y de allí bajaron hasta aquí, donde los encontramos ahora.

Son en total 52: 20 de Ituren central y del barrio de Latsaga, 14 del barrio de Aurtitz, y 18 de Zubieta. Entre los de Zubieta hay dos chicas adolescentes: a la madre de una de ellas, Juli Loyarte, que fue la primera mujer entre los joaldunak, la vi en su día en el carnaval de su pueblo.

La gente se arremolina en las escaleras que suben al mesón municipal, en las ventanas del mismo, en ventanas, balcones y terracillas de las casas fronterizas, y sobre todo a los dos lados de la calle donde evolucionan los *joaldunak*.

No me pierdo en describirlos ahora, ni en contar sus funciones y su virtudes, que ya lo hice hace muchos años. Ahí están: abarcas, pantalón azul mahón, faja en la cintura, enaguas de puntilla, pañuelos al cuello -tonos rojizos, los de Ituren; cuadros azules, los de Zubieta-, vellón y *ttuntturo* o gorro cónico en la cabeza, e hisopo purificador de crines de caballo en la mano. Los *joaldunak* de Zubieta no llevan pieles encima del torso, como los más puristas de Ituren, sino sólo una blusa blanca; eso, sí, vinieron acompañados por el oso *-Hartza-*, todo pieles, que los acompaña paseando entre las dos filas, como un señor, excepto durante la danza ritual.

No falta, no puede faltar el enmascarado de a pie, servidor del cortejo, que saca de una cesta la ceniza purificadora de los campos, calles y plazas, que esparce a diestro y siniestro.

Siempre me ha interesado mucho el rito, y ahora lo vivo. Cierro los ojos o miro fijamente el movimiento rítmico, oigo la melancólica melodía del txistu, pero sobre todo el ritmo que resuena en hondo mugido de los cencerros, como ecos de millones de años



Carnaval de Ituren





de lucha del hombre con su destino, tan lleno de adversidades, e intento entrar en comunicación con la inquietante naturaleza, amiga y enemiga, complaciente y cruel, contaminada, purificada y purificadora. El ritmo -nos recuerda el maestro Aurelio Sagaseta, nativo de Ituren- es el verdadero *patrimonio del alma vasca*.

Es convicción de los iturenzarras que fue un vecino del pueblo, de *Amezti*, quien hace medio siglo, poco más o menos, enseñó a sus vecinos a tocar rítmicamente los *yuariak*. Y sólo ellos saben que los *joaldunak* del barrio de Aurtitz logran dar en cada movimiento de la espalda un golpe más con el badajillo de los cencerros que los de sus colegas del mismo pueblo.

Detrás de los *joaldunak* un labrador enmascarado con luengas barbas empuja un viejo arado romano, tirado por un borriquillo, que lleva otro labriego con máscara, significando las labores de los campos, que los hisopos, los figurines y la melodía metálica de los cencerros van purificando y liberando de los malos espíritus. El *arator* juega asustando a la gente llevando el aparejo a la derecha y a la izquierda de la multitud. Abundan los fotógrafos, que todo lo mecanizan y a veces lo “inmortalizan”.

Todo lo demás es accesorio y sirve para entretener al gentío -unos cientos de personas esta vez- y llenar el espacio de tiempo de este carnaval ya ritualizado y declarado de interés cultural, que tiene sus exigencias de tiempo, espacio y modos de conducta.

Desde que llegó la esperada declaración, que fundamenta subvenciones y protección de cualquier especie, se ha impuesto una cierta disciplina; se ha despolitizado; se ha cuidado un poco el buen gusto, que llegó a estar muy deteriorado, y han desaparecido de los pueblos las pintadas, las banderolas y cualquier señal que pudiera desfigurar la neta representación carnavalesca, como ocurrió en los años de bronce de la barbarie terrorista.

Acompañamos al cortejo hasta el puente que lleva al barrio de Latsaga y, cuando volvemos para ir hasta el coche, un mozo enmascarado, con una motosierra estruendosa en las manos, esparce literalmente el terror por la calle Consejo, despejándola de niños, adolescentes, jóvenes y maduros, que huyen despavoridos por las calles adyacentes. Nosotros caminamos arrimados a las puertas de las casas para no ser ni notados ni asustados por el monstruo, que se nos antoja un tanto excesivo para el carnaval rural, y mucho menos natural que los diablos perseguidores de Unanu.

El paseo de vuelta se nos hace más apacible que a la venida. Devoramos los bocadillos -tarterita de arroz con tropezos, jamón, queso, tortilla, naranjas y cocacola-, y nos acercamos a la fiesta con el coche, que ahora podemos dejar cerca del mesón, a la entrada del pueblo.

El cortejo ha vuelto del barrio de Latsaga y, antes de partir definitivamente hacia Aurtiz, desfila de nuevo en la plaza de la Villa y descansa después un rato. Aprovechamos el momento para meternos por la plaza y ver de cerca las piezas añadidas a la fiesta.

El espacio es muy hermoso, entre el majestuoso palacio de Sargardía, en la calle de su nombre genérico: un bloque prismático del siglo XVII, de sillar, en tres cuerpos y ático articulados por platabandas, culminado por un alero doble de madera, y la casa consistorial, muy reformada, que se remonta al siglo XVI, planta baja a modo de porche con tres arquerías de medio punto y tres niveles con ventanas y balcones adintelados. El balcón del segundo piso no lleva banderas y está adornado con ramas de ciprés. En el tercer nivel, un gran escudo de piedra, con cabecita de ángel en punta, tiene en su campo la escena de san Martín a caballo, partiendo la capa para un mendigo cojo, y a los lados, un árbol y un lucero de ocho puntas. Lo que compone el escudo de la villa, donde suele estar pintado el caballo de blanco y la

capa de rojo. Un magrebí anda de acá para allá vendiendo cinturones de cuero.

Al sur de la casa consistorial, otra casona de tres niveles y ático, reedificada en el siglo XIX, con cubierta a cuatro aguas. El fondo de la plaza lo cierra el frontón pintado de verde, en el que se mueve lentamente un tractor, adornado con ramas de ciprés y helechos, de las que sale una mediana ikurriña. El tractor parece arrastrar unos troncos, que van cortando un equipo de leñadores enmascarados y vestidos casi con harapos, que van y vienen, sin que parezca que sepan muy bien lo que tienen que hacer.

Por la plaza andurrean algunas máscaras de varias especies: uno que va de vendedor negro ambulante, con un paraguas lleno de objetos de pacotilla; una novia toda de blanco, con largo velo y altos tacones; diablasas o brujas con ramos de olivo... Buena parte del público bebe y cotorrea junto a los porches, alrededor del mesón. Una pequeña carroza, titulada: *Hotel estrellau* acoge una serie de mujeres vestidas y pinturriadas, que más bien parecen meretrices.

Estos añadidos en los años setenta, aunque algo corregidos últimamente, al carnaval de Ituren-Zubieta, desagradan a no pocos partidarios del carnaval tradicional, y la consideran como una influencia de impulsores guipuzcoanos, influidos a la vez por otros carnavales foráneos, pero la masificación de la fiesta, con sus servidumbres, y el afán de imitación de otras innovaciones jaleadas por los medios audiovisuales, tienen sin duda mucho que ver en ello.

Otra carroza más estable y práctica se dedica a vender helados. Más gracia tiene un carromato que encontramos en la calle Consejo, en el que reconocemos las máscaras horripilantes que vimos al llegar, amontonadas ahora unas contra otras, con un letrero en euskara que dice: *Soy un parado sin subvención. Cobro los 400 euros de la pensión básica.* Muy logrado y muy actual.

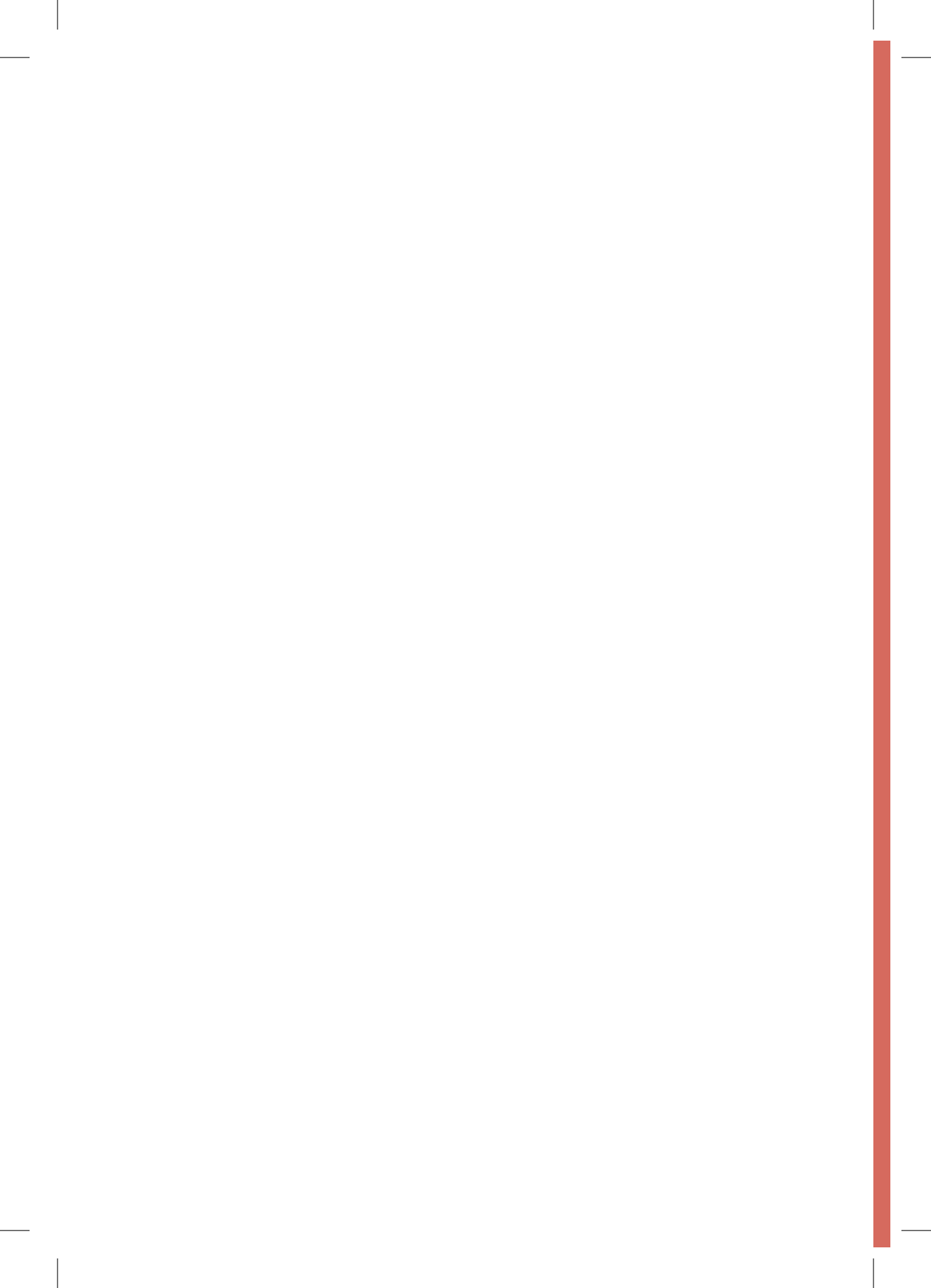
Como el monstruo de la motosierra ya ha desaparecido, nos ponemos a ver las bonitas casas que rodean a la plaza y ocupan la calle principal de este pueblo-calle. Todo un desfile, esta vez, de edificaciones barrocas, neoclásicas y modernas, con fachadas de sillar y varios áticos de madera; portales adintelados de medio punto, algunos balcones de madera torneada, tejados a dos aguas; escudos habitados por lobos y jabalíes rampantes; cruces y estrellas; una cruz de Malta; inscripciones en piedra, alguna del siglo XVII, pero casi todas del siglo XIX: Miguelena, Yriarte, Legassa, Alberro, Juansenea, Labayen... Tiestos arriba y abajo. Flores abajo y arriba.

No falta, cerca de la plaza, un elegante Asador-Erretegi, que espera hoy sin duda buenos clientes, de casa y de fuera de casa, que para el oficio es igual.

En el mesón de las afueras se agolpan igualmente las mujeres y varones enmascarados y muchos de los turistas venidos para la ocasión.

Volvemos a Santesteban y allí contemplamos la bajada pausada, casi procesional, por unos ligeros escalones artificiales, del Ezpe-lura -agua de helechos, que antes llamaban Espesura-, formado por el Ameztia; el Anizpe, que baja desde Leurza, y el Txaruta, desde el monte de su nombre. Lo seguimos hasta su final suave en el arrogante Ezkurra, que sólo va a lo suyo.

Acabamos en un bar con nombre de río y de calle, donde tomamos el café que no estaba previsto en el coche aparcado en el arcén de la carretera.



J





---

---

# POR SAN JUAN DE PIE DE PUERTO

Fue sobre todo un castillo levantado en la colina de Mendiguren.

Conocemos los nombres de castellanos remotos, representantes del rey de Navarra: Rodrigo de Baztán (1194) o Pedro Garcés de Arróniz (1201 y 1206). El castellano fue también a veces *baile* (juez) de Ultrapuertos. Pero sus misiones propias eran las defensivas, además de reparar armamentos y cuidar de otros castillos, como el de Rocafort en Arberoa; los demás estaban vinculados al merino de Sangüesa.

Teobaldo I de Navarra le otorgó en 1234 el derecho consuetudinario de Bayona, especialmente en lo tocante a la administración de justicia, y así lo confirmó el rey Felipe III en 1329. Privilegio

tras privilegio, y considerada la decadencia de la villa a causa de las mortandades, Juan II la liberó a perpetuidad del derecho de peaje en todo el reino, haciéndola franca en todas las mercadurías.

Los reyes navarros poseyeron en San Juan casas, molinos y hospital. El rey Carlos II estuvo allí del 24 al 28 de diciembre de 1362, y allí redactó varios documentos en castellano y en francés.

De la plaza Juan de Huarte, donde acabé mi viaje anterior, y por la calle del mismo nombre, entro en la antigua calle de San Miguel -*rua San Michel*-, hoy calle de España -*Españako Callea, Rue d'Espagne*-, que es la Calle Mayor, la Calle.

Relucidas fachadas, prietamente alineadas y aliñadas decorativamente; tejados desbordados sobre el estrecho cauce de la calle; elegantes series de cabrios bien trabajados; variopintas inscripciones grabadas sobre los dinteles violáceos de piedra del Arradoi.

Desfile arquitectónico y mercantil de los siglos XVII y XVIII, roto sólo por el río que lo cruza, dentro del medieval Camino de Santiago, que aquí dejó para siempre su aire de marcha, su prisa de trasiego, su claridad de escaparate.

Me detengo reverente ante la *Maison Mendiri* -antiguo hotel Mendiri-. que entre 1758 y 1789 fue sede de los Estados (especie de Cortes) de Navarra de Ultrapuertos. Casona de dos niveles, construida con piedra gris; una de las dos grandes arcadas, de 13 dovelas cada una, está coronada por un pequeño escudo y el anagrama JHS (*Jesus Homo Salvator*), un tanto deteriorados. *Año 1610*. En la planta superior, seis largas ventanas con postigos gris plateados. Hoy alberga un comercio de artículos de lana. Se ha añadido otra puerta rectangular, que da acceso a una boutique de objetos de arte.

Las dos primeras casas junto a la muralla llevan fecha de 1731 (*Ramón de Delycagaray*) y 1726 (*Fecit Sebastián Dualde*). En al-

gunos dinteles aparecen los nombres de los dos propietarios (... *conjointis maitres de la presente maison*). Encuadran las inscripciones lauburus y estrellitas.

Algunos frontis llevan la marca de los oficios originales del casero. Una inscripción con el año 1796 va acompañada de dos estilizadas navajas de afeitar. En otra se delata un guarnicionero (*sellie*). Una tercera en casa de tres plantas y amplios ventanales, año 1753, da fe de la cerrajería (*serrurie*) de Etienne D. Salaberry.

En el edificio que hace esquina con la *rue de la Fontaine* una placa reciente conmemora a Jean Petre, héroe y mártir de la Resistencia. Por la parte que da al frontón y al campamento (camping) municipales, las viviendas llevan adosadas una huerta estrecha (tan estrecha como ellas) y alargada.

Por el otro lado, corre la calle Zuhapeta, entre residencias modernas y elegantes.

El P. Enrique Flórez, que visitó San Juan en 1766, habló de 100 casas; las mejores le parecieron las de fuera de la muralla. Alabó la posada en la que estuvo: limpia y bien servida. Predominaba el vascuence pero se extendía el francés. Le llamaron la atención el color teja de las contraventanas y los *tabiques con maderas a la vista en forma de aspa*, que hoy también podemos admirar (*facade à colombages*), junto con la decoración de la viga que sostiene el saledizo de la planta superior.

*Una buena cera de casas de piedra* -resume el célebre historiógrafo-, *altas y con buenos balcones de hierro de poco vuelo hacia fuera*.

El puentecillo sobre el Nive, de un ojo gótico, bien lagrimado de yemas, es un descanso ecológico y a la vez un buen mirador para contemplar las aguas pirenaicas, las truchas turísticas y las bellas perspectivas, boscosas y urbanas, que se abren a un lado y otro.

Además del Puerto de montañas que le da nombre, Donibane Garazi o San Juan de Pie de Puerto es una villa toda puerto fluvial e inter-fluvial, puerto de los ríos Nive y Laurhibar, puerto poblado en las riberas de las corrientes nivales, que le dan a la capital de Ultrapuertos su pulso, su gracia y su donaire.

Sobre el puente se abre la puerta *Notre Dame*. Todavía podemos ver de cerca los gruesos batientes de madera pivotando sobre enormes goznes, los huecos de las trancas-cerros, y el rastrillo colgando. Una talla de la Virgen María preside desde la ventana-hornacina de la parte baja de la torre el ir y venir de los viandantes. Un escudo con las cadenas de Navarra sobre piedra rojiza recuerda dónde estamos.

Al otro lado de la puerta se abre la vieja plaza del mercado, junto a la iglesia, llamada hoy *Rue de l'Eglise*. En la hornacina correspondiente está la talla de Santiago con su bastón de peregrino.

Pero no nos entretengamos en este pequeño remanso espacial y arquitectónico, que es toda plaza, y sigamos por la vieja *rúa San Per: calle muy costanera*, al decir de Flórez.

La calle, la primitiva del burgo, nos conduce hasta la puerta de *Saint Jacques* y nos deja cerca de la fortaleza, que el viajero describió en una de sus andadas. Las casas, parecidas a las del tramo anterior, y de la misma época, son un poco más modestas. Se conservan algunas belenas o recartes.

En el número 14 -puerta, tres ventanas y patio-, vivió el capellán mayor -*capellanus major*- Vidonde (1637), designado por el abad de Roncesvalles; oficiaba en la iglesia de Nuestra Señora y presidía los Estados de Navarra cuando se reunían en Cisa. En el ángulo del callejo -*Rue de France*-, que llega hasta la puerta de ese nombre, una coqueta residencia del siglo XVII, con espléndidos artesonados interiores, acoge una colección de antigüedades de

Ultrapuertos. En el callizo, entre pequeños jardines, se acomodan varios restaurantes y cafés.

La número 32, casa Arcanzola, noble residencia con entramado, lleva sobre el dintel la lejana fecha de 1510. La remata una pequeña cruz de madera blanca. Aquí nació el beato Juan de Mayorga, el año 1531. Residente en Zaragoza, se hizo jesuita, y junto con cuarenta compañeros fue asesinado por un pirata calvinista cerca de las Islas Canarias, cuando navegaban como misioneros hacia Brasil.

En la sencilla vivienda, que lleva el número siguiente construida en 1732, nació Charles Floquet (1828-1896), que llegó, tras presidir la Asamblea Nacional, a presidente del Consejo de Ministros en 1888. Jardineras y jardincillos con geranios, rosas, hibiscos,



**San Juan de Pie de Puerto**

alegrías, fucsias... adornan la parte alta y llana de la calle. Una fuente de agua potable.

Atracción turística por antonomasia es aquí la llamada prisión de los obispos (*prison des évêques*). Rica mansión de comerciantes, edificada en la baja edad media, fue luego reedificada y convertida en casa consistorial. Sirvió para muchos usos, entre ellos para cárcel municipal en los siglos XVIII y XIX. La estructura del casón -muros, bodegas, losas, vigas- y los pertrechos carcelarios, bien dispuestos, favorecen, claro está, la fantasía.

-*A los turistas les gustan mucho estas cosas*-, me dice mi amigo donibanetarra, que maldice estos engañabobos. En un viaje anterior, la falsa prisión episcopal era la sede pintiparada de una exposición itinerante por Francia sobre los tormentos de la Inquisición. ¡Lo que faltaba para perpetuar la fulla!

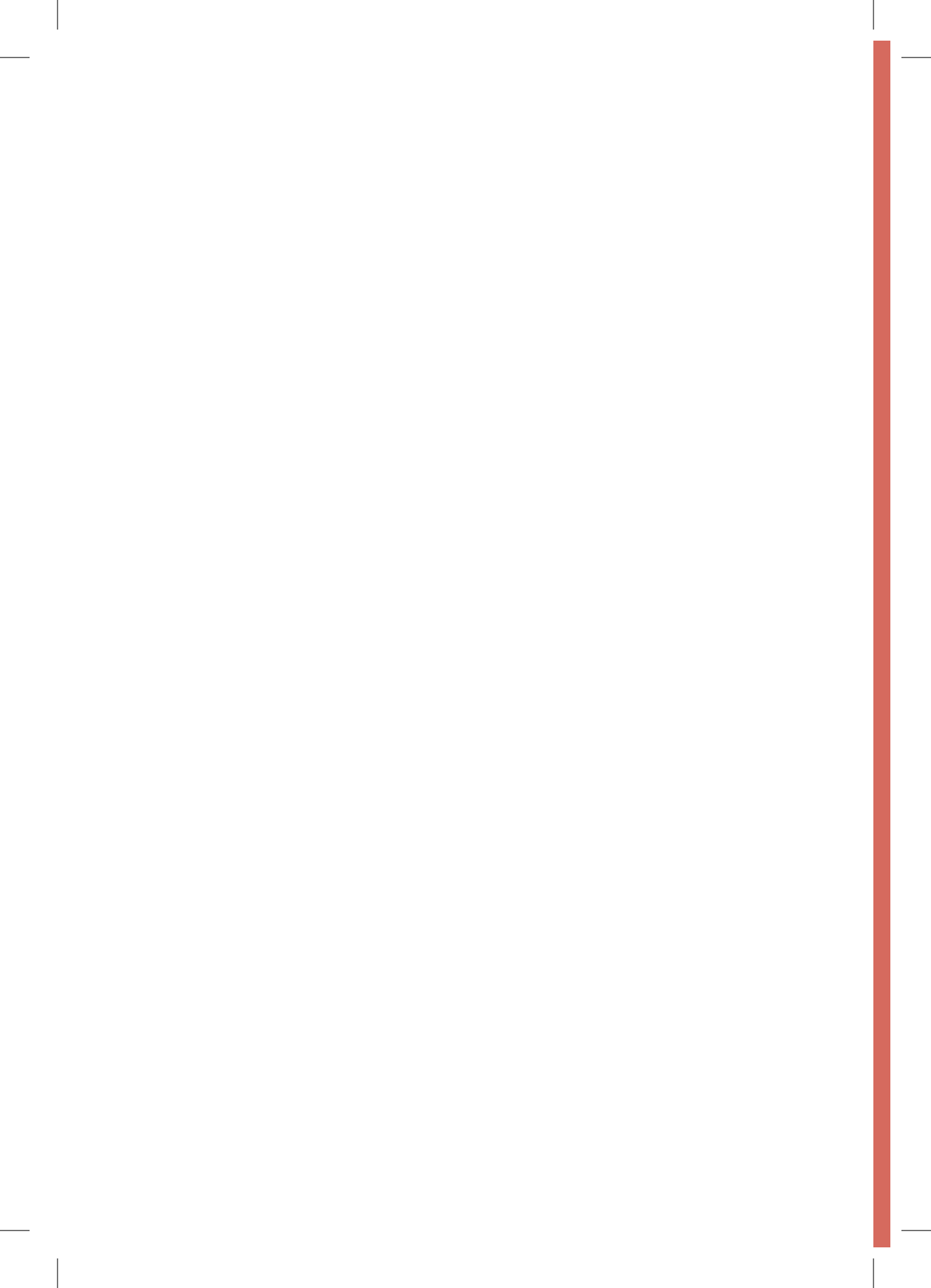
La puerta del apóstol, con el escudo pétreo de Navarra fijado junto a las dovelas, separa la calle de la Ciudadela de la del Camino de Santiago. Hacía parte de las murallas, que destruyó Vauban, y fue traída hasta aquí; entonces se rompió también el arco gótico y se le sustituyó con el actual de medio punto.

En casa Dufourquenia, ahora *extra portam*, nació el alcalde que fue de Donibane, Dufourq, en tiempos de la Revolución y del Imperio. Anagrama clásico (JHS) y fecha de 1588. La leyenda quiere que de las argollas clavadas en la pared -probablemente para atar las caballerías o cosa así- colgasen a los peregrinos delincuentes.

-*El Camino de Santiago nos llenó de leyendas para siempre* -me dice mi amigo indígena.

Y con él prosigo el recorrido por la capital de Ultrapuertos.







L



---

---

# LA BATALLA DE LÁCAR\*

Conozco desde hace años a este joven médico e historiador navarro. He seguido de cerca sus trabajos de investigación y le he seguido también por los campos navarros buscando las huellas de nuestros antepasados carlistas.

Pablo Larraz nos presenta aquí la célebre batalla de Lácar, primeramente, desde la geografía y desde la literatura periodística, familiar o memorialista –fuentes tradicionales de la historia- para continuar con un relato escueto y bien ceñido a un hecho concreto. No todo relato es historia pero toda historia es relato.

Se trataba de la conquista de Estella por el ejército liberal, al final de la segunda guerra carlista, a comienzos de 1875. Era el quinto intento. El ejército carlista, formado en su inmensa mayoría por voluntarios rurales, era un ejército a la defensiva, y, roto ya el blo-

---

*\*Prólogo al libro de Pablo Larraz Andía, La batalla de Lácar, Pamplona, Ediciones Fecit, 2010.*

queo de Pamplona, la situación se le había hecho insostenible. El ejército del rey de España había ocupado los pueblos de Lácar y Lorca y el nuevo rey Alfonso XII hacía noche en la vecina ermita de San Cristóbal de Cirauqui. Don Carlos de Borbón, a quienes sus leales querían llevar a las Cortes de Madrid, dormía un poco más lejos

El historiador, bien acompañado de muchos historiadores, nos va diciendo mientras tanto quiénes y cuántos son los que se preparan a la lucha; dónde están; qué propósitos tienen y cómo quieren alcanzarlos.

De pronto vemos avanzar sobre Lácar, en cuatro columnas, doce batallones carlistas, navarros, alaveses y castellanos, y oímos casi *el encarnizado tiroteo* dentro del pueblo. Es el momento más dramático de la representación teatral que pude ver hace dos años en esa misma plaza y que se repetirá dentro de dos meses. A la batalla sangrienta, perdida irremisiblemente por los liberales, sigue la huida masiva de miles de hombres hacia Oteiza, Lorca y Montesquinza, perseguidos implacablemente por sus enemigos. Y, mientras unos siguen luchando, jugándose la vida en los aledaños de Lácar, algu-



Placa conmemorativa de la batalla de Lácar

nos se dedican al pillaje y a la venganza cruel en las casas y en las calles del pequeño lugar navarro. *La guerra adormece todos los buenos sentimientos del hombre y despierta instintos perversos*, leemos a un oficial liberal, en un testimonio conmovedor, recogido por la entonces enfermera de la Cruz Roja, Concepción Arenal.

El balance de muertos y heridos fue terrible para el ejército liberal, y el espectáculo -en expresión del autor, que nunca hace un aspaviento ni se encampana en la mala retórica- *dantesco*. Y, como toda guerra y toda batalla tienen su interpretación, parte importante de la misma historia, Larraz nos trae algunas breves crónicas y coplas, una de ellas inédita, que dicen de manera ingenua y sincera el inmenso impacto que causó en unos y en otros el imprevisto y resonante triunfo bélico de Lácar.

Pero tamaño triunfo no pudo cambiar el curso de la guerra, aunque sí la prolongó. Y siguió una interminable polémica sobre las causas de la derrota liberal. El autor, y no sólo él, la atribuye sobre todo al factor sorpresa táctica, ejecutada con maestría militar; a un extraordinario conocimiento del terreno, y a la suerte.

Aquel estallido de fuerza y de gloria, hecho leyenda de epopeya, tuvo su eco histórico, cincuenta años después, en el Tercio de Lácar, que recorrió la geografía de la guerra civil española y recogió una abundante cosecha de muertos y heridos, como sus abuelos de 1875, por Dios, por la Patria y el Rey.

El relato ejemplar de Pablo Larraz abre el abanico de las posibilidades para llenar de contenido real muchos de los lugares históricos celebrados, muchas celebraciones populares, muchos centenarios y aniversarios... en toda Navarra. La poesía, el teatro, la novela, el arte en general, tienen vasto campo de autonomía, pero no pueden, si son decentes, negar, ni oscurecer, ni tergiversar los esenciales hechos reales, sellados por el espacio y el tiempo. Y mucho menos la propaganda política, más o menos disimulada, que

quiere confundir el pasado con el presente y aun con el futuro, y quiere hacer de la historia, en su doble acepción, un instrumento más de su causa particular. Toda propaganda, casi siempre demagógica, no sólo corrompe la verdad de los hechos, sino contamina todo un ambiente, y engaña y desconcierta a toda la sociedad. Por eso hay que elogiar esta iniciativa cultural del Ayuntamiento del Valle de Yerri, que le honra, y mucho.

Un día, todavía no lejano, incluso a escala mundial, casi todas las cuestiones disputadas solían resolverse a tiros, en una u otra guerra. Por fortuna, hoy hemos aprendido a convivir, mejor o peor, pero sin llegar a las manos ni a las armas. A esto también contribuyó tanto dolor, tanto luto, tanta sangre. Hoy, desde nuestra nueva situación podemos mirar con sosiego aquellas gestas, aquellos triunfos y aquellos fracasos, que hicieron gozar y sufrir a nuestros padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos. Y podemos entender aquellas coordenadas, tan distintas de las nuestras, para poder juzgar con acierto, que es el cometido principal de la historia, asignatura siempre difícil. Pero por encima de todo juicio, todo hombre bien nacido siente una inesquivable ternura, una inevitable compasión, viendo como vemos las muchas limitaciones, deficiencias, cortapisas..., las muchas no-posibilidades con que nuestros antepasados se encontraban.

Esta pequeña historia que, amable e inteligente lector, tienes entre manos toca una fibra muy sensible de nuestra historia colectiva. Así éramos, así vivíamos y moríamos. Aquellos ideales de nuestros predecesores ya no son tal vez los nuestros, o tal vez lo son, los mismos o parecidos, aunque sea diferente la manera de acercarnos a ellos. Pero de aquella *manera* de ser también procede nuestra historia, que es un *continuum* ininterrumpido. Es mejor conocerla que ignorarla. Para mejorarla también.

---

---

# VALLE DE LANA

Una tarde clara y fresca de junio, atravesamos el bellissimo y verdísimo congosto de Lóquiz, iluminado esta vez por las flores blancas de los saúcos, y, pasado el puentecillo sobre el barranco Sansoros, que baja hasta el arroyo Galbarra, nos llegamos a Vitoria, uno de los pueblos más arrinconados y más altos de Navarra: 613 m. de altitud.. En otros tiempos, más fríos y de comunicaciones menos frecuentes, se la llamó *la pequeña Rusia*, tal vez para decir la pequeña *Siberia*. Por cierto, resulta que el dueño de la primera casa que vemos se llama Igor, nombre típicamente ruso.

Tal vez el nombre le viene de Villa de Oria o Áurea, una santa muy venerada en la cristiandad. Hoy enmarca la vida de cuatro decenas de habitantes, entre ellos, el escultor inglés Paul Montague, que aquí encontró la serenidad y la paz que necesitaba para su taller de forja.

Viloria ha cambiado mucho de cuando yo lo vi por primera vez hace más de treinta años. Recientemente ha renovado la pavimentación de las calles y la red de aguas. El caserío, pendiente, no ha perdido, naturalmente, su estructura medieval, bajo la alta torre defensiva de su iglesia de San Andrés. Gótico-renacentista, sobre el trazado de un templo anterior, su retablo mayor es obra de Lope de Larrea, natural de Salvatierra de Álava, colaborador de Anchieta, relevante maestro del romanismo alavés y autor del retablo de Santa María de su pueblo natal. El monumental y elegante San Andrés, patrono del lugar, con su barba poblada, la cruz en la mano izquierda y la derecha sobre el pecho, basta para afirmar la excelencia del artista.

Sobre el suelo, ahora enyerbinado, del cercano y viejo frontón, a la intemperie, sobremontado por la copa frondosa de un álamo, bailaban los mozos y mozas del pueblo en la película *Tasio*, de Montxo Armendáriz.

Por esos caminos que suben a la sierra de Lókiz, al raso de Viloria y mucho más allá, imaginó el escritor y novelista Fernando Videgain las andanzas de *El Andasolo*, siguiendo la inspiración de algunas obras de Delibes.

Calles y callejos suben y bajan, se entrecruzan y forman una plaza. La gente ha ido dejando algunas de las casas más altas y las viviendas se arremolinan en la parte baja del altozano, no lejos del arroyo que da vida a varias huertas.

Desde la entrada a Viloria nos acompañan los nogales, las higueras, los rosales rojos y blancos, así como los guindos. Nunca habíamos visto tantos guindos con tantas guindas en pueblo alguno. Y a fe que aprovechamos todas las ocasiones que nos salen al paso, que son muchas.



Al final de nuestro recorrido nos encontramos un cerezo, de frutos menos redondos, más gruesos y dulces, pero ya es demasiado tarde. Preguntamos a unos jóvenes maduros que se sientan en corro cerca de la puerta de una de las casas

¿Pero las guindas son para los que venimos a ver el pueblo?

Nosotros no las probamos y los higos menos. Ya se pueden llevar todas.

Acabamos de comer un cuartal.

La calle Mayor, al ser única, es sin duda la mayor de todas, y tiene varias entradas y salidas, en llano y en cuesta, y hasta algún típico rincón sin salida. Visitamos, en las cercanías de este antiguo pueblo de carboneros, en el término llamado Las Eras, los rastros de las carboneras, que se hicieron famosas con la película arriba mencionada. Hay varias *hoyas* –círculos en la tierra- con la primera leña cortada y preparada, (*adakis*), bajo unos nogales, como para mostrar el arte de la *txondorra* o carbonera, y al otro lado del camino varios montones de ramas de árboles sin cortar, tal vez leña para otras carboneras, o también *abarras*, ramas de árboles, mayormente de encina, para hacer el *cisco*.

Varios escudos barrocos y rococós del siglo XVIII, con las armas del valle de Lana, leones portantes, querubines, yelmos por timbre... orlan varias casas del llano, y dos de ellos más grandes la casona barroca cercana a la iglesia, ahora no habitada, de dos cuerpos y ático, alero de ménsulas talladas y ventanas adinteladas, con puertas abiertas al sur. Uno de los escudos, el rococó, era de los *Heraso*; el barroco, sin nombre, lleva leones, armiños, roleos... y las armas del Valle.

Desde el promontorio donde se levanta la iglesia, que tiene pegado el camposanto, sostenido por una fea pared de cemento, se disfruta el panorama de todo el valle, todavía verde de trigales,

bajo las peñeras serranas, agrestes y agudas por el este, el norte y el oeste, y bajo las laderas encinosas. En la cima del monte, que aprieta el paisaje por el sur, sobresale la ermita blanca de San Antón, del siglo XVI.

*¿Suben allá en alguna romería?*- preguntamos a los mismos paisanos.

*Antes se subía. Ahora se va a otra ermita, más lejos que casa Cristo,* nos contesta el más hablador.

Se refiere probablemente a la ermita de Santa Quiteria, circundada de hayedos, en plena sierra, del mismo siglo que la anterior, y a la que se va a pie durante dos horas el día 22 de mayo. Pero los libros de ermitas no hablan de las de Vitoria.

Al comenzar la cuesta abajo, nos topamos con las *viejas escuelas*, como la gente lo llama, un edificio típico del pueblo. Lleva fecha



Vitoria (Valle de Lana)

de 1801 y tiene un pequeño porche, una escalerilla semi-exterior, y un alto de entramado, sobre el que campea un tosco escudo de Lana. El edificio de las escuelas más modernas está en restauración, igual que algunas otras casas, lo que indica que la vida tampoco aquí se para. Julio Caro Baroja ponderó la riqueza de herrajes en algunas puertas de entrada, como algunos picaportes.

A la vuelta, nos paramos a visitar la capital, desde 1910, del Valle de Lana -el valle no la tiene-, que es Galbarra, pueblo un poco menos alto que Vitoria, y que parece aludir, en su raíz vasca, a un calvero o calvitar, paraje sin árboles en medio del bosque. Y que da cobijo a unos pocos habitantes más que Vitoria.

El poblado se alarga a los dos lados de la carretera de Gastiain, pero esta vez su única calle se llama de La Fuente, fuente de chorro potente sobre unas askas, a la orilla de la misma carretera.



Galbarra no forma un caserío conjunto como el pueblo anterior, sino que son hileras de casas, a los dos flancos del viejo camino. Algunas de ellas, las más modernas, se subieron a la ladera occidental, cerca de la iglesia de San Pedro, de origen románico y trasformada en el siglo XVI. Su origen es patente en el tosco pórtico dentro del amplio atrio interior, la pila bautismal y la torre maciza. Conserva unos bonitos retablos de los siglos XVI y XVII.

Un poco más alto se subió el frontón, que es el espacio más espacioso del lugar, igual que la casa consistorial, donde charla animadamente un corro de vecinos.

Los árboles, las plantas y las flores, dentro o fuera de los pequeños jardines en torno a las casas, son aquí igualmente el encanto del lugar. Una de esas muy cuidadas viviendas, casa Landa, es una Casa Rural.

Como todos los vecinos del Valle llegaron a ser, según hemos visto, hidalgos, aquí también al menos cuatro vecinos tuvieron el humor de poner un escudo en sus fachadas, tres barrocos y uno neoclásico. Por ejemplo, el de casa Osés, junto al frontón, donde nació Joaquín Osés de Alzúa, nombrado obispo de La Habana en 1803.

Se nos echa la noche encima. Miramos por última vez la recoleta explanada del valle más íntimo de Navarra, bajo la catarata silenciosa, paisajística de la sierra de Lókiz.

Nos falta recorrer a pie la parte sur de la capital de Lana y visitar la casa consistorial. Como Galbarra es paso obligado viniendo desde Pamplona, lo dejamos para otro día.

---

---

# EN LA TRINIDAD DE LUMBIER

La idea surgió al final del año jubilar de 2000 en la Junta de la Trinidad y las obras comenzaron en febrero siguiente. Además de la ayuda económica de casi todos los lumbierinos presentes y ausentes, medio centenar de vecinos colaboraron en *artalan* (trabajo entre todos, el *auzalan* de otros sitios) en la reconstrucción de la ermita, quizás del siglo XVI, donde se cambió el tejado, la espadaña y el piso; se igualaron los muros; se pintaron las paredes, se colocó un nuevo altar y un altar de piedra en el exterior. Por otra parte, durante años estuvo en la ermita una imagen única, en madera policromada, del XIV; tras varios años de ausencia de cualquier imagen, se acaba de instalar una copia en piedra, hecha por

el escultor del pueblo Mari Goyeneche. Así que este año tiene la famosa romería penitencial de Lumbier un nuevo atractivo.

Desde Loiti la ermita de la Trinidad, célebre sitio en las guerras carlistas, parece más palomita blanca que nunca, más faro de luz en la madrugada entre los montes grisazulencos. Los alcaceres comienzan a amarillearse y sube el humo desde las cochiqueras.

Ya hay muchos coches en la calle mayor de la villa. Mucha gente con mochilas y túnicas por la calle y entre los plataneros del atrio. Aviones y vencejos madrugadores van y vienen en derredor de la torre, rasgando el inconsútil paño del aire. También viene gente desde la plaza Mayor, con muchos plátanos. Tocan las campanas con dos tonos altos. Las aspas de San Andrés siguen simbolizando antiguas gestas en el balcón del viejo Círculo Tradicionalista. Geranios y yedras embellecen una casa adjunta a la iglesia.

Va llenándose la plaza de los Fueros. Varios fotógrafos van



**Romería de la Trinidad (Lumbier)**

de acá para allá intentando retratar la mañana. Se descuelgan las ocho desde el reloj de la torre. Sale una cruz grande en manos de un mozo y unos cuantos chicos llevan unas cruces pequeñas de madera. Un encapuchado porta una bandera negra con dos alas triangulares, y un niño y una niña a cada lado. Unos cuantos encapuchados van con pies descalzos y los zapatos atados a la cintura. Ellos y otros muchos más, también con túnica y capucha, llevan una cruz negra de madera al hombro. Unas mujeres mayores se asoman a los balcones.

Parte la procesión camino de la ermita de la Trinidad, y Carmelo, el gran Carmelo, alto y fibroso, músico y montañero, que lleva treinta y cinco años dirigiendo el coro y la parte musical de la romería, comienza a cantar las letanías tradicionales:

Sancta María...

Ora pro nobis.



Bajamos por la calle La Trinidad. Pasamos sobre el medieval Puente de las Cabras, formoso de luz, arcos y tajamares, entre saúcos en flor blanca y tempranos mirlos flautistas que orillan y alegran el río Salazar. Nos metemos en la carretera de la Foz; luego salimos, ya en término de Layana, antaño viñedal, a un sendero, casi borrado por rosales silvestres, bojes y tomillos, que nos acerca a la primera cruz de piedra del Vía-crucis, donde el suelo es ya grava, piedra y roca. Cuando unos bárbaros destrozaron las cruces de hierro, que hizo poner el bendito don Ambrosio Eransus, el pueblo decidió plantar estas estaciones macizas y resistentes.

Sancte Martine...

Ora pro nobis.

Penden sobre nuestras cabezas unos cables de la luz con unas aletas de goma, que sirven para orientar a las aves. El primer recuesto, entre la primera y la tercera estación, es el peor, porque lo subimos como si fuera llano y nos fatiga mucho. Suben desde niños chicos a mayores ochenteños.

Es bueno detenerse un poco y mirar atrás: la estampa defensiva de Lumbier y su vasto panorama, como para un pintor del pincel de Van Ruisdael: el Lardín y el *Prao*, verdes de herbales trigueños o cebádenos, con algunos faitíos ocres. El campo de fútbol y monumento al Sagrado Corazón. El robledal de Rípodas, y Artieda en la vega del Irati. El caserío de Arielz, Sansoain y Murillo-Berroya, bajo el monte Muru. Una casa de Napal en el flanco del Idocorri. Más allá y hacia oriente, el espolón de Aldasur.

-*Mamá, ¿en qué cruz vamos?* -pregunta cansinamente una niña chica.

Estamos en la séptima estación, después de unos tramos curvosos y tolerables. Hay que mirar bien el suelo, resbaloso de piedras corredizas. Y no mirar mucho hacia arriba, porque no anima al desmayado aliento Del camino principal salen senderos de alcorce. Va



pesándonos la ropa. Desde aquí se ve el busto erguido, antenado, de la Higa, y la procesión de los molinos de la Sierra de Izco, que llevan el viento a hombros.

- Propitius esto...

- *Parce nobis, Domine.*

De la X a la XI estación la cuesta se empina, pero los músculos ya están más avezados. El bojeral es nuestro acompañante permanente. Alcanzamos a ver ahora las casas de Artajo y el nido alto de Larequi, bajo la Sierra sinuosa de Zariquieta, y allí lejos la frente descarnada del Baigura. El monte que subimos tiene unos anillos irregulares de farallones con líquenes grises y cobrizos. La XII estación está cerca de un cantorral, junto a una carrasca joven y un crecido enebro de la miera. En pleno Pirineo, seminevado, rebrillan los picos de Lacarchela y la Mesa de los Tres Reyes.

- *Peccatores...*

- *Te rogamus, audinos.*

En las repisas de la basa de cada *estación* la gente ha ido poniendo unas piedrecitas: rito que, al menos, viene desde los romanos. Vamos todos más despacio, muchos ya acezantes. Pero los entumecidos, descalzos o no, siguen al mismo ritmo. Algunas personas mayores han subido por un alcorce en coches todoterreno: Algunos chicos se sientan y se levantan.

El camino se hace ahora más llevadero, hasta que vemos la ermita restaurada, bien caleada, y oímos la alborotosa campanica de la espadaña. Un último repecho, y... el alivio de la llegada; la gente distendida por el atrio natural y los alrededores; la valla de alambres que protege el flanco sur del abrupto acantilado; las quebradas azulencas de la Sierra de Peña; Sangüesa en la hondonada; la verde Valdonsella; el fortín de Sos; las torres eólicas de la Sierra de

Salajones; el tajo y el abra de la foz; el caldo caliente que nos dan en la antigua casa del ermitaño...

La misa, al aire libre, en lugar agreste y desigual, sentados o de pie donde se puede, es muy participada, alegre y breve, con asistencia del alcalde y de la mayoría de los concejales. El almuerzo, al que me invitan en la dependencia alta de la ermita, hace felice el cuerpo, suelta la lengua y alegra el rato.

Como despedida, nos ponemos mirando hacia Ujué, cantamos la *Salve* de despedida, y la procesión de cruceros parte hacia el pueblo, rezando el rosario y cantando cantigas marianas entre *misterio* y *misterio*:

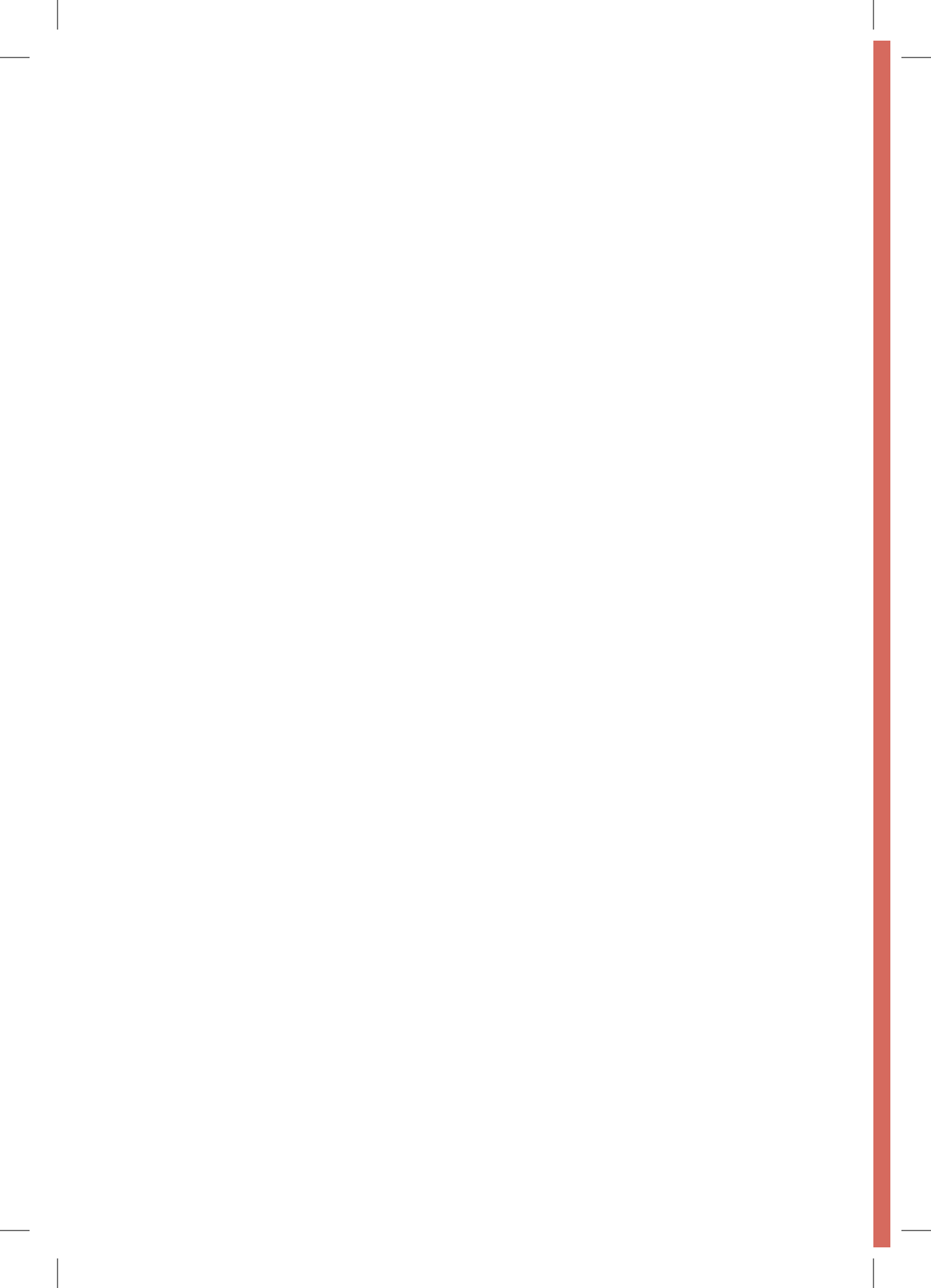
-Salve, Madre /en la tierra de mis amores...

Nos resbalamos mucho y hay sonoras culadas entre muchas risas.

Al llegar al puente, se reza el secular responso por los muertos en el río (ahogados, almadieros...).

Y arribados a la iglesia parroquial, otra *Salve*, en voz y en grito, cierra esta romería penitencial, austera y bella. Sin par.





M



---

---

# CON EL EBRO, DESDE MENDAVIA A LODOSA

Llegamos desde Los Arcos, esta tarde de primavera primeriza, recatada y fresca. Atravesamos la villa de Mendavia y nos acercamos a la ermita de Nuestra Señora de Legarda. Han remozado mucho el entorno del poderoso macizo románico-gótico del santuario, peripuesto para la recreación y descanso de pequeños y grandes, y no sólo los días festivos de la romería. El templo está cerrado. No hay un alma en todo el contorno. Sólo podemos ver de lejos la portada protogótica, de probada influencia burgalesa. Ahí, en la casa de Nuestra Señora de Legarda, el 16 de enero de 1530, hizo su testamento Luis de Beaumont, tercer conde de Lerín, señor de la villa, y nombró heredero a otro Luis, cuarto título

del condado, padre de doña Brianda de Beaumont, que casó en 1564 con Diego de Toledo, hijo segundo de Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba.

Desde aquí contemplamos los tres grandes y azules retablos orográficos de las sierras de Lóquiz, Codés y Lapoblación, que cierran las tierras de donde venían antaño los peregrinos devotos de la Virgen de Legarda. De la vertiente occidental y oriental de Codés bajan con muchos bríos, tras este invernazo de lluvias, nieves, vientos y fríos, los ríos Linares y Odrón, que se funden aguas abajo de Lazagurría, donde un día los romanos represaron el agua, que llegaba, canalizada, hasta Calahorra. El Linares, que con el nombre de río Mayor absorbe, al sur del pueblo, el regacho Salado, viene a desaguar al Ebro. Una línea quebrada de yesos y arcillas, plegados y modelados en crestas y escarpes, rodea el término de la antigua villa fronteriza y fortificada, parte del condado de Lerín, desde la Planilla, al norte, hasta los Peñascos, al este.

Caminamos por el borde del río padre de Iberia, de régimen pluvial, recién entrado en Navarra, tras drenar sólo 12.010 Km<sup>2</sup> de los 85.550 del total de su curso, a lo largo de 500 Km, por 18 provincias españolas, con una aportación anual de 3.797 Hm<sup>3</sup>. Al llegar a Castejón, doblará su cuenca y su caudalosisdad tras la fluvial inyección de los tres clásicos afluentes navarros.

El más regular de todos los grandes ríos peninsulares ha superado con creces este año las tres crecidas anuales que se registran en el aforo de Mendavia durante 27 días de promedio, y se ha saltado una y otra vez los primeros motarrones ribereños, antes de que se pegue a los cortados fronterizos, arcillosos y yesosos, de Alcanadre. Ahora rueda vasto, intenso, de color todavía airado, tras las copiosas precipitaciones, de las que han estado hablándonos durante meses todos *los hombres del tiempo*; aunque, este invierno, todos hemos tenido la misma profesión.



Las últimas avenidas han dejado en la desembocadura del Linares -al que viene a sumarse en su último tramo el canal Río Nuevo- una gran cosecha de desechos domésticos de plástico, que sobrenadan entre las orillas, los arbustos y los troncos cortezosos de los álamos viejos. El viejo canal, abierto a mediados del XVIII, cinco kilómetros aguas arriba del Ebro, ha estado dando riego a toda la zona del regadío antiguo. En 1990, según me informa mi amigo José Luis Elvira, que sabe todo sobre Mendavia, se instaló un monolito en homenaje a los emprendedores mendavíes que hicieron posible en aquellos tiempos esa obra hidráulica.

Seguimos la curva del río hasta que damos pronto con un camino, que hace de muro de contención de las crecidas y acompaña de lejos a la corriente cuando las aguas se aprietan entre los cortados, bajo los que corre la vía del ferrocarril, y una zona baja de yerbines y alamedas que tiene el río como primera zona de expansión.

En la pared frontera de una pequeña estación hidrográfica cerca del cauce, alguien ha dibujado y pintado una furiosa figura humana, de dientes feroces y una especie de guadaña ensangrentada en las manos, sobre una leyenda pintoresca: *Llaman violencia juvenil / a lo que yo llamo defensa kontra la guardia civil*. Y en la pared lateral: *Polizia forala: kampa* (Fuera la policía foral).

Sobre la llanura aluvial y primeras terrazas del río se tienden, confiadas y desnudas, las huertas, donde predominan las alcahofas y resisten algunos cardos, acompañados de algunas berzas, acelgas y cebollas. Comienzan a florecer los perales de flores albas en corimbos, y los melocotoneros de axilares flores de color rosa, que perfuman la tarde de color y de ternura. Varias arboledas de chopos suizos, jóvenes, altísimos, casi rectilíneos, hacen un bonito juego gimnástico, muy superior al de los viejos álamos blancos que contornean, cansados y torcidos, las densas riberas fluviales.

Por una larga extensión de la zona verde ribereña, pasta entre los árboles una vacada de vacas bravas, de distinto pelaje, con terneros recién paridos y toros padreadores.

También al otro lado del camino, pasta otro rebaño de vacas de igual naturaleza, pero sin prole visible. Un padre joven, con dos niños chicos, que, según nos dice, suelen atraer a los animales hasta las alambradas, ofreciéndoles hierba o algún vegetal, anda mirando las reses y los establos cercanos, propiedad de un ganadero local.

El río ha ido formando frente a las ripas, ya casi invisibles, unas isletas con frondosas arboledas, que parecen esconder, de tan prietas y oscuras, no sé qué tesoros ecológicos. De los sauces y de los álamos más jóvenes cuelgan ya las primeras espigas florales de los amentos y brotan en los vértices las primeras hojas al encanto de la clorofila (colorante verde del vegetal, según los griegos).

Cuando, a mediados de abril, volvemos a proseguir el camino hasta Lodosa, los álamos omnipresentes han echado al aire sus hojas verdi-ambarinas, lustrosas y lubricadas. Están ya verdecidos igualmente en los bordes del cauce y en las isletas muchos fresnos de hojas estrecha, sauces blancos y alisos, y en el sotobosque, aligustres, cornejos, viburnos lantanas, hiedras, ortigas y cardos silvestres. Los perales van perdiendo la flor, donde asoma el fruto, y esplenden, en cambio, las de los melocotoneros, los manzanos y algún que otro níspero. Pero sobre todos los árboles frutales reinan los altos y copiosos cerezos, rebosantes de flores en prietas e intensas umbelas, más blancas que la nieve y más alegres que los pájaros que comerán su fruto.

A nuestra izquierda, en los bordes de los huertos, se suceden algunas casetas, más o menos bien aparentes, entre aperos y útiles de labranza. Sólo hemos visto dos o tres agricultores en faena, y siempre lejos de donde vamos. En toda la tarde ha pasado sólo

un coche. Las aguas de las acequias que atraviesan los campos de regadío desembocan con estrépito en el Ebro, con la satisfacción de volver a la casa nativa, sobre todo la acequia que viene directamente del último Linares. En ciertos tramos de su último recorrido las acompañan tamarices y zarzales. De cuando en cuando se nos aparecen bosquetes de chopos negros o de álamos blancos en la zona de regadío. Algunos campos están recién preparados para productos de hortelanía. Un milano negro, ¿o aguilucho cenizo?, sorprendido por nuestra presencia, alza su pesado vuelo desde las ramas altas de un álamo y se pierde tras la fronda. Pasa por la orilla derecha del río (línea férrea Zaragoza-Logroño-Bilbao) el cuarto tren de la tarde.

Cuando divisamos la Granja Imaz (históricamente Imas), nos acercamos a ella y le damos una vuelta. Ya documentada a comienzos del siglo XII, es ahora propiedad de la empresa vinícola Barón de Ley. Una de las principales empresas del sector, con viñas jóvenes y altas en terrenos de regadío y a los dos lados de la carretera entre Mendavia y Lodosa.

Sus antiguos pobladores y los vecinos del poblado cercano de Villamezquina fueron autorizados, a comienzos del XIII, para construir una presa en una serna del monasterio de Irache, que fue haciéndose con nuevas heredades del contorno, hasta quedarse con la Granja. Una vía pecuaria -cañada real-, larga de 31'7 km., se abrió desde aquí hasta el monasterio. A mediados del XIV, se levantó un palacio mayor vinculado a la dignidad abacial del cenobio. El año 1837, fecha de la desamortización de Mendizábal, las Cortes donaron toda la heredad al general cristino Martín Zurbano, logroñés, *en premio y recompensa de sus heroicos hechos de guerra*; rebelde espartarista de pro, Narváez le hizo fusilar, pocos años después.

Se conserva, muy transformado, el edificio principal, adornado de dos escudos del XVII, en torno a un espacioso patio cuadra-

do, ahora punteado de grandes plataneros, al que rodean algunos viejos barracones colindantes y, a una cierta distancia, nuevas naves-almacenes, además de la antigua ermita, ya desafectada. En una de aquéllas se estabula un rebaño de vacas. Una larga hilera de cipreses y plátanos señala el acceso a la Granja, viniendo desde Mendavia.

El camino-motarrón, termina allí donde el río se ladea hacia el nordeste, libre ya de la cordiline protectora y de la vía del tren, pero nosotros continuamos, más incómodos que hasta ahora, hasta llegar a términos de Lodosa y tener ante nosotros la antigua villa riojana de Alcanadre. El nombre árabe dice relación con puentes, lo que nos evoca el de Alcántara. Villa de casi ochocientos habitantes, respaldada por una pared yesífera y arcillosa, y en torno a una poderosa iglesia, que antes fue mezquita, aparece desde aquí, en un espeso conjunto medieval terroso, extendido y coloreado hacia el occidente con los edificios y villas de última generación.

Entre huertas, nuevos olivares, cañaverales y carrizales, llegamos a la presa llamada de los Mártires (Santos Celedonio y Emeterio), con una isleta en medio del cauce, a nuestro lado una pequeña central eléctrica, junto a un singular eucalipto, y, en la orilla derecha, la apertura del Canal de Lodosa.

Tras varios proyectos que venían desde el siglo XVIII, el actual, obra del ingeniero Cornelio Arellano, fechado el año 1907, comenzó a ponerse en ejecución nueve años más tarde, con el doble nombre regio de Victoria Alfonso, una vez creada la Confederación Sindical Hidrográfica del Ebro. Fue rematado en 1935, bajo el gobierno lerrouxista-cedista.

Con una capacidad de conducción de origen de 22 m<sup>3</sup>/seg., riega 24.695 Ha., de las que 13.838 están en Navarra -Lodosa, Sartaguda, Castejón, Tudela, Murchante, Fontellas y Cortes-, y el resto en La Rioja y en la provincia de Zaragoza. En un recorrido de

127 km. -por medio también de túneles y acueductos-, deja sus aguas residuales en el barranco de la Murga, término de Mallén, que va a parar al Ebro.

Poco más abajo, nos tropezamos casi con los restos del acueducto romano, la mayor obra de esta envergadura en Navarra. Y la primera impresión que nos da es la del abandono y la incuria, desde la fecha lejana (1977) de los trabajos de excavación llevados entonces a cabo, y de los que nos ha informado mejor que nadie la benemérita arqueóloga María Ángeles Mezquíriz. No hay una sola señal, una sola indicación de su interés e importancia. Tampoco, al parecer, la más mínima medida de protección.

La carretera próxima cortó sin duda el acueducto, cuyos muros arrancaban poco más arriba. El origen de las aguas traídas para el abastecimiento de una ciudad romana tan importante como era la *Calagurris* del siglo II d. C., y tal vez para ciertas obras de regadío dentro del mismo trayecto, estaba en la presa construida



**El Ebro a su paso por Mendavia**

en la desembocadura del Odrón en el Linares, a unos 30 km. de la meta final.

El canal a cielo abierto oscila entre 2 y 2'50 metros de anchura, con una altura de las paredes entre uno y dos metros sobre un terreno natural, muy arcilloso, casi impermeable. El material de construcción es piedra de color rojizo de las canteras de Sesma, explotadas hasta época reciente. Los trece arcos que, mal que bien, se conservan, algunos semienterrados, y otros volcados y removidos, destacan por las dimensiones de sus pilares y por la anchura de los dos paramentos del acueducto.

Esta *obra de romanos* tenía como objetivo nada menos que cruzar el Ebro con el agua de boca para una gran ciudad, sirviendo probablemente también de puente para los viandantes. Las arcadas miden 4'80 metros de luz y los pilares 1'10 m. de anchura. Un revestimiento de sillarejo forma la caja con una fábrica interna cementicia, compuesta por un aglomerado de piedras, mortero y cal.

En la margen derecha del Ebro, en término de Lodosa, aparecen desde el mismo cauce restos del acueducto cortados por la línea férrea. Pasado el kilómetro 37 de la carretera de Lodosa a Calahorra, se descubrieron 30 metros de canalización cerca del paraje llamado *Camino de los romanos*. Quedan, en fin, unos restos de pilares de la misma construcción hidráulica a la entrada de la ciudad romana, en la carretera de Arnedo.

El último sol de la tarde saca los colores a los dibujos geométricos de los yesos y arcillas en los repechos de Alcanadre y Lodosa, y ríela en la piel del río, de orilla a orilla, evocando la puente que aquí se tendió, las aguas y las gentes que por aquí pasaron, y todo un mundo admirable y apasionante que pasó con ellas.

---

---

# VIEJOS SEÑORÍOS: EZA Y MONTALBÁN

En medio, más o menos, del tapete de campos de labor, plegado y desplegado, que es el Valle de Yerri, se aprieta su capital, Arizala, último pueblo llano ante las estribaciones de la sierra de Andía, cinturado de chalés y jardines, con el crucero, la fábrica de harinas y el silo de cereal. Un señor mayor poda la parra de su fachada y la señora le contempla en bata y zapatillas desde el balcón. Un paisano cruza la plaza pública, en jersey rojo y pantalón negro. Tienen los arizalinos una iglesia gótico renacentista, sobre una anterior románica, unas mansiones del siglo XVI, y unos escudos de piedra con las armas de los Azcona, Arrastia, Lizarraga, Erendazu, Ursúa y Lezaun. Entre sus calles –Santa Cecilia, Nueva, Norte

etc.-, la más occidental, estrecha y quebrada, se llama calle Eza, lo que nos pone ya en la pista de la antigua granja.

Precedida de una huerta, con verduras y árboles frutales y tapia desmoronada a tramos, se alza la primitiva fábrica del siglo XVI, construida en sillarejo y reconstruida recientemente, después de un largo abandono. La fachada, ahora recrecida y en hastial, coronada por dos chimeneas, se abre al poniente con un portalón dovelado, decorado en su clave y en las dos enjutas por tres escudos en bajo relieve. En la clave aparecen las tres bandas de los Eza (*de oro, banda de gules entre dos cotizas de azul*). En los otros dos, cruz trebolada, animales pasantes, león rampante, cadenas de Navarra, rastrillo, roeles...

Circunda y protege la casa un seto de pino y boj. Dentro, en el yerbinoso jardín, se ha construido un pequeño garaje y un frontón pintado de verde; junto a su pared central está recogida una manga de regar. En un buzoncito sobre la verja de entrada, se podían leer hasta hace poco los nombres de los actuales propietarios, residentes en San Sebastián.

Lamiendo las tierras de la granja se curva el río Iranzu, por entre chopos, berzas, cardos y maizales. Un puentecillo de cemento con ligeras barandillas anima a cruzar la madre. Una cigüeña se acerca al cauce.

Eza (“Eitz” en alguna documentación) fue sede de un cenobio primitivo de religiosas, con iglesia dedicada a Santa María. El rey navarro García de Nájera donó, el año 1042, una finca del lugar al monasterio de Irache, al que se incorporó el cenobio femenino el año 1070. Casi un siglo más tarde, los monjes benedictinos cedieron a un tal *Jaun* (señor) Orti de Eza la parte que tenían en el monasterio de Santo Tomás en ese lugar.

El monasterio, dúplice o no, con sus pertenencias pasó a manos de Sancho Sánchiz de Oteiza, embajador de los reyes navarros,



deán de Tudela y futuro obispo de Pamplona (1420-1425), a quien heredó uno de sus hijos, Juan Sanz de Oteiza, con el título de *señor del palacio de Eza*.

Lo cierto es que en 1583 fue convocado a Cortes el señor de este palacio, José de Eza y Gaztelu, que ya en 1580 lo fue para sustituir a su hermano el señor de Ecay, fallecido poco antes. En las Cortes de 1586 y 1589 no acudió nadie de la Casa, por ser propietaria una mujer, y *en este reyno no se llaman las mujeres*. Pero en las siguientes de 1593 aparece de nuevo, esta vez ya como asistente, el mismo don José. Los Eza iban a estar presentes, dentro del brazo militar, en nuestras Cortes hasta su última sesión de 1828-29, representados en esta ocasión por Jorge Montesa y Eguía, *señor de Eza y de Berbinzana*.

En 1711 fue creado el título vizconde de Eza por Felipe V en la persona de José Araiz y Gaztelu, caballero de Santiago y natural de Tudela. La vizcondesa de Eza, dueña de la finca que acabamos de ver, casó con su tío Fernando de Montesa, marqués de su apellido. Los Montesa poseían fincas y cotos redondos en Amocain, Idoyeta, Biorreta, Mora, Echano, Aguinaga, Zaldaiz, Eransus, Pamplona, Funes, Ororbia, Tudela, Lizasoain, Peralta, Mendióroz y Olóriz. La mayor riqueza la componían 52 casas, 4.837 robadas de secano, 5.114 de pastos y 9.267 de monte. Sobresalían por su extensión y valor los terrenos y edificios de Peralta, Eransus, Zaldaiz, Aguinaga, Echano y Mora.

A mediados del siglo XIX el palacio de Eza estaba *muy derruido*. En 1812 sirvió por algún tiempo como hospital de sangre a la División de Mina. Durante la primera guerra carlista falló un plan para aprovechar el salitre del término, pero unos cuantos nogales que había junto al casón se aprovecharon para hacer cajas de fusiles. Vaya una cosa por otra.

En 1825 al apellido Montesa sucedió en títulos y mayorazgos el apellido San Clemente, radicado en Soria. Luis, el tercer her-

mano, casó con la corellana Benigna Escudero. Muertos todos sin sucesión, la hacienda pasó a la línea colateral de los Escudero Marichalar, de ascendencia también soriana. El más famoso fue el político conservador Luis Marichalar Monreal San Clemente y Ortiz de Zárate, vizconde de Eza, nacido en Madrid en 1872 y muerto en la misma ciudad en 1945. Dos veces académico, alcalde de la capital, diputado a Cortes y senador, ministro de Fomento (1917), de la guerra (1920-21), presidente de Instituto de Reformas Sociales y de la Asociación Nacional de Agricultores (propietarios)...

En 1901 Ángel Lizarraga, un labrador hacendado de Arizala, compró por 53.000 pts. unas 500 robadas de secano y 18 de regadío a tres sobrinos del abogado y político corellano, diputado foral y senador del reino, Cayo Escudero y Marichalar (1829-1900). Lizarraga cedió luego el 50% de las tierras a los cuatro renteros que las cultivaban. Del palacio hicieron cinco casas y de la huerta cinco partes iguales.

A mitad de camino entre Arizala y Alloz, damos con una casería, al lado izquierdo de la carretera, según vamos. En uno de los lados leemos *Coto privado de caza* y sobre la fachada principal, que da al poniente, un llovido y venteado letrero: *Señorío de Montalbán*.

El endeble edificio tiene dos plantas, con tres vanos en la de arriba. En la de abajo, puerta de madera y dos ventanas con reja. Parte del techo, sostenido por dos pilares, está derruido. Las paredes son de piedra, adobe y ladrillo. Una puerta metálica moderna y un pequeño cobertizo al sur. Ha sido sin duda hasta hace poco corral y almacén de útiles de labranza, así como de paja para el rebaño. Juan, que sabe todo de la nobleza en Navarra en tiempos recientes, piensa que esto fuera también vivienda de los alpagatudos colonos. Bajo este techo yantaban los ediles de Abárzuza, el día de la romería de san Isidro a la ermita de Montalbán. Antes

repartían pan y vino a los romeros, que comían en derredor del santuario. A nuestra derecha se eleva un breve monte bajo, al que acometemos por un viejo camino empedrado en algunos trozos, acosado de vez en cuando por matorrales. Pasan rasantes unas bandadas de estorninos.

Ya estamos en la cima de la loma, no lejos del río Iranzu que la ciñe por el oeste, y tenemos todo el valle de Yerri ante los ojos, onduladamente verdecido. Hasta la Segunda República venían de Abárzuza acá, en procesión romera, el día de san Isidro. Una ermita de estilo románico tardío, ábside semicircular, puerta de arco apuntado con triple arquivolta, espadaña y seis contrafuertes, convertida en corral y en refugio de lechuzas, semi derruida y desensillarada, es lo que queda del *glorioso* señorío de Montalbán.

Me dice Pedro, el alcalde del Valle, que cuando quedó abandonada, se llevaron de ella hasta los ciriales, y que el cura de Zurucuain, que la atendía, se llevó a la iglesia del lugar el campanillo y alguna



**Ermita de San Martín de Montalbán**

que otra imagen

Fue muy antiguo señorío. Francés, barón de Beorlegui, hijo de Juan Beaumont Navarra y de su mujer Luisa Urtubia, se hacía llamar ya en 1518 *señor de Montalbán*. El señor de Arazuri unió el señorío de Montalbán en su representación nobiliaria dentro de las Cortes navarras desde finales del XVI hasta comienzos del XIX.

El señorío recayó, el año 1834, en el marqués de Vallehermoso, Juan Bautista Queralt y Buscareli. El lugar de Montalbán (Montalbán Viejo, según los mapas) tenía por esas fechas una casa con siete habitantes y una iglesia parroquial dedicada a San Martín, servida por un beneficiado presentado por el señor. En su término había varias canteras de piedra. El marquesado de Vallehermoso, que tenía en Corella su casa principal con escudos de armas, un horno de nueva planta y tres molinos, poseía muchas tierras y casas en Castejón, Arizcun, Acotain, Arazuri y Montalbán, y algunas menos en Olite, Esparza de Galar, Santacara, Pamplona, Izco, Olaz, Noain, etc. Veintitrés casas y 13.733 robadas en total.

En 1931 el ayuntamiento de Abárzuza compró a la nieta de Queralt, condesa de Cifuentes, 3.137 robadas por 550.000 pesetas. Las arrendó entre los paisanos, pero al andar éstos renuentes o tardos en pagarlas, las vendió entre vecinos de Abárzuza, Arizala, Zabal y Murugarren, a través de una gestoría. Los gestores ahuecaron el ala, con los dineros debajo de la misma, y el sufrido ayuntamiento abaruzano vendió unos lotes a veinte vecinos del pueblo y a un industrial de Pamplona, quien más tarde revendió una parte, quedándose hasta hoy con la ermita y algunas tierras de regadío.

Se posa sobre el corral ermitaño un grajo que parece perdido. Unos cuervos relucientes pasan graznando, a lo suyo, con picos corvos y torvos. Toda una metáfora muy oportuna.

---

---

# EL MONCAYO DESDE BUÑUEL

Yo lo vi siempre tan bello,  
yo lo vi siempre tan alto,  
tan bien plantado en la tierra,  
tan extenso y tan variado,  
que llegué a tenerlo siempre  
casi por monte sagrado.

Él vio pasar a sus pies  
celtíberos y romanos,  
y estaba siempre tan cerca,  
que parecía navarro.

Unas veces verde.  
otras veces pardo;  
por la tarde, azul,  
y en invierno, blanco.

Guerrero retador  
o monje cogullado,  
vigía previsor,  
semáforo del año.

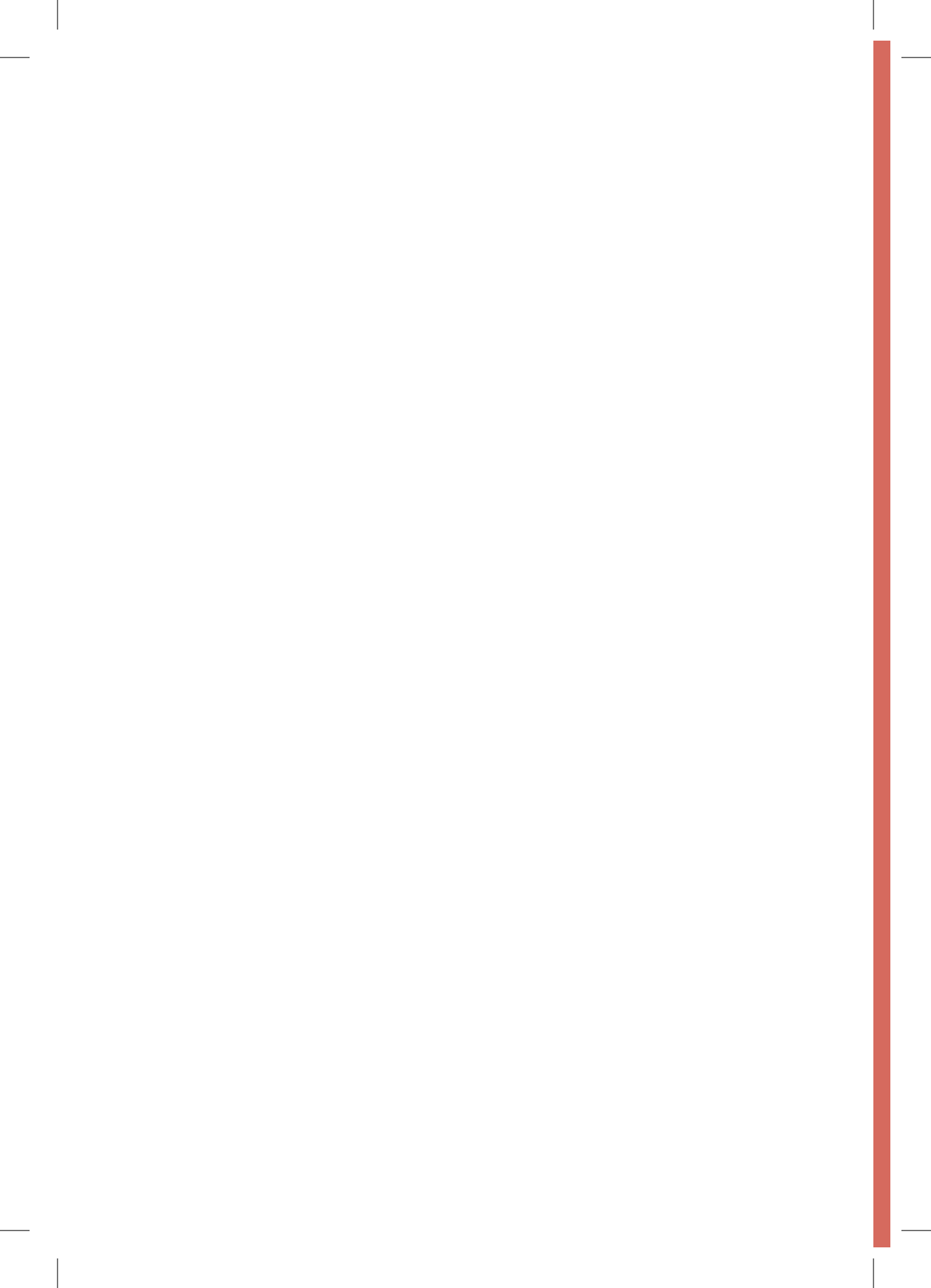
Pero en Buñuel me dijeron,  
un día de agosto aciago,  
casi llorando de rabia,  
señalándome el Moncayo:  
-De allí vienen las tormentas,  
los pedriscos y los rayos;  
él nos hunde las cosechas  
y nos causa mucho daño.

Y yo que lo vi tan bello.  
Y yo que lo vi tan alto...



**Vista del Moncayo**







N



---

---

# NAGORE LACUSTRE

Por encima de Nagore pasa ahora la nueva carretera, abierta desde el oeste de Aoiz hasta Roncesvalles, dejando a un lado los despoblados de Erdozain, Olaberri y Gurpegui, y al otro el lejano caserío cimero de Usoz, salvado de las aguas.

Si uno se baja en Nagore, para echar una ojeada siquiera a una de las colas del pantano (embalse) de Itoiz, se encuentra con un vistoso paseo mirador, que le lleva pronto a recorrer el nuevo poblado en que se ha convertido aquel solitario y viejo Nagore, que sólo fue noticia cuando se convirtió en un experimento, fallido al fin, de encontrar petróleo en los primeros años ochenta. Lo recuerdo aún, una mañana de lluvia y de barro.

El paseo mirador mira en semicírculo al pantano desde el suroeste del pueblo hasta el cauce actual del Urrobi, en el noreste, entre una fila de arces jóvenes, encima de un yerbín y una franja de terreno baldío, terroso y ya infértil, con las acacias, chopos, álamos,

fresnos, alisos, sauces..., que quedan de las antiguas orillas del río. Algunos están ya secos por haberlos cubierto el agua durante los últimos meses. Al otro lado del balsón es también bien visible la cota máxima de las aguas. Y encima reinan los pinos hegemónicos en el circo de montes, que va desde el Alto de Arce al Malatu. Algunos rodales de pinabetes cubren alguna falda baja. La visión es plácida y sosegadora.

Y uno comienza ya a soñar los barquitos de vela que un día navegarán por ahí. Esta tarde navegan sólo unos patos apacibles, que de rato en rato se zambullen, irrumpen en seguida con fuerza, se sacuden alborozados y vuelven a navegar. Navega también a todo lo ancho de la tersa superficie laminar el sol despreocupado y burgués de la tarde.

El paseo se abre de trecho en trecho en unos círculos con bancos corridos, desde donde bajan unas escaleras que dan al yerbín. Unos primeros jardincillos, con juegos infantiles cerca, llenan de alegría los nuevos espacios. El rojo carmesí de unos



**Nagore (Valle de Arce)**

arces provoca al verde oscuro de los pinares y al azul verdoso del agua embalsada. Estamos en el piso bajo y amplio de la falda montañosa, donde se plantaron las casas del viejo poblado, convertido ya en un pueblo cuasi marítimo o, si se quiere, lacustre, con una veintena de viviendas nuevas, hermosas, ajardinadas, confortables, de tres o cuatro plantas, casi todas en hastial, que se alinean en tres planos separados por pavimentos encementados, desde el punto más alto, donde, como de costumbre, se levantó la iglesia gótica de San Julián el Hospitalario, que guarda muy bellos retablos y tallas góticos en su interior. Hospitalario fue sobremanera este pueblo, en el camino poco poblado a Roncesvalles.

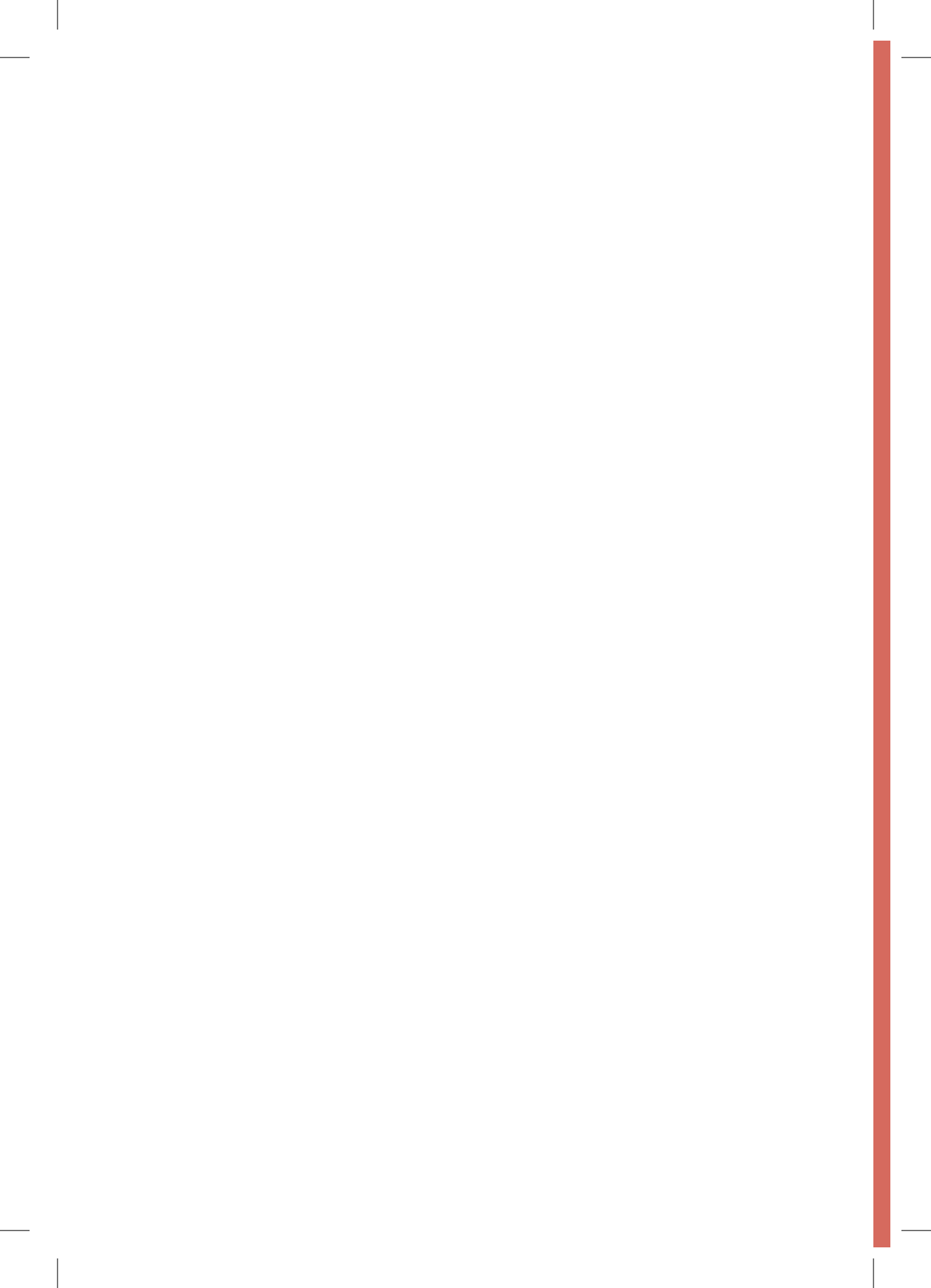
Tenía aún a comienzos del siglo XX dos posadas, donde se alojaban también los mercaderes que pasaban por aquí para comprar género a los famosos tejedores y pelaires del lugar. Quedan algunas casonas antiguas, de piedra, a cuatro aguas y con terraza hacia oriente, que seguramente serán pronto acompañadas de otras nuevas en los terrenos baldíos que quedan, mayormente cubiertos con acacias. Sobresale entre todas una alta y nueva casa consistorial del Valle de Arce, a cuatro aguas, desván entre cristales, y portal dovelado, recuadrado por imposta, con la leyenda *Alabado sea el Santísimo Sacramento*, traído de la antigua casa consistorial. Nagore, que hace veinte años contaba medio centenar de habitantes, es un pueblo de futuro. Y el futuro siempre está comenzando.

Desde allí tomamos la nueva carretera, que arranca junto a Santa María de Arce y, rodeando el pantano, pasa por debajo de Lacabe, donde asoman dos de sus cuatro casonas, y, camino de la Aézcoa, llega Oroz Betelu. Aquí recalamos en el mismo bar de siempre, dentro de ese lindo, aunque demasiado prieto, conjunto de casas floridas y vecindonas, cerca del frontón, donde hoy se ha jugado

un partido importante. Parece que son fiestas, pero no, ha venido mucha gente al partido y algunos se han derramado por ahí.

Veo el puentecillo sobre el Irati y el carretil que sube hasta Azparrren, donde encontré un día lejano al primer alcalde del Valle que conocí y donde lo reencontré tan campante muchos años más tarde. Volvemos mirando siempre al pantano, desde el que está ya desembarcando el penúltimo sol.







O



---

---

# LA CRUZ ROJA EN OROQUIETA

En el último tramo de la carretera, un rebaño de vacas, con un vaquero que las conduce, nos hace detenernos y avanzar a su paso. Por fin, aprovechando una curva, podemos seguir adelante. Me viene a las mientes el cuadro de Brueghel el Viejo, pero sin caballo.

El panel de azulejos, con el nombre de Oroquieta, que nos saluda al entrar al pueblo, es uno de los pocos que conserva el escudo de Navarra con laureada. En el amplio anchurón, más poblado que nunca de abetos, álamos, pinos, arces y fresnos, están terminando de arreglar a fondo la casa grande que da al levante. Volvemos a leer en la columnilla de piedra del pequeño monumento central la vieja inscripción, apenas ya legible, que honra a los héroes vo-

luntarios navarros que asistieron a los heridos en la famosa batalla de Oroquieta, en la primera acción de la Cruz Roja Navarra. Dos placas de bronce, en castellano y euskara, del año 1989, resumen brevemente su significado.

Fue el 4 de mayo de 1872. Tres días antes, don Carlos había pasado la frontera con 1.500 de sus fieles, mal armados, que no encontraron aquí los depósitos de armas que esperaban. El general liberal Moriones, después marqués de Oroquieta, cayó sobre ellos, y les hizo 38 muertos, más 749 prisioneros, que fueron deportados a Cuba y a Canarias. Seis meses después, don Carlos volvía a las andadas.

Nos sentamos, como siempre, en sillas de plástico junto a una mesa del mismo material, en la *terracilla* del *ostatu*, o bar sin nombre, y pedimos unos refrescos. Junto a otra mesa charlan y beben tres moteros jóvenes, bien arreados. Estamos cerca de la fuente con cubierta de piedra piramidal, y pilas ganaderas. Pronto llegan las vacas de marras, serias y disciplinadas, y se ponen a beber, una detrás de otra. Si alguna de ella se nos acerca algo más de lo debido, dos perros de pastor la reconducen de inmediato.



**Monumento batalla de Oroquieta**

Se nos acerca amable el pastor, con su vara pastoril, y pega la hebra con nosotros, amable y discreto. Hablamos del Valle de Basaburua Mayor y nos recuerda que Erbiti es parte del concejo que forman los dos núcleos de población, junto con el barrio superior de la Fábrica u Ola, donde estuvo la ferrería. No llegan ni mucho menos a cien habitantes y las cosas están duras, nos dice, pero se aguanta. Él vive en la casona del lado suroccidental de la plaza, a donde entra el rebaño para el ordeño de la tarde.

Delante tenemos otra casa de labranza, cerca de un pequeño silo doble, de aquéllos pintados de blanco de los años cuarenta. Ante la puerta de la casa, en cuyo zaguán parlotean unos paisanos, juguetean o se adormecen seis o siete gatos.

Pasamos luego la carretera que atraviesa el lugar. Baja gente de un coche y se entretiene junto a una de las viviendas. Las casas, todas grandes, tienen una solana amplia hacia el sur o un largo balcón corrido en la misma dirección. Casi todas han puesto delante de la fachada tiestos o maceteros con flores, hortensias mayormente, de varios colores. La humilde y airosa iglesia parroquial está dedicada a san Tiburcio, un mártir romano del siglo III, titular de otras parroquias del norte de Navarra. En el tenderete del balcón de la *casa abacial*, que así rezan unas letras azules, cuelga un mantel de mesa y unos calcetines negros, pero no son del párroco, que hace muchos años ya no vive en el pueblo.

En la parte norte del pueblo han construido dos casas nuevas. Damos un paseo por el camino que lleva a la Fábrica. Acaba de ser limpiado por las máquinas desbrozadoras y huele sonora y saludablemente a heno cortado.

Se van los moteros en dirección norte. Por el camino que se abre al sur del poblado central, entre prados de siega, vacas pastantes y lindos bosquetes, llegamos a Ilarregi (¿sitio de guisantes?), otro pequeño pueblo, ancho y ajardinado, del Valle,

donde por casualidad, al preguntarle por la salida, damos con una señora vestida de negro, de amplia frente, tostada por el sol del verano, que acaba de recoger el rebaño vacuno. Resulta que es hermana de Sole Erbiti, una mujer admirable, euskaróloga sapiente, a la que conocimos de cerca en los años de la Transición. Hace poco nos sorprendió ver su nombre en una esquela de defunción.

Su hermana, que aún se emociona al recordarla, es tan simpática como ella, de verbo fluyente y de generosa espiritualidad. Contenta de que su hija, licenciada en derecho, se haya hecho cargo de la hacienda familiar, ella le echa una mano, mientras lleva la casa, y limpia, ella sola, la iglesia, ¡aunque a veces el nuevo y joven párroco le saque los colores, porque encontró polvo no sé en qué rincón! Ay, estos abades jóvenes. Nos muestra su bella casa cercana y nos invita a seguir platicando, pero la tarde está cayendo y lo dejamos para otra ocasión

Los dos encuentros, tan inesperados, nos han iluminado esta tarde de julio, que en Basaburua Mayor es luminosamente apacible y apaciblemente luminosa.







P



---

---

# EL REINO DE PAMPLONA

Para algunos escritores militantes, sedicentes historiadores, en el principio de esto que se llama Navarra sólo hubo vascos, nada más que vascos, y, para colmo, vascos demócratas y progresistas, regidos por consejos de ancianos, llamados sabios, todos beatíficamente felices en sus repúblicas federativas. Un buen día se vieron obligados, por los vicios ajenos y no por los propios, a elegir un caudillo, al que llamaron rey, para que los gobernara en orden y justicia y los dirigiera sobre todo contra los extraños y extranjeros enemigos de su paz y de su libertad.

Eso sí, antes de esa elección, como demócratas liberales que eran y sostenedores del Estado de Derecho *avant l'histoire*, aquellos

nobles y prudentes vascones acordaron pactar con el elegido –pacto ejemplar y paradigmático entre el pueblo y su representante, no conocido siquiera en Israel, Grecia o Roma-, comprometiéndose éste a regir a los suyos con arreglo a las leyes tradicionales vascas, a sus constituciones y libertades privativas, anteriores incluso a Túbal y a Moisés, prometiendo mejorarlas y nunca empeorarlas, etc., etc., etc.

Cuando uno lee prosas como ésta, escritas por ciertos autores navarros, parece estar leyendo el manual patriótico *Bizkaia por su independencia*, de Sabino Arana Goiri, tan fácil de imitar como de copiar. *Estamos ante historias* -pudo escribir Alfonso de Otazu- *escritas para débiles mentales, o cuando menos para seres que han renunciado ya hace tiempo a la tarea de pensar de cuando en cuando.*

Por lo demás, tampoco existió en época merovingia un Ducado de Wasconia (al otro lado del Pirineo) que fuera el origen del posterior Reino de Navarra, como han sostenido y siguen sosteniendo algunos autores, que hasta le han dedicado libros enteros, sino, por lo mucho, dos duques no wascones, impuestos a los wascones para integrarlos mejor en el Reino Franco.

Más aún. La segunda batalla de Roncevalles (año 824) fue una victoria de los vascones de Navarra, probablemente ayudados por aragoneses y musulmanes, contra un ejército franco -el de los condes Eblo y Aznar (Asinari)-, formado por wascones (*cum copiis Wasconum*) del sudoeste de las Galias, que venían de restablecer la soberanía carolingia sobre Pamplona.

No estará de más recordar, por si acaso, que en época carolingia las poblaciones de origen vascón de ambos lados del Pirineo no estuvieron siempre unidas, ni mucho menos. Así las sumisiones de los años 766-69 sólo afectaron a tierras de Ultrapuertos, mientras que los vascones de Pamplona sólo estuvieron sometidos a los francos entre los años 806 y 816.

Además, entre las seis campañas bélicas de los vascones con los visigodos y el nacimiento del Reino de Pamplona (probablemente el año 905) transcurrió mucho más de un siglo. La geografía de los vascones independientes del Reino visigodo no coincidía tampoco con el primitivo Reino pamplonés, que, como es bien sabido, se constituyó tras una larga etapa de aceptación de la soberanía árabe por parte de la clase dirigente de la capital navarra.

No es casualidad que el Reino de Pamplona naciera en una ciudad (Iruña: “la ciudad”), por nombre Pompaelo (la ciudad de Pompeyo), que era la herencia de Roma -lo excepcional dentro de lo general y común que era el campo-, de la que nació el reino de Asturias y nacieron también los condados aragoneses.

Hay autores, como J.J. Larrea, para quienes no hay una sola prueba *de que el núcleo urbano ni la civitas de Pamplona haya estado jamás en manos de nadie opuesto al reino visigodo*. La ausencia de los obispos de Pamplona, de concilios y sínodos hispanovisigodos (argumento de silencio) no prueba nada en contra. La ausencia de otras sedes lejanas de Toledo fue también muy llamativa, y en todo caso a partir del año 583 el argumento del absentismo no podría utilizarse siquiera.

Tampoco la presencia del rey don Rodrigo, en la primavera del año de desgracias 711, *en tierras de Pamplona, en guerra con los vascones por graves rebeliones que habían estallado en aquel país*, según un autor árabe, es argumento decisivo. Pudo ocurrir que los vascones participaran en la contienda civil, que originó la muerte del rey Vítiza, entre partidarios de un hijo de éste y de su sucesor Rodrigo, a la manera como sucedió en la revuelta de Froya contra Recesvinto o en la del duque Paulo contra Wamba. Pero también es posible que los vascones tomaran Pamplona, por efímera que fuera la conquista, como es posible que la conquistaran en alguna ocasión anterior (aunque con posibilidades no se construye

la historia), lo que no obsta para sostener el papel jugado por la Pamplona hispano-goda en los orígenes del Reino.

Las fuentes árabes nos hablan de la primera incursión del invasor y conquistador Muza contra los vascones: *tribu desnuda como las bestias*; en una ocasión se los describe *como si fueran bestias de carga y pueblo semejante a los brutos*. Lo cierto es que sin resistencia alguna Pamplona capituló en fecha anterior al año 718 ante los invasores, igual que las vecinas ciudades hispano-godas. La capitulación habría sido firmada por el conde de la ciudad, perteneciente a la aristocracia local, y probablemente emparentado con el linaje de los Banu Qasi.

En un curso de verano acerca de los orígenes de los Reinos de Hispania nos ha servido como guía en la mesa redonda sobre el Reino de Pamplona el último trabajo, claro y pormenorizado, del historiador Armando Besga Marroquín, catedrático de Deusto, especialista también en los orígenes del reino astur, quien tiene muy en cuenta los estudios suficientemente conocidos de Lacarra, Martín Duque, Larrea, Larrañaga, Sánchez Albornoz, Fortún, Ramírez Vaquero, Goñi, Ubieto, Ilarri, Cañada, o Díaz y Díaz...

Besga aporta como prueba del carácter hispanogodo de Pamplona el primero y único testimonio literario elaborado en la ciudad navarra, editado por José María Lacarra. Aparece en el *Códice de Roda* o *Rotense* sin interrupción alguna tras una carta del emperador Honorio a su milicia de Pamplona, el año 408, y todo bajo el epígrafe *De laude Pampilone epistula*.

Eco probable de las isidorianas *Laudes Hispaniae*, prólogo de la *Historia Gothorum*, reproducidas en el código, toda la composición de no más de treinta líneas, redactada en latín, gira en torno a la situación defensiva de Pamplona, lugar siempre victorioso y dechado de virtudes, a la que se compara con Roma por la fuerza

que comunica a los suyos; describe y pondera sus murallas, sus ángulos, sus puertas; exalta las reliquias de los mártires, cuyas oraciones la preservan *inter inimicas et barbaras gentes*; canta las flores de los árboles del río que riega las tierras con sus cauces, así como los montes de sus alrededores, y hace votos para que se oponga a los herejes y resista a los baceos (*contraria resistat baceis*).

Tanto Lacarra como Besga y otros autores coinciden en fechar la composición en época visigoda y no carolingia, y en identificar los “bacei” con los vascones, con “los montañeses vascones” que cercaban con frecuencia la ciudad de Pompaelo.

Esta breve composición literaria nos habla claramente del carácter hispanogodo de la Pamplona anterior al Reino de su nombre, pero tenemos testimonios de mayor envergadura literaria y social.

Comencemos por los nombres, nombres germánicos que indicaban casi siempre el origen godo, directo o indirecto, del que los llevaba. Los dos primeros obispos de la sede pamplonesa conocidos desde la invasión musulmana, y contemporáneos de Íñigo Arista, son germánicos: Opilano y Wiliesindo. A éstos dos podemos añadir el de Atilano, obispo pamplonés en tiempos del Reino Visigodo, y en el siglo X los de Galindo y Sisebuto.

De los cinco nombres de abades conocidos gracias al testimonio de San Eulogio de Córdoba, que visitó a mediados del siglo IX nuestros monasterios orientales o cercanos a nuestra diócesis, dos son germánicos también: Odoario, de Siresa (¿San Zacarías?), y Dadilano, de Urdaspal. Galindo es nombre corriente e ilustre en el ámbito navarro aragonés durante el siglo X: es, por ejemplo, el nombre del segundo hijo de Íñigo Arista. El nombre femenino Toda es todavía más común: lo llevan, por ejemplo, la madre y la esposa de Sancho Garcés I, probablemente el primer caudillo navarro con título de rey.

Más significativo que el de los antropónimos es el caso de los gentilicios, especialmente el etnónimo (nombre de raza o pueblo) de los vascones. Porque el Reino de Pamplona nunca se llamó Reino de los Vascones. Cosa extraña si se compara con otros reinos hispanos, y más en una monarquía como la nuestra que había nacido en territorio vascón, reducido al comienzo a unas tierras donde predominaban, según todas las fuentes, los vascones.

Lo cierto es que para los analistas franco-carolingios que escriben en torno al año 800, las gentes del futuro reino pamplonés habitan en *Hispania* y son *hispani* (hispanos) y sólo por excepción *hispani wascones*, por semejanza con los habitantes del otro lado de los Pirineos. Con todo pronto comienza a predominar como nombre propio de tales habitantes el de *nabarrus* o *navarrus*, acompañado con frecuencia por el de *pampilonensis*. La Pamplona, desmantelada por el ejército de Carlomagno el año 778 es para los *Annales regni Francorum*, un *navarrorum oppidum*: la ciudad-fortaleza de los navarros.

La monarquía instaurada, como hemos visto, a comienzos del siglo X se denomina *Regnum Pampilonae*, y sus reyes *reges pampilonenses*. Así fueron también llamados también desde el ámbito castellano-leonés, hasta que en el año 1162 se consignó para nuestros monarcas el título de *rex Navarrae*.

Un pacto con los invasores instauró un régimen de dependencia tributaria, que respetaba el gobierno local hispano-godo. Se conservaron las tradiciones sociales y jurídicas anteriores basadas en la cosmovisión romano-cristiana.

Pamplona (*Bambaluna*) es entonces el centro de un territorio o país al que da nombre (*arva pampilonensis*), situada según los textos árabes, *en medio de altas montañas y valles profundos*; sus habitantes son pobres y se entregan al bandolerismo; la mayoría habla vascuence (*al-Bashkiya*), *lo que les hace incomprensibles*.



Tras haber vivido durante varios siglos experiencias tan dispares y decisivas como la romanización, la cristianización, la conquista goda y la musulmana, sólo cuando aquella sociedad pamplonesa encontró un hueco propio, un espacio político más o menos autónomo, pudo haber hombres que tuvieran tiempo y sosiego, y sobre todo posibilidades de pensar sobre sí mismos. Esta vez no se recurrió al mito ancestral, ni a sus epígonos la epopeya y la leyenda, salvo en algunos y accesorios pormenores.

El medievalista navarro Martín Duque ha identificado la primera imagen historiográfica propia, el primer autorretrato de la monarquía navarra en la obra de dos equipos de monjes y clérigos que, probablemente por encargo del rey Sancho Garcés II Abarca, *compendian ordenadamente todos los subsidios textuales necesarios para situar en la memoria propia los contornos universales, geohistóricos y locales de la reciente y modesta comunidad privativa y su proyecto político.*

El año 976, en pleno auge del califato de Córdoba, Vigila, probablemente hijo de un cortesano pamplonés, canonista, versificador y calígrafo, monje de Albelda -monasterio fundado por Sancho Garcés I el año 924-, de donde será pocos años después abad; su colega Sarracino, calígrafo como él, y su discípulo García, también futuro abad, terminaban de redactar el *Códice Vigilano* o *Albeldense*, de 429 folios. Toda una recopilación de textos jurídico-político-simbólicos, que sitúan al reciente reino navarro en el ámbito reconocido y acatado de toda una ideología y sobre todo de una tradición heredada y hecha propia. En el Códice se recoge la *Colección Canónica Hispana* y el *Liber Judiciorum*, es decir, las normas y pautas de convivencia religiosa y civil de la sociedad hispano-goda, más la *Crónica Albeldense*, epítome de historia romana y visigoda, seguida de una crónica del Reino de Asturias, preparado todo ello casi un siglo antes en los círculos del poder

ovetense, a lo que ahora se añade aquí naturalmente un apéndice sobre los tres primeros reyes navarros.

Con este instrumento literario e ideológico-simbólico el rey navarro y sus colaboradores no sólo asumen como propio el pasado romano y visigodo, sino incluso la historia del vecino Reino de Asturias, eslabón necesario para vincular a los reyes navarros con los reyes godos y sus respectivos proyectos a la vez. Sin duda que algo de todo ello se debió a la influencia del antiguo prior del monasterio, Velasco, obispo de Pamplona durante los años 970-72

Tan necesario les pareció a los dirigentes navarros de entonces subrayar tales signos de identidad, que dieciséis años más tarde de



**Ciudadela (Pamplona)**

la edición de Albelda, otro obispo de Pamplona, Sisebuto (988 - c. 1000), el notario del mismo nombre y el escriba Belasco daban remate en el próximo monasterio de San Millán, del que el prelado pamplonés había sido abad, al *Códice Emilianense*, que era casi una copia del anterior.

En el folio 428 del *Códice Vigilano*, tras la copia del *Fuero Juzgo*, aparece la célebre miniatura que retrata y celebra la monarquía navarra en el marco jurídico-político de la visigoda. En el registro superior de la pintura aparecen los reyes godos Chindasvinto, Recesvinto y Egica, considerados como los autores de las leyes del código visigótico. En el centro, el rey de Pamplona, Sancho Garcés II Abarca, con cetro; su hermano Ramiro, *rey* de Viguera, con



lanza y espada (el *armiger*), ambos nimbados, y su esposa la reina Urraca Fernández. Abajo, los tres autores, tonsurados. El Códice *Emilianense*, con algunos cambios, repetirá el modelo.

Son los primeros retratos reales en la miniatura hispánica alto-medieval y algunos de los primeros en Europa. Sancho Garcés II aparece como el *rey justo*, justiciero ejemplar de la justicia que trata el contiguo *Fuero Juzgo*, bajo la protección e inspiración de los arquetípicos reyes godos, creadores de aquél. Versión pamplonesa del *neogoticismo ovetense* y signo de la fraternidad entre los reyes cristianos de Hispania.

El segundo instrumento empleado al servicio de la identidad y la identificación del Reino de Pamplona es el más célebre aún *Códice de Roda*, compuesto en Nájera hacia el año 990 probablemente por el mismo obispo Sisebuto y sus colaboradores. Se recogen en él la historia mundial del hispano-romano Paulo Orosio, la historia de los godos de San Isidoro, dos crónicas ovetenses, la ya glosada *laus* de Pamplona, unas notas históricas de los reyes y obispos pamploneses, y sobre todo las traídas y llevadas *Genealogías de Roda*, todo un entramado de progenies y enlaces familiares de la monarquía pamplonesa con los reyes de León, los condes de Aragón, Castilla, Vizcaya, Bigorra, Pallars, Ribagorza, Gascuña, Tolosa... y con la nobleza local. Claro intento de reafirmar y consolidar la joven realeza de los Sanchos no sólo con el apoyo divino y el brillo de las armas, sino también con el esplendor de prosapias y linajes

Hasta el siglo XII nada esencial distinguía a Navarra de otros reinos y condados de la España cristiana, escribe Juan José Larrea, buen conocedor de la Navarra medieval. Resultado de una síntesis de elementos hispano-godos, vascones y musulmanes, negar una radical hispanidad del Reino de Pamplona es negar sencillamente su existencia.

---

---

# EL EURO EN PERALTA

Volví a Peralta, a su renovada Casa Consistorial, a la Casa de Cultura, y al hotel Atalaya. Volví para hablar de Europa, como en la última ocasión. Esta vez éramos varios los oradores invitados generosamente por el Ayuntamiento, y era mucha la gente –siempre poca si comparamos con eventos más mundanos–, interesada en una cuestión tan práctica como la llegada del euro, y propuesta con sonado éxito por los profesores y los escolares del Colegio Público.

En la céntrica y municipal Plaza de los Fueros había unas cuantas casetas donde se exponían paneles, gráficos, mapas, estadísticas, libros, folletos, modelos de billetes y monedas, etc.; todo en torno al dichoso (de dicha y de dicho) euro, tercer rey de oro, junto con el dólar y el yen, de la baraja económica mundial.

Un éxito, lo repito, de imaginación, de previsión, de pedagogía, de organización y de buen sentido, en la rica e industriosa Peralta



de nuestros amores.

El Tratado de Maastricht, firmado por doce Estados europeos el 7 de febrero de 1992, añadía al *mercado común*, objetivo principal del Tratado de Roma, de 1957, *una unión económica y monetaria*, como medio de alcanzar los fines que se habían propuesto los fundadores de la Comunidad Europea.

Pasaron siete años. Siendo como es la moneda el símbolo por excelencia de la soberanía, cuando, el 1 de enero de 1999, once de los ya quince Estado de la Unión adoptaron una moneda común, en nombre de 290 millones de europeos (con una producción conjunta equivalente al 20% de la mundial), sabían bien lo que se hacían. Querían también caminar juntos hacia un futuro político común.

Los principales enemigos del euro han sido algunos economistas, académicos y cierta prensa norteamericana y británica, por ejemplo, el *Financial Times*, hasta mediados de 1998, generalmente por motivos nacionalistas más que económicos y generales.

Los riesgos asociados a la teoría de las áreas monetarias óptimas son los más aireados en la literatura académica y popular hostil al euro. Sin un porcentaje elevado de movilidad del trabajo y del capital, dicen, y sin un potente sistema de redistribución de la renta por medio del sistema impositivo y del gasto público, cualquier choque asimétrico de carácter económico que afecte a una parte de la zona monetaria común es más difícil de corregir y puede tener costes mucho mayores sin una moneda propia.

Pero las posibilidades de tales choques son escasas, y acabamos de resistir muy bien en la Europa comunitaria la inestabilidad de las crisis de Asia, incluido Japón, de Rusia y de Brasil, aun sin haber culminado el proceso de la nueva moneda.

La ventaja del ahorro de costes cambiarios, que supone eliminar diez monedas, es tan clara que no cabe decir más (en España, 700 millardos de pesetas). Pero mucho más ventajoso es el reforzamiento y la mejora del mercado único europeo, objetivo prioritario de la Comunidad desde 1957.

Con el euro todos los Países somos grandes Países. Lo que hemos *perdido* de soberanía -cosa en la que reparan tanto los independentistas- lo hemos recuperado con nuestra actual independencia frente a devaluaciones y revaluaciones de otras monedas más fuertes, que nos desajustaban de continuo.

No es tampoco moco de pavo la muy beneficiosa creación de un mercado financiero integrado en Europa, gracias al euro, y si de España hablamos, ahí está una inflación, una deuda y un déficit reducidos; unos bajos tipos de interés, y una mucho mayor seguridad de las inversiones. España, uno de los once Estados euróforos, ha alcanzado cotas políticas y económicas inimaginables hace unos años tan sólo. El euro no ha sido todo, pero es todo un símbolo eficaz.

La otra cara de la moneda, en este caso del euro y de la política económica comunitaria, son los millones de europeos comunita-



**Peralta**

rios que no tienen euros, o que tienen pocos euros, con todas sus consecuencias. Veinticinco millones de ciudadanos de la Unión Europea, un 7% de su población, viven en estado de *pertinaz pobreza*: casa modesta con bajos ingresos, al menos durante tres años. Si eliminamos la variable de la duración, los millones llegan a 61. No todo es cosa de mieles en la Unión.

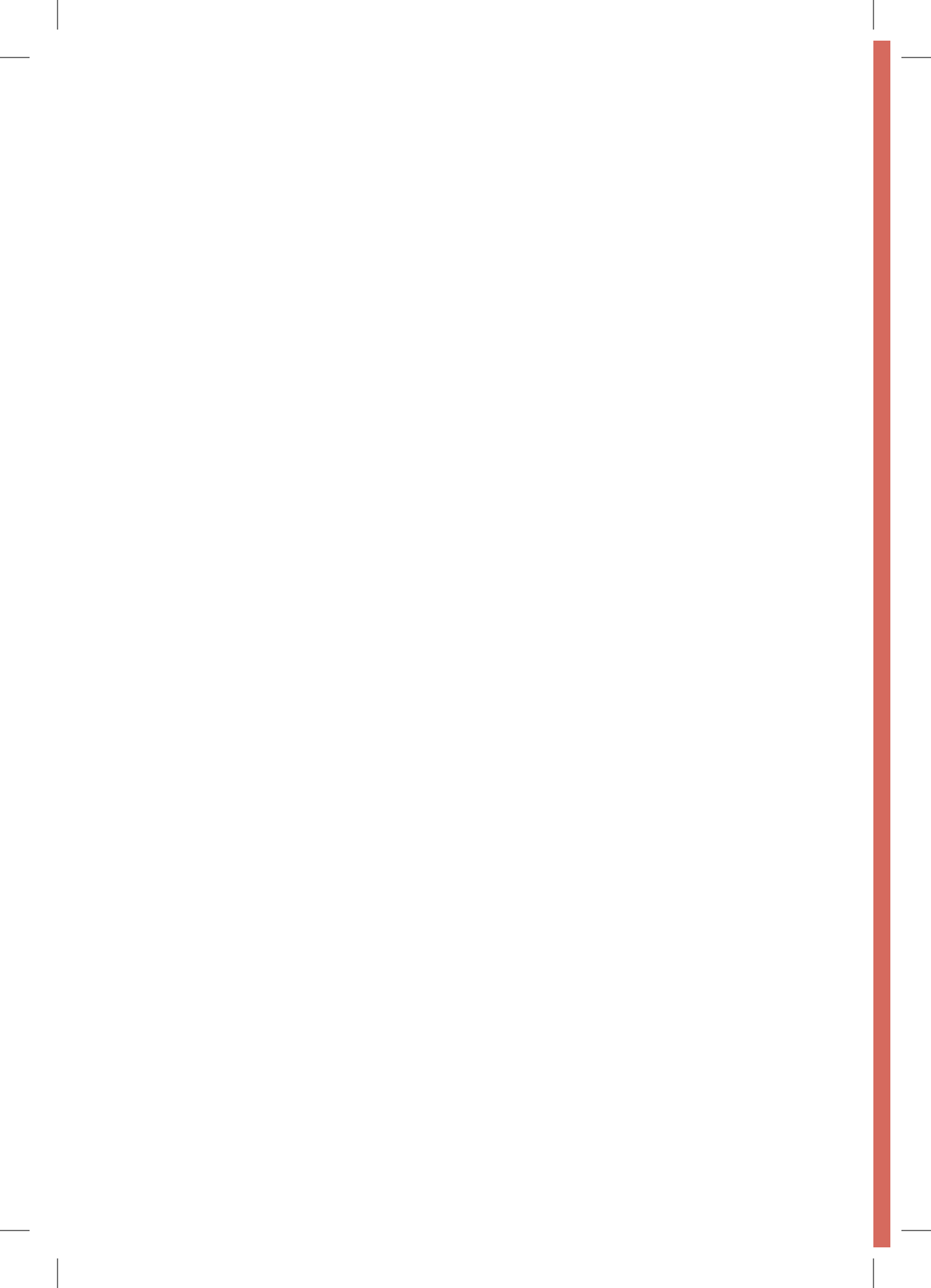
Si el porcentaje en Holanda o Dinamarca no pasa del 3%, en España llega al 8%, un punto superior a la media, y en Portugal alcanza el 12%. Incluso en un país rico como Alemania, pero muy desigual tras la reunificación, tres millones de personas dependen de la ayuda social para vivir, y 13 millones ganan menos del 60% de la renta media, mientras crece el número de los multimillonarios que, en número de 13.000, componen un 12% más que en 1978. En Gran Bretaña son cinco millones los británicos que viven en el llamado *umbral de la pobreza*, con ingresos inferiores a lo que necesitan cada semana para hacer frente a las necesidades vitales.

La causa más común de la pobreza en la Unión es el desempleo. Y entre sus víctimas los niños parecen las más conmovedoras; sólo en Alemania un millón de ellos dependen de la ayuda pública para la supervivencia. Los inmigrantes, sobre todo ilegales, aumentan notablemente la masa de pobreza. Así como también muchos discapacitados físicos y mentales sin familias que los ayuden. Los ancianos y muy ancianos, sobre todo mujeres viudas, con pensiones mínimas, forman el sector más numeroso de los pobres europeos. Hogares regidos por madres solteras son otro de los reductos crueles de esa indigencia, y de ellos proceden la mayoría de los niños pobres.

A la hora de la entrada triunfal del euro en la Unión Europea, generalmente rica, libre y satisfecha, los muchos millones de pobres europeos quizá lo mirarán con esperanza en el futuro, pero seguro que no con regocijo en el presente.







R



---

---

# RADA, MURILLO EL CUENDE Y EL EMBALSE DEL FERIAL

Más que soplar, nos acomete un ventarrón furioso en el cerro del desolado de Rada, a donde volvemos, a punto de que la señora que cuida el recinto y el mozo que la acompaña echen la llave. Así que en los pocos minutos que nos quedan, vamos de un lado a otro, sobrevolando las excavaciones ya conocidas, que nos parecen hoy más limpias y hasta más hondas. En una ocasión anterior, el viajero narró minuciosamente la visita, con la guía de una arqueóloga amiga, a este típico lugar medieval.

En el interior de la iglesia de san Nicolás han puesto unas figuras decorativas de ambiente medieval, que parecen humanizar un poco el frío espacio.

En este primer mayo, todos los campos aladaños están verde-primaverales como nunca y nos sorprenden algunas piezas cercanas anegadas por el agua de los nuevos arrozales.

Llegamos al poblado de Rada, creado en 1972 en término del entonces concejo de Traibuenas, ambos pertenecientes al ayuntamiento de Murillo el Cuende, donde la Diputación Foral de Navarra tenía la llamada Finca de Rada, de 52 Has de pino carrasco o alepo, gracias al Instituto Nacional de Repoblación.

Tras la construcción de la Acequia de Navarra, derivada de la Acequia de la Pardina, primera (A-1) de las cuatro grandes acequias que parten del Canal de las Bardenas en su primer tramo, pudieron ponerse en policultivo de regadío intensivo las 30.000 robadas (2.069 Has), expropiadas al duque de Miranda, que se quedó con las mejores 14.000 restantes.

El sector XII de la Acequia afecta conjuntamente a los términos de Mérida y Rada, donde ya en 1984 había transformado 1.266 hectáreas en tierras regables, suministraba agua a 195 hectáreas de regadío ya existentes y dominaba sobre 388 de secano. El sector XIII afecta únicamente a Rada: en esa misma fecha regaba 1.101 hectáreas, de las que 1.080 eran nuevos regadíos y dominaba 633 todavía de secano. No es de extrañar que los 10 habitantes del viejo Rada en 1958 llegaran a los 523 de hoy. La próxima llegada del Canal de Navarra cambiará no poco el mapa de los regadíos.

Damos una vuelta por los exteriores del pueblo, que el viajero no había pisado desde que vivió aquí la Romería del Rocío de Navarra, de la que dejó constancia escrita.

Enfilamos luego hacia la famosa laguna de Rada, y revivo en mi memoria las principales escenas de aquella regocijada Romería. Me parece que los arrozales son muchos más que entonces. A ratos todo lo que vemos a derecha e izquierda, especialmente hacia el norte, son luminosas láminas de agua. Nos parece un paisaje único en Navarra. Vamos escoltados por altos pinos carrascos o alepos, algunos cipreses y algún que otro cedro, con un sotobosque de coscojas, lentiscos, carrasquillas, tomillos, espliegos y las cien flores de mayo.

Desde donde mejor se contempla la laguna es desde el altozano del aparcamiento, circundado de pinos, con una bella visión también sobre el pueblo y todo el horizonte próximo. La presa fue construida en la década de los sesenta por el Instituto para la



**Iglesia San de Saturnino (Rada)**

Reforma y Desarrollo Agrario (IRYDA), hasta que fue transferida al Gobierno de Navarra en 1987. La zona húmeda ocupa una superficie de 2'15 Ha y su capacidad es de 21.000 metros cúbicos, que proceden de escorrentía, aunque en ocasiones se llena con aguas de la Acequia de Navarra. El entorno menos inmediato de la balsa está dominado por el pinar y una mancha verde clara de chopos al sur, y el más cercano por un denso carrizal, rodeado de alguna pequeña pradera y reducidos juncales. No vemos hoy ni al zampullín chico, ni al ánade real ni al porrón común, que alguna vez se han citado aquí, y ni siquiera al aguilucho lagunero, que suele sobrevolar la laguna en busca de tencas.

Desde allí se ve bien la maqueta real de Rada y los pinares que la verdean. Un poco más arriba, el altozano que sostiene el poblado medieval. Más al norte, los cerrillos de Altarasa, en cuyas faldas se esconde el reducido recinto de Murillo El Cuende. Hacia el este, el altirón de Santacara y su resto castillar. El espolón de Vigas, sobre Murillo el Fruto, donde se detiene la vertical sierra de Ujué. Y más lejos, la serpenteante sierra de Izco.

Por una pista, que se abre entre campos anegados, casi siempre rectangulares, que brillan al penúltimo sol de la tarde, y entre algunos trigales ya granados, salimos hasta llegar a poco metros de las primeras casas de Caparroso, junto a unos espesos pinares que bordean el carretil entre la villa ribera y su vecino concejo de Rada.

A los veinte días, tras algunas lluvias oportunas y calorazos impropios de mayo, atravesamos Caparroso por el puente viejo sobre el río Aragón, que baja crecido, y nos metemos pronto por la pista que cruza el nuevo y amplio parque eólico de la villa, paralelo a la cañada real de Tauste a Urbasa-Andía, en el término de Cascajos. Un panel nos saluda y nos da la bienvenida al Parque Natural de las Bardenas Reales.



El embalse de El Ferial, sobre el cauce del arroyo de Aguas Saladas y una capacidad de embalse de 8'130 Hm<sup>2</sup>, es la atracción de este paraje, llamado Los Portillos. Es nuestro mar de las Bardenas. Desde que lo visitó el viajero, en un día inolvidable, han crecido mucho los chopos, los álamos, las acacias, los abetos, los pinos..., junto al restaurante, y forman un delicioso jardín exterior, que rodea a la par el flanco occidental del embalse. Varios corrillos de gente disfruta la sobremesa a la sombra de las arcadas, mientras unos pocos padres con niños recorren, como nosotros, los 425 metros del paseo de cota. En el extremo oriental están las compuertas para el desagüe sobre el arroyo original, que en tiempos de agua sobrante la lleva entre tamarices y carrizos hasta el Aragón, en el término de Soto Grande, de Villafranca.

El embalse aprovecha los excedentes de agua de invierno de la Acequia de Navarra, que aquí termina, y, además de dar agua potable a los pueblos cercanos de Arguedas y Valtierra, ha puesto en riego 1.522 hectáreas de terreno seco, como hemos visto, muy parcialmente, al venir.

El arroyo de Aguas Saladas llega del próximo Plano bardenero, que por el norte termina en el Saso, de Carcastillo, y en el Pinar de santa Águeda, de Mélida, y por el sur linda con el Vedado de Eguaras y Cornialto, lugares de andada, que el viajero conoció cuando todavía era joven.

Desde El Ferial salimos por la pista más próxima hacia Rada, atravesando una espesa e intrincada red de canales y canaletas que llevan el agua de la Acequia de Navarra, por un lado, y del río Aragón por otro, por todas las tierras aledañas desde Carcastillo y Murillo el Fruto hasta Caparrosos, y desde Traibuenas, Santacara y Mélida hasta Rada. Pasamos junto a unos corrales abandonados y otros en acción. Entre pinares, carrascos y campos de arroz, ver-

decidos ya por las plantas que crecen dentro del agua o sacan sus leves y múltiples tallos al sol.

Dejamos esta vez la laguna a nuestra derecha y nos plantamos en Rada. Junto a la finca taurina del Cortijo van subiendo al autobús los que acaban de participar en el festejo. Damos un paseo a pie por las calles cuadrículares, con viviendas muy sencillas de uno o dos niveles, con algunas plantas de adelfas y rosales de adorno. De vez en cuando, alguna casa reciente, más nueva y costosa, y hasta extravagante, dentro del conjunto primitivo de la colonización.

Las calles llevan nombres elementales: El Pinar, El Chopo, Clavel, Atalaya, Ronda del Este, Avenida de Navarra, Merindad de Olite, Mérida... Otros son menos inmediatos: Juventud, La Esperanza, Concilio, Roncal, Montejurra, San Fermín, Avenida de Blanca de Navarra, Ronda del Requeté... A la puerta de un bar, se sientan dos hombres mayores. En el centro del poblado se levanta la torrecilla vertical de ladrillo y piedra de la iglesia, y en frente se recoge, bajo unos soportales la casa concejil, el centro cívico -con varios jóvenes sentados junto a unas mesas, afuera-, la farmacia, la caja rural... Al lado de la iglesia han hecho recientemente el consultorio médico, y no lejos, en la parte exterior, el frontón cerrado.

El pueblo, desde los primeros pobladores, ha cambiado mucho. Una señora mayor, que se zampa unos gajos de naranja a la puerta de su casa de dos plantas, nos dice que la mayoría vino de los pueblos vecinos, pero que también compraron después algunas casas unos guipuzcoanos, que vienen mucho. Que la cooperativa agrícola se cerró y que la llevaron a Caparros. Y que ahora algunos trabajan en la fábrica de elementos magnéticos dentro del pueblo, y otros fuera del pueblo. La suya no es de las familias que cultivan arroz, que debe de irles bien

- *Porque, si no, no lo cultivarían.*

- *Claro, claro.*

Sabiduría popular. Pasa un paisano de su pueblo natal, y saluda a la señora muy afectuosamente. Cerca de allí hay una hilada de casas nuevas de ladrillo rojo, de protección oficial, construídas hace poco.

Volviendo a Pamplona, entramos en Murillo el Cuende (*cuen-de*: conde, en el romance navarro), tras pasar un río Cidacos carrizoso y cansado, cerca ya de su desembocadura en el manso y acogedor Aragón de Caparrosa. La villa, apiñada bajo los cerrillos de Altarasa, es la capital del del Municipio de Murillo el Cuende, que incluye a los concejos de Murillo, Rada y Traibuenas. Se ha llamado igualmente Murillo del Conde, y popularmente se la conoce por Murillete, comparado con el castillo vecino de Murillo el Fruto.

La villa, de origen medieval, lleva el nombre de la pequeña fortaleza que fue (*murellus*, diminutivo del sustantivo *murus*). Pasó también, en aquellos tiempos, de mano en mano, eclesiástica o civil: el señor de Vizcaya don Lope Díaz o el monasterio de La Oliva. Su escudo trae de plata y un castillo de tres torres almenadas, con tres ramas de olivo sobre la central (recuerdo del monasterio cisterciense).

Fue notablemente víctima de las luchas entre agramonteses y beamonteses a finales del siglo XV, hasta quedar destruida y desangrada. Tanto, que fue preciso repoblarla de nuevo, en la falda de la cima donde antes estuvo, a comienzos del XV. De aquel tiempo proviene el cuerpo principal de la iglesia de Santa Fe, muy modificada en siglos posteriores, y varias casonas, una con escudo, del conjunto urbano, dividido en tres barrios y sus calles respectivas: Santa Fe, Santa Cruz y San Isidro.

Es una de las villas de la zona que mejor conserva su estructura fundacional, y su silueta guerrera, con calles estrechas que suben, bajan y se retuercen, bajo uno de los cerros protectores, que sostiene en la cima la capilla gótica del cementerio, o ermita de Santa Cruz, de la que resiste el tramo inmediato a la cabecera más el ábside semicircular con bóveda de horno y algunos de sus arcos interiores.

En la calle Santa Fe, número 5, está la casa consistorial del municipio de Murillo el Cuende, que luce las tres banderas, la navarra, la española y la europea. Asimismo unas letras en negrita grande anuncian el ayuntamiento en la guía telefónica. Un respeto a la capital.

De los casi 400 habitantes que tuvo la villa, se ha quedado en 45. A la salida vemos ya en terrenos inmediatos al caserío los aspersores del riego, a donde viene el agua desde la balsa de Pitillas, brazo lateral del nuevo Canal de Navarra. Esperemos que los nuevos regadíos se añadan a las terrazas fluviales que riega el Cidacos en su penúltimo tramo y anime a los viejos y nuevos agricultores. Los ejemplos, bien cercanos, de Caparroso y de Rada pueden servir de acicate.

Volvemos a pasar el Cidacos, ya casi invisible.

---

---

# POR EL ROMANZADO Y URRAÚL ALTO

Es una mañana soleada de marzo. Vamos por el nuevo tramo abierto de la autopista Pamplona-Jaca y en las pendientes del embalse de Yesa, ahora casi completo, se observan bien las obras recientes del recrecimiento, que llevan varios años de retraso sobre el proyecto inicial.

Entramos por la foz de Sigüés, por donde se abría paso el Esga hasta el Aragón, hoy expandido en embalse, y sin ver, otra vez, su bella iglesia románica, vamos hacia Castillonuevo, a cinco kilómetros de subida. Ahí lo tenemos, encaramado entre pinos de repoblación, como nido fronterizo bajo el Alto del Borreguil, en la Sierra de Illón, entre ruinas de vetustos corrales, que pueden

parecer de lejos muros residuales del castillo. No atinamos a ver la entrada y, tras el rodeo por el sur, ya no encontramos otro acceso y dejamos para otra ocasión la visita a nuestro último poblado.

Durante un rato se nos ofrece el seco y austero valle, entre la Sierra de Illón y el espaldar de la de Leyre, con hayas cenizas en las pendientes, pinos albares en los bajos, y prietos, rojizos y amarillo-verdosos bojerales, que llenan de primavera tanta soledad.

Ahí está Bigüezal, extendido en un altillo del hondo valle, más blanco y aseado que cuando lo vi la última vez, todo encementado, hasta en la espadaña de la ermita románica que hace de iglesia cementerial. Están construyendo una casa y rehaciendo otras dos, pero a estas horas no se ve a nadie. De pronto pasa delante de la iglesia parroquial todo un señor, con bastón y gorra y muchos años bien llevados encima, que dice llamarse Tirso, sabe quién tiene la llave, y, muy locuaz, nos contesta a las muchas preguntas que le hacemos.

*-Mi mujer es mucho de esto [dice indicando la iglesia] y tenía tres hermanos agustinos, uno de ellos obispo.*

Misionaron por toda América Hispana y el obispo lo fue en una diócesis de la Amazonía brasileña. Los tres están enterrados en Valentuñana. Luego nos va señalando, casa por casa, los que quedan en el lugar, donde hay muchas personas solas y mayores.

Resulta que hasta hace poco venía los sábados a decir misa un *cura negro* y, cuando él no podía, venían otros negros.

*-Pero no sé qué pasó y ahora llamó a mi mujer otro, que me parece es del Opus Dei, y le ha dicho que vendrá cada quince días o cada mes, si puede. Ya ven.*

Y, mirando hacia la iglesia, salta nostálgico:

*- ¿Qué diría don Ramón, que estuvo aquí casi cincuenta años?*

Él no sabe lo que pasó con *el cura negro*, como él le llama, o sí lo sabe, no lo dice. El viajero se enteró, meses después, y sólo acerca de algunos lances de quien debió de ser un pícaro de cuidado. Llegado desde el Camerún a estudiar a Salamanca, fue acogido después por la diócesis de Pamplona, y estuvo unos años pastoreando por estos pueblos. Solía pedir dinero a menudo para una cosa y otra, y en la casa de Navascués, donde residía, solía dejar la luz y la calefacción encendidas durante los largos períodos que se pasaba en Pamplona, y unas cuentas astronómicas por llamadas de teléfono, hasta que un día los feligreses le dijeron *basta*.

Lo peor de todo fue el gastazo que se pegaron todos sus parroquianos al comprarle una planta potabilizadora para una región pobre del Camerún, incluidos los viajes en barco de dos montadores de la misma. Cuando llegaron al país africano, después de mil peripecias, vieron los dos técnicos que la planta iba destinada a una vivienda familiar del *cura negro*. Y la planta se quedó sin



**Horreo de Epároz (Urraúl Alto)**

montar.

Otra hazaña posterior acabó con el pícaro. Un buen día apareció el camerunés por Uscarrés, una de sus parroquias, con una vistosa moza negra, que fue la comidilla de toda la comarca. Era sólo el comienzo del lance. A los pocos días se enteraron de la boda civil de la moza con un solterón pasmaío de la comarca, amigo del cura. La juez de paz que había de officiar el servicio civil tuvo ese mismo día un accidente de tráfico y tuvo que suspenderse. Al día siguiente de tan extraña ceremonia, oficiada por un concejal del ayuntamiento, detuvo la guardia civil un coche de la negra recién casada, que acompañaba al *cura negro* camino de Francia. La denuncia llegó al obispo, y aquí se oscurecen mis noticias. Dicen unos que el obispo le pagó al pícaro el viaje de ida a Camerún, para no ver a uno de sus diocesanos en la cárcel, y dicen otros que el *cura negro* dejó de ser cura pero no negro, claro, y se quedó trabajando por aquí, donde alguno de sus antiguos feligreses ha debido de verle una vez.]

Hablamos de don Ramón, a quien conocimos los dos viajeros. Y, cómo no, de don Amadeo Marco, que da nombre a la acogedora plaza del pueblo. Y de los pocos que se juntan en el Toki Ederra, que es el centro cívico, que domina la plaza. Hablamos de muchas cosas, y los tres sentimos, a nuestra manera, la inevitable nostalgia de una vida y de un mundo, que fue también el nuestro, que está yéndose a chorros.

Miramos hacia San Quirico y hacia el Puerto de Ollate:

- *Allí está el dolmen.*

En el Arangoiti hay todavía unas leves franjas de nieve. Y es cosa de ver la depresión que drena el Salazar enrocado en la foz de Arbayún. Pasamos por vez primera por el recién estrenado puerto de Iso, que deja ver el deslucido estandarte de las últimas casas en



pie, y, pasado Domeño, la capital del Romanzado, tomamos el carretil que nos lleva hasta Arboniés y hasta Murillo, pero cuando pensamos llegar a Nardués, llegamos al caserío de Arielz, alborotado de perros. Volvemos y, sin querer, entramos en Berroya, entre pinos y bojales, con una preciosa iglesia románica y una casona señorial, donde una señora se asoma cerca de un cerezo recién florecido. El templo ha sido restaurado e inaugurado por el obispo, pero no se abre salvo contadas excepciones, y de lo demás no hay que hablar.

*- No les aconsejo que vayan directamente a Nardués, que ha llovido mucho y el carretil no está bien. Vuelvan a Lumbier.*

Y a Lumbier que volvemos para tomar, pasado Rípodas y su robledal, la carretera que nos enfila, cortando cultivos de secano, hacia Elcoaz. Sansoain, Ozcoidi, Imirizaldu, e Irurozqui, con el recuerdo de la fiesta en homenaje al poeta Zuza, hijo del pueblo. Por fin, Epároz y Santa Fe.

Para no ir andando hasta la entrada oficial del pueblo, subimos por un viejo camino destruido que rodea una pequeña pieza de cereal. El atrio de la iglesia románica está lleno de plantas y flores, como entonces, y el pueblo más solo que entonces. No se ve a nadie. No se oye a nadie.

En Santa Fe, después de subir el recuesto de tierra blanquecina y polvorienta, nos encontramos con Marcos y Uxúe, además de con la vieja colegiata y su hórreo del siglo XII. El viajero ya habló del conjunto hace muchos años y no repetirá lo poco que se sabe de él. Comemos solos en un amplio y luminoso comedor, como no comieron los canónigos de San Agustín, los caballeros hospitalarios de San Juan o quien estuviera tras estos recios y fríos muros. Comienzo y termino así una letrilla que estampo en el libro de visitas:

*En Santa Fe  
ví, comí, recé,  
recordé...*

*(...)*

*Doy fe.*

*En Santa Fé.*

Seguimos por el valle del Areta y subimos los dos balcones naturales de Elcoaz y Ayechu, desde donde vemos pasar las aguas rumorosas del río y su principal afluente, mientras se dan los ojos contra las peñas, los hayedos y los pinares del circo subpirenaico. En Elcoaz vemos a un niño jugando con un balón en la terraza de una casa, una de las tres o cuatro que parecen abiertas, al menos los fines de semana. Está muy descolorido el pequeño frontón y mal cuidado el atrio de la iglesia cerrada y lleno de boñigas. En



**Ermita de Santa Fé (Urraúl Alto)**

Ayechu, en cambio, pueblo en pendiente desde la iglesia y el frontón hasta la última casa, todo es renovación (en piedra) y buen gusto, bajo las ramas de una docena de nogales, ahora todavía desnudos, pronto sombreantes.

Y aún nos queda el último sol para llegarnos, por el vallecico pinoso del Guindano, que de pueblo se quedó en río, hasta el encantador pueblecito de Adoain, que visité por última vez en la fiesta del centenario de su hijo venerable, y que hoy encuentro, como los demás que acabamos de visitar, solo, silencioso, envuelto en la primera despedida de la tarde, cuando caen las primeras sombras del Olagato. Los dos riachuelos que lo alegran hablan por todos. Al final del barrio de abajo, junto a una casita de madera, vemos un paisano que trabaja la huerta, que luce, entre otras joyas, unos hermosos puerros.

*-Hola, buenas tardes.*

*-Buenas, pero frescas.*

*-Estamos en marzo.*

*-Eso es.*

Ahora, sí, vamos hasta Lumbier. Algunos almendros con la flor cerrándose. Algunos cerezos abiertos. Y los nuevos tramos de la autopista en la Navarra mejorada y mejorante, tras visitar la Navarra apartada y sola.



---

---

# EL CANTO DE ALTABISCAR

Después de recitarnos los textos históricos más significativos sobre la rota de Roncesvalles, tuvo aún tiempo Javier Navarro, canónigo de Roncesvalles, mientras bajábamos desde Lepoeder por la antigua calzada romana y camino de Santiago, para entonar otro canto épico, que no tenía nada que ver ni con la *Chanson de Roland* ni con el romancero español.

No era tampoco, como alguien pudiera imaginar, *El Roncesvalles navarro*, aquel cantar de cien versos, compuesto en romance navarro durante el siglo XIII y encontrado en Pamplona, en el que vemos a Carlomán, esmorecido, lamentarse ante los cadáveres de tres de sus pares:

Vido a don Roldán acostado a un pilare,  
como se acostó a la hora de finire....

No. Nuestro juglar andariego comenzó a decir los primeros versos con mucho pecho, sorprendiendo una vez más al sosegado Antonio y hasta a los sudorosos peregrinos franceses que acababan de pasar:

Oiu bat aditua izan da  
Euskaldunen mendien artetic...

(En medio de los montes Euskaldunacs / se eleva un grito, nuncio de borrascas...)

La versión castellana que cito es la del poeta navarro Hermilio Olóriz –que así firmaba por entonces-, en el primer número de la *Revista Euskara* (1878), la revista de la Asociación Euskara de Navarra, de la que era secretario. Olóriz, entonces un joven poeta romántico y patriota, hace una versión literaria del Cantar, en romance real irregular, después de haber conocido las versiones de Pablo Ilarregui y de Obdulio de Perea.

Olóriz llama al *Altabiskarco Cantua*, que él traduce por “Canto de Altobiscar o Aztobiscar” (sólo este segundo nombre es correcto, como sabe el lector) *grito de independencia en el que se siente palpar el noble e indomable espíritu de la raza euskara, ese himno sagrado de nuestras montañas, sencillo y grandioso como las más sublimes concepciones homéricas...* Ni que decir tiene que el poeta pamplonés cree ciegamente -en contra lo que puedan decir críticos como Jean François Bladé, quien en 1869 denunció la impostura- en la originalidad del poema al que sitúa nada menos que en el siglo VIII, citando en su favor a Mr. De Monglare (¿Monglave?), J. Agustín Chao, Modesto Lafuente, Gómez Avellaneda y Julio Nombela.

No se queda ahí el ingenuo de Olóriz sino que, con argumentos peregrinos, que hoy nos hacen sonreír, asevera que el supuesto poema euskaro, escrito *en una lengua filosófica, en una lengua cuya cuantidad poética es infinita*, es un romance octosílabo, y que es nada menos que *el origen del romance castellano*.

Nuestro bardo andarín de Roncesvalles comienza a recitar el *Cantar* nada más comenzar a descender desde Haritzmakur. El fiero dueño del caserío ha oído un grito en su puerta, que ha despertado hasta a su perro. Algo más que un grito, un clamor se oye luego en el collado de Ibañeta. Pasan miles de soldados, *esos hombres del Norte*, que han venido a turbar con un zarzal de lanzas el reposo de las montañas que Dios alzó para que los hombres no las atravesasen. Ya las rocas que arrancan los vascones comienzan a caer sobre la tropa enemiga. Oh, cuántos huesos quebrados, qué mar de sangre:

Escapa! Escapa! indar eta zaldi dituzuenac.

Escapa hadi, Karlomanoerregue, hire luma beltzekin eta hire capa

*Gorriarekin...*

Hire iloba maitea, Errolan zangarra, hantchec ila dago.

(... Los de Francia/ que aún tenéis un corcel y aún tenéis fuerzas / huid, huid, de la feroz batalla. / Y tú, Rey Carlo-Magno, con el yelmo / de plumas negras y la roja capa / huye porque Roldán ya en tierra cae / como los robles al golpear el hacha).

Jon Juaristi afirma que la tradición oral vasca no conserva memoria alguna de la batalla de Roncesvalles. En Navarra no fue así. Baste recordar el mencionado cantar de gesta navarro sobre Roncesvalles, bien estudiado por el profesor González Ollé, quien recuerda otras pruebas de tradición oral: el capitel del palacio de

los reyes de Estella, con el combate de Roldán y Ferragut, y la *Nota emilianense*, escrita en un mal latín en el monasterio de San Millán, segunda mitad del siglo XI, y resumen rápido de la batalla en la versión francesa rolandiana.

Pues, si no había tradición vasca, había que inventarla. El año 1834 el socarrón estudiante bayonés en París, Francisque-Eugène Garay de Monglave, que desconocía el vascuence, compuso un poema sobre la “batalla” de Roncesvalles, para cantarlo con sus compañeros vasco-franceses de la Escuela Politécnica. Según Blade, se inspiró en los cantos osiánicos (del legendario bardo



**Monte Altobizkar (Roncesvalles)**



escocés Ossían, siglo III), traducidos y adaptados por el poeta también escocés James Mcpherson (1736-1796), y muy populares en toda Europa. Uno de los compañeros de Garay, Louis Duhalde d'Espelette, que tampoco dominaba la lengua de su niñez, tradujo de mala manera a su dialecto bajo-navarro el poema, con el título *Altabiskarco Cantua*, y así se publicó el mismo año en el *Journal de l'Institut Historique*, del que Garay era secretario

Como otros autores hacían por ese tiempo (Otaegui, Michel, Chao) para envejecer sus invento hasta los tiempos del señor de Oñaz, de Sancho Abarca, o del mismísimo Aníbal, Garay inventó la trapionda de haber visto una copia en pergamino del *Cantar* en casa del ministro revolucionario de justicia, sustituto de Danton, el vasco-francés Dominique Joseph Garat (1749-1833), después senador y conde del Imperio. Éste a su vez lo habría recibido del general Latour d'Auvergne, el célebre primer granadero de Francia, a quien lo habría entregado, el año 1794 en San Sebastián, el superior de un convento de Fuenterrabía.

Para cuando el clérigo anglicano y erudito vascófilo Wentworth Webster identificó definitivamente, en 1883 la patraña, muchos autores habían dado el texto por auténtico, y a los citados podríamos añadir Amador de los Ríos, Fauriel, Michel, y el mismo Manterola. El maestro Menéndez y Pelayo se asombraba de que *esta mediana fabricación osiánica* hubiera tenido un éxito *verdaderamente increíble y escandaloso*.

Navarro Villoslada, que declara no querer entrar a discutir la antigüedad del texto, y haciéndose perdonar el anacronismo, pone en boca de la loca Petronila, capítulo IV del segundo libro de *Amaya*, una traducción libre del *Cantua*, en forma de un ágil romance, que no debía de conocer Olóriz cuando escribió el suyo. Esta vez la lucha es entre godos y vascones. Con este escalofriante final:

*A cebarse en carne goda / vendrán de noche las águilas  
y blancos siempre los huesos / quedarán de la batalla.*

También Arturo Campión se inspira en el poema de Garay para su poemita en prosa, *Orreaga*, que incluye, entrecomillado, uno de los versos de aquél. Hasta Sabino Arana Goiri, en *Bizkaya por su independencia*, da una versión libre de dos fragmentos del *Canto de Altabiscar*.

Ya cerca del fin de nuestra caminata, Javier, que ya se sabía la historia del embuste literario, declama con voz velada el cuadro desolador tras la matanza de los francos:

Gabaz arranoac joain dira haraguiusca lehertu horien jatera

Eta hezur oriec oro churituco dira eternitatean

Y en la traducción romanceada de Olóriz:

... De la invasión armada

los huesos blanquearán eternamente

y allá en la noche las voraces águilas

vendrán al son de los profundos gritos

a comer de sus carnes machacadas!

S



---

---

# EN LA MAGDALENA DE SANGÜESA

Una masa arbórea oscura delimita la finca por el lado de la carretera que la bordea por el sur. Son mayormente cedros atlánticos, pinos, cipreses, olmos, y algunos álamos y acacias, que pueblan el terreno que precede a los edificios. Todos ellos tienen sólo treinta y cinco años de edad.

El lugar de Vadoluengo (vado ancho), cerca de la desembocadura en el Aragón del modesto y retorcido río aragonés Onsella, que drena el valle de su nombre, aparece ya el año 1035, en el reparto de tierra del rey de Pamplona, Sancho III el Mayor, a su hijo Ramiro. En 1122, Alfonso el Batallador, rey de Aragón y de Navarra, que había dado a la *Ciudad Vieja de Sangüesa* (hoy Ro-

caforte) el nuevo emplazamiento cerca del río y junto al palacio de su padre, Sancho Ramírez, donó a su pariente y hombre de confianza Fortunio Garceiz Caissal un solar para levantar en este paraje un palacio. Pronto se le añadió una capilla o iglesia dedicada a San Adrián.

San Adrián o san Adriano ese un nombre latino muy repetido en el calendario cristiano. Encontramos en él un san Adrián abad, y varios santos mártires, del mismo nombre, de muy distinta procedencia, cuyos martirios se celebran en muy diferentes fechas del año.

Aquí se firmó, enero de 1135, el llamado *pacto de San Adrián de Vadoluengo*: prohijamiento mutuo del rey de Pamplona y del de Aragón por causa de su sucesión. Tan singular acuerdo duró sólo hasta mayo del año siguiente, cuando Ramiro II de Aragón, llamado hasta entonces el Monje, casó con Inés de Poitou, abriendo la vía a la sucesión aragonesa.

Nos muestra Ángel, el dueño de la casa, las estancias de la misma. Es uno de los herederos de los Sola Galarza, y primo de José Vicente, un Galarza que me trae sobre ruedas a este histórico lugar. La casona horizontal, de dos plantas, es el único edificio que queda en pie del antiguo conjunto en torno a la iglesia. Basamento de sillarejo, puerta de medio punto, cuerpo superior de ladrillo con cuatro vanos y alero de dientes de sierra, un escudo sobre cuernos de la abundancia, lleva flores de lis, tres lobos, una cabeza de caballo, fajas y una ballesta. Para una casa de labor no está nada de mal. Cada rincón evoca alguna peripecia infantil, juvenil o maduril a los Sola y Galarza con los que estoy. Fue la vivienda de unos labradores fuertes, con muchos hijos y criados, que ocuparon todos los muchos cuartos -que estarían tan fríos como hoy- y todas las camas de cada uno de ellos. La salamandra, mucho más reciente, que vemos en el pasillo no debió de tener mucho éxito.

Desde las ventanas que dan al cierzo y desde la pequeña terraza se ve bien el cuerpo y la torre de la iglesia cercana. En una de las habitaciones hay una biblioteca donde se guardan algunos libros de don Miguel Sola, hijo de Francisco y tío carnal de mis dos amigos. Fue un cura santo, venerado por todos, a quien tuve como párroco en San Juan de Estella. Revuelvo un poco los estantes y me llevo, más como recuerdo que otra cosa, cuatro títulos.

La planta baja fue vaquería, cuadra, bodega..., y hoy está llena de curiosos *zarrios*, como los llama Ángel, que podrían llenar un museo de cultura rural y de industria agrícola. Todavía hoy hemos encontrado a dos miembros de la saga familiar trasegando el mosto de la única viña de uva garnacha que queda en la finca a dos cubos de acero. Queda intacto el patio interior con unos cipreses y un pozo con la vieja bomba para sacar agua. Nos ofrecen del vino trasegado

- *No, que está turbio* -dice José Vicente.

- *Un poco, a ver.*

Pruebo una pizca, fugaz paso de boca. Y lo encuentro turbio de gusto también.

A un tiro de piedra de la casa de labranza, y a la izquierda del templo, está el caserón de planta rectangular, de sillar y sillarejo, que debió de ser el hospital-ermita de La Magdalena -Ángel lo llama *lazareto* (hospital de San Lázaro para leprosos)-, hoy convertido en almacén de *zarrios*. La devoción a santa María Magdalena, confundida muy pronto en la cristiandad con *la pecadora* del Evangelio, fue muy grande en Sangüesa y su comarca, como podemos ver por la exquisita escultura-columna románica en la jamba izquierda de la portada de Santa María y la talla dentro del grupo renacentista de la Piedad, hoy conservado en la casa consistorial, procedente de la iglesia del Carmen.

Y en medio de los dos caserones está la perla del lugar, la iglesita de San Adrián de Vadoluengo. No es la primera vez que la contemplo. Me gusta ante todo su bella y proporcionada estampa románica, construida con buenos sillares y con una pequeña torre cuadrada, muy modificada, en el último tramo de la nave. Después, en el pórtico avanzado sobre la línea de la fachada, resalta la portada de medio punto: crismón pirenaico en el tímpano; tres arquivoltas y dos columnas, con leones enfrentados en uno de los capiteles, pencas y volutas en el otro; guardalluvias y cimacios jaquelados. Variados y finos canecillos cuelgan del alero liso de bisel recto: leones, aves, hojas, caulículos, entrelazos, baquetones, roleos, rollos, sirgas, un águila, un pez, un hombre con un barril ¿Y un mono, como algunos autores dicen, o una dama en postura indecorosa, tal en Cervatos, como quieren otros?

Recuerdo que una vez, estando aquí visitando la iglesia románica con don Miguel, en un hueco de la conversación nos dimos cuenta de que un perro de la finca estaba zampándose todo un conejo, que debió de cazar por aquí, junto a uno de los olmos.

Yárnoz nos explicó hace años los detalles de su minuciosa restauración (1975). Consideró a la torre como torre defensiva, no sólo como faro de caminantes, con una trampilla de acceso desde el interior a través de la bóveda, y tuvo por muy probable que fue desmochada, como otras en toda Navarra, *por las iras del duque de Alba*. Le pareció aventurado devolverle el carácter militar, ya que desconocía los datos seguros, y la dejó como estaba: teja de canal sobre armadura de madera. Y quedaron abiertas y limpias las cuatro ventanas geminadas de los cuatro lados, bajo arcos de medio punto, con guardalluvias jaquelado que se prolonga en una imposta que recorre todo el perímetro de la torre.

- *Qué regalo a todos los navarros y a todos los amantes del románico, señor Yárnoz.*



En esta iglesia o ermita, a la que se llega en procesión de rogativas desde Sangüesa, el día de San Marcos (25 de abril), celebramos uno de los funerales por don Miguel tras su muerte en Pamplona. Un Crucifijo barroco, procedente de la iglesia de Moriones, y un San Adrián moderno, del valenciano López Furió, presiden el actual presbiterio. En la pared septentrional de la nave hay una María Magdalena, muy restaurada, traída de la ermita de ese mismo despoblado, que lleva el nombre de la discípula de Jesús. Cualquiera diría que es una Virgen María, sosteniendo con sus brazos a un niño inexistente. Pero no afirmemos lo que no sabemos.

Eran tiempos de donaciones. Alfonso el Batallador donó en 1131a la Orden de San Juan de Jerusalén el palacio real de su padre, Sancho Ramírez, y la iglesia -entonces capilla del palacio- de Santa María Del Borgo Nuevo de Sangüesa. Los sanjuanistas se hicieron desde entonces cargo de la atención a los peregrinos a Santiago de Compostela. Dos años después, Caissal cedió a Santa



**Vista aérea de Sangüesa**

María de Nájera la iglesia de San Adrián, bien que conservando el usufructo, pero en el mismo acto de consagración de la misma en 1141 por el obispo de Pamplona, Sancho de Larrosa, fue donada a la entonces prestigiosa y esplendente abadía benedictina de Cluny.

Los cluniacenses, hermanos de los monjes de Leyre, abrieron seguramente en este complejo el hospital de peregrinos y el lazareto de la próxima ermita de Santa María Magdalena, de acuerdo con los sanjuanistas. De los monjes de Cluny pasó la posesión al mayorazgo del marqués de Góngora en el siglo XV. El año 1897 lo compró uno de sus sagaces colonos, quien lo vendió, sólo tres años después, a Francisco Sola, el abuelo de Ángel y tío abuelo de José Vicente.

En este mismo paraje de Vadoluengo ubican algunos historiadores uno de los frecuentes lances bélicos en la llamada por el P. Moret, con cierto exceso, la *guerra de Aragón*, en tiempos de Felipe el Hermoso, rey de Navarra y de Francia, y de su hijo Luis Hutín. Allí por el año 1312 (?), los navarros de Petilla de Aragón -no conocemos la concreta causa del conflicto-, viéndose cercados por los aragoneses de los alrededores, pidieron socorro a la ciudad de Sangüesa, a la que estaban adscritos. Los sangüesinos y los navarros de otras poblaciones próximas, tras recibir el refuerzo de la caballería real -el rey estaba, como de costumbre, en Francia-, rechazaron el sitio de los aragoneses y los persiguieron hasta cerca de Sos. Pero éstos, una vez rehechos, irrumpieron en territorio navarro saqueándolo y arrasándolo todo.

Diz que los navarros les tendieron una emboscada cuando sus enemigos volvían con el botín, cerca del vado de San Adrián (Vadoluengo), y los descalabraron. Moret da un número de cifras ridículas de vencedores y vencidos, por su desproporción. Entre los despojos de la batalla que se cobraron estaba un estandarte

real de Aragón. El rey autorizó a los de Sangüesa a incorporarlo heráldicamente a su escudo, y colocaron junto al castillo clásico las cuatro barras rojas.

Recorremos por fin la parte de la finca sobre la pendiente, desde la que vemos mejor las tierras originales de Vadoluengo, a los dos lados del río. Cerca está la viña que sobrevivió, con sus hojas ya descoloridas. La mayor parte del terreno es de cereal. Se vendieron algunos lotes. En una casa solitaria vive la familia de los primos que hemos encontrado en la casa. Cuatro perros aulladores guardan un gran almacén próximo.

Nos sugiere Ángel ir a comer a Sos del Rey Católico, y allá que nos vamos. Nos lleva por el bonito sendero contiguo al canal de las Bardenas, que trae aguas azules, entre la severa guardia de los oscuros cipreses que lo acompañan. Pasamos bajo un gran acueducto, que yo no había visto nunca, hasta dar con las ruinas de la vieja aldea de Añués, ya en tierra aragonesa y en término municipal de Sos, a escasos metros de la frontera navarra. Desde este altozano la vista es generosa y bella, y se divisa como paisaje lo que acabamos de ver de cerca: el sinuoso cauce del Onsella, el más directo del Aragón, la ciudad de Sangüesa, los pinos de La Magdalena, la ermita del Socorro... Debajo de nosotros hay dos nuevas balsas de agua para el ganado, hechas en forma triangular

Con el nombre de *Annissem*, pertenecía el lugar al monasterio de Leyre ya en el año 880. Parece que se trata de una de aquellas aldeas, que en el Valle de Onsella, se repoblaron y fortificaron en la segunda mitad del siglo XIII y comienzos del XIV. Pero ya en 1136, recién separados los reinos antes unidos, se mejoraron las defensas ante el temor de una invasión navarra. Lo que queda en pie es una torre defensiva o de vigilancia, de sillar y sillarejo, con almenas y saeteras. Mide 4 metros por cada lado y tiene una escalera de caracol en el interior.

Casi invisible por los matojos, está la puerta de medio punto que desde la torre daba acceso a la ermita o iglesia adjunta, de la que se mantienen a la intemperie tres paredes verticales. La cabecera, desaparecida, era semicilíndrica. La nave es de tres tramos y la bóveda debió de ser de cañón apuntado, reforzada por tres arcos fajones, a juzgar por el arranque de los mismos. Vigila una ventanita semicircular abocinada en el muro frontero occidental. La puerta de entrada pública al templo se abre en el extremo noroccidental. Adosada a la torre por el lado opuesto a la ermita, hay una vivienda derruida, abandonada como el resto. En 1305, los benedictinos de Leyre cambiaron al rey Jaime II de Aragón esta propiedad por otra iglesia. Sus últimos dueños fueron los Añús, hasta los días de la Desamortización. En 1840 lo adquirió la familia Bonafonte.

Cuando llegamos a Sos, son más que las tres de la tarde. Pero en el bar restaurante nos sirven sin reproche alguno una comida buena y barata. El bar está mucho más lleno que el comedor.



**Calle Mayor (Sangüesa)**

Enfilamos luego la calle Fernando el Católico hasta el mirador debajo de la iglesia, cerrada a estas horas. Ya está por fin terminada la residencia de ancianos. Encuentro el pueblo, que siempre me ha gustado mucho, más limpio, más cuidado, con más servicios hoteleros, más habitable. Hace frío, el frío normal del último día de noviembre. Los chicos y las chicas salen de la escuela, alojada en un palacio gigantesco.

- *Somos 43, pero ésta no es de aquí.*

- *Nosotras dos sí.*

Es una escuela comarcal. Una de las novedades de la villa son dos esculturas de bronce -una de cuerpo entero, sentado-, que celebran la memoria del cineasta Luis García Berlanga, que rodó aquí la célebre cinta *La vaquilla*. Un camión que va a descargar a una tienda de la calle, apenas puede pasar por el callizo, sin rozar los flancos.

Ya de vuelta, Ángel nos lleva por senderos que él solo sabe a la gran llanura llamada El Real, tendida entre Sos y Sangüesa, encima del Onsella, donde ya pastaban los ganados granados y menudos de Martín de Azpilcueta, antes que su yerno el doctor Juan de Jaso viniera a vivir al castillo de Xavier. El doctor fundaba sus derechos en una granja propiedad de su casa, situada en los Casares de Lerda, dentro de El Real, pero los habitantes de Sos y de Sangüesa y el señor del lugar desolado, que exhibía su derecho absoluto por donación de Juan II de Aragón, negaban tales derechos al señor de Xavier. Menudearon durante años los conflictos: carnereamientos, multas, talas de viñas, incendios de mieses, pleitos, muertes violentas...

Tras la conquista de Navarra, Fernando el Católico, nacido allí cerca, por sentencia arbitral de 1513 hizo dividir la llanura contenciosa con el cuchillo del río Onsella, adjudicando a Sos y a

Sangüesa sus márgenes respectivas, sin mencionar para nada los pretendidos derechos de la casa de Xavier, e intimándole después a su *amado consejero*, Juan de Jaso, que no enviase a los pastos de El Real sus ganados.

Pasamos junto a unas pardas caserías abandonadas, con oxidado utillaje de labranza alrededor. Se encienden ya las luces de Sangüesa. Y por la margen derecha del Onsella, entre tierras cerealeras regadas con el agua del canal, volvemos a La Magdalena.

Cuánta historia en estos pocos kilómetros a la redonda

---

---

# SAN MIGUEL DE ARALAR

Visito de vez en cuando Aralar, sobre el que he escrito en otras ocasiones. No sólo por el sitio privilegiado. La figura del arcángel san Miguel, sustituto del dios romano Mercurio en toda la cristiandad y patrón de la Iglesia universal, y esta joya románica de los siglos XI y XII, engarzada en el ámbito y el recuerdo de otro posible templo anterior, del siglo IX, tal vez destruido por la morisma, me es sumamente atractiva.

Esta tarde de agosto, de larga luminosidad penetrante, era una buena ocasión para gozar del bosque de hayas encantado, que se atraviesa subiendo desde Lekunberri. Y, ya en *la cumbre de Aralar*, del panorama de valles y montes iluminados por el sur, este y



oeste, tapiado sólo, al norte, por el rocoso pico de Irumugarrieta (1393 m.), en el que se clavan varios postes repetidores y antenas de comunicaciones. Un buitre alto se dejaba llevar por el bochorno de esta tarde cálida sobre el silencioso corredor de la Barranca.

Estaba recién cortada la hierba de la pequeña campa de la ermita de la Santísima Trinidad, rodeada de los fresnos imperturbables, que aguantan, podados cada año, toda suerte de adversidades climatológicas. En el ángulo extremo septentrional han acotado, en torno a un plantón de haya, un corto espacio conmemorativo de cinco jóvenes alpinistas que murieron en el intento de escalar el Anapurna,

Desde la entrada al recinto del santuario, algo ha cambiado. Todo está más limpio y los repetidos avisos muestran pasión por la limpieza del lugar. Se han ajustado y renovado los indicadores. Hay un claro interés en conservar el ambiente sacro dentro de la belleza global de la intemperie.

En el pasadizo que nos lleva al templo se han puesto unos tiestos con plantas y se ha colocado un breve pasillo de madera hasta la puerta del templo. La *varianda* está llena de anuncios de actos litúrgicos y encuentros de jóvenes cristianos en Aralar.

Dentro del muro del amplio nártex o atrio-refugio interior, se ha desplegado a modo de comic una exposición de dibujos para los niños, en castellano y el euskara, sobre la leyenda de Teodosio de Goñi y el dragón, de la que escribí en un largo trabajo anterior.

En la pequeña y central capilla románica del arcángel, con cubierta baja a dos aguas, y ahora bien iluminada, podemos leer (y recitar), a los dos lados de la imagen de San Miguel, el *Credo* cristiano y la oración más tradicional al arcángel, en latín, castellano y vascuence. A las puertas de la capilla, siguen colgando, a un lado, dos cadenas reales que evocan las cadenas irreales de la leyenda de



Teodosio de Goñi, y, al otro, sigue fijo el bajo relieve en bronce del busto del canónigo navarro Mariano Arigita, historiador del santuario.

Se han repintado en rojo, haciéndolas legibles, en el muro interior - posterior del templo propiamente dicho, las letras mayúsculas de las dos inscripciones redactadas en prosa telegráfica en dos placas rectangulares de mármol blanco, incrustada en la piedra cementada, que recuerdan las multitudinarias concentraciones navarras de 1889 y 1899 en favor de la unidad católica de España. Porque, si algo ha sido San Miguel en la historia de la Iglesia y de la cristiandad, ha sido *el defensor de la fe*.

Dice la primera de ellas:

*En los días tres y cuatro de junio de 1889 con motivo de conmemorar el 13 centenario de la Unidad Católica y pedir al Señor por mediación del glorioso S. Miguel de Excelsis constante protección de Navarra su restablecimiento en España se celebraron en esta basílica solemnes cultos y la función principal, el 2º día con misa cantada por la capilla de música de la S. Y. C. de Pamplona y sermones en castellano y vascuence en la próxima hermita de la SSma. Trinidad por no haber en aquella mas de catorce mil personas y la Vc. Comunidad de P. P. Capuchinos de dicha ciudad que con su M. R. P. Provincial concurrieron a ella*

Recientemente se ha colocado debajo de la inscripción, dentro de un pequeño marco, en vascuence y castellano, el siguiente resumen que, por su letra menuda apenas se lee desde abajo: *Recuerdo de la peregrinación de los pueblos de la Montaña de Navarra en 1889 (XIII aniversario de la unidad católica)*.

Dice la segunda:

*En los días 24 y 25 de agosto de 1899 tuvo lugar una peregrinación bendecida por el R. Obispo diocesano a la que concurrieron sobre 18000 personas y 200 sacerdotes para implorar del cielo la unión de los católi-*

*cos regeneracion de la sociedad y reinado de J. S. C. en el mundo celebrándose al efecto solemnes cultos en esta basilica y la misa y sermón en vascuence resumiéndolo en castellano en la próxima ermita de la SSma Trinidad asistiendo la capilla de música de la catedral de Pamplona*

Y se abrevia, debajo del escrito, en otro cuadrilo similar al anterior: *Recuerdo de la peregrinación de los pueblos de la Montaña de Navarra a San Miguel en 1899 (consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús por el Papa León XIII)*

En el muro espaldar de la capilla del arcángel, la cara mirante al altar mayor de la iglesia, se exponen desde hace poco tiempo tres preciosos estandartes, traídos y levantados con orgullo en 1889 por tres de los ayuntamientos vecinos de Aralar. Dentro de un pequeño marco se escribe en vascuence y castellano: *Estandartes*



**San Miguel de Aralar**

*ofrecidos por los pueblos a San Miguel en la gran peregrinación de 1889. Restaurados por las Madres Clarisas de Lekunberri en 2008.*

Los estandartes, de telas brocadas, llevan las siguientes inscripciones bordadas: 1) *Valle de Imoz a San Miguel de Excelsis en el XIII centenario de la Unidad Católica.* 2) *El pueblo de Goñi a S. Miguel Excelsis.* 3) *El arciprestazgo de Anué en el XIII centenario de la Unidad Católica.*

El primero de ellos, de color blanco, lleva en el centro una Virgen coronada con Niño en los brazos, bordada en plata y oro en seda superpuesta. El segundo representa al arcángel apareciéndose a Teodosio sobre fondo blanco entre guirnaldas rojas. En el tercero vemos al Corazón de Jesús, ornado con guirnaldas de oro en un brocado carmesí.



No podemos acercarnos al altar ni al famoso y asendereado retable de los esmaltes, porque los bancos están ocupados por uno de los frecuentes grupos de visitantes, esta vez de Vendrell (Tarragona), a los que un guía joven explica la historia y los elementos religiosos y artísticos del santuario.

Recalamos en el vecino bar, acomodado en el espacio ulterior, adosado al santuario y anterior al salón comedor, estrenado no hace mucho, una vez abandonada la nave intermedia que hacía de hospedería, que el viajero también disfrutó, pero imposible de sostener en estos tiempos. Es la hora de la merienda. Están ocupadas dos mesas. Hay un buen surtido de bocadillos y bebidas. En los diferentes anuncios y avisos expuestos de las dos estancias, las dos lenguas se reparten según el sentido común, es decir, según el uso de los visitantes, y no según cualquier otro criterio.

Van y vienen varias parejas jóvenes, en atuendos deportivos. Algunas personas mayores. Varios coches particulares aparcados y dos autobuses.

Volvemos por la pista asfaltada, ahora en buen estado, que baja hasta Santa María de Zamartze, donde se ha restaurado el templo románico y se ha convertido el viejo caserón adosado, que conocimos como molino, en un centro de espiritualidad, precedido por el sur de un jardín abierto.

San Miguel de Aralar, uno de los primeros santuarios de Navarra, merecía hace tiempo una seria reconversión. Zamartze cumple hoy, con mayores facilidades, parte de la misión que Aralar en su tiempo cumplió. Los dos centros históricos, litúrgicos y artísticos son ahora complementarios.

En la campa de Irañeta acampa la belleza de la tarde, que el cierzo comienza a templar.

---

---

# SEÑOR SANTIAGO

(Pregón del 29 de agosto de 2015 junto a la escultura de G. Brun en Puente la Reina).

*(Nota preliminar.* Este pregón estuvo concebido siempre como alocución oral y no escribí nunca un texto, sino que sólo lo medité. A petición de algunos oyentes, lo recojo de memoria, y añado sólo algunos párrafos, de esos, no fundamentales, que, por el tiempo, el ambiente y otras circunstancias, suelen olvidarse o relegarse inconscientemente a veces en las intervenciones orales).

Para no repetirnos, hago míos los saludos de Elena a las autoridades y a todas las representaciones que nos honráis con vuestra presencia. Pero quiero añadir el nombre de nuestra querida y admirada María Victoria Arraiza Zorzano, que está presente entre nosotros desde el punto más alto del Camino de Santiago.

Si la presidente de la Asociación de Amigos, de Puente la Reina-Garés, me invitó a hacer este pregón, lo hizo seguramente por ser yo de un pueblo vecino, atravesado también por el Camino de Santiago. Y eso que ella no sabía que, de chico y de mocico, nun-

ca tiré piedras a los chicos y mocicos de Puente, según la brutal costumbre que había con ocasión de la llegada del Ángel San Miguel a nuestros dos pueblos. ¡Vosotros erais más, pero nosotros estábamos más altos!

Ya sabéis que un pregón es un anuncio solemne, alegre y breve de algo o de alguien importante que está a punto de llegar. La solemnidad la ponéis vosotros con vuestra presencia; la alegría la traemos todos, y a mí me toca poner la brevedad. Además, tengo la suerte de anunciar esta vez no algo o alguien que no ha llegado, sino algo y alguien que ya llegó hace mucho o menos tiempo.

Anuncio, pues, en primer lugar la celebración de los 50 años de la escultura de Gerardo Brun, que hace dos años restauraron sus dos hijos, como si de un tercer hermano o de un tercer hijo de don Gerardo se tratase, según dijeron en aquella ocasión. Y es que este Santiago es una versión moderna y popular de la talla gótica incomparable de vuestra iglesia mayor: el Santiago *Beltza*, el Señor Santiago: aquél, negro de pintura, y éste también oscuro de soles, lluvias, hielos y nieves. Aquél, peregrino majestuoso y bendiciente, y éste peregrino más a ras de suelo, resistente a la intemperie, tan ligero y alado, que parece va a volar en cualquier momento, con su sombrero, capa, esclavina, bordón y concha, para acompañar a cualquiera de los cientos de miles de peregrinos que han pasado junto a él.

Primer caminero y caminante del Camino, primer ruano de la Calle Mayor de nuestro continente, como lo definió la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, al hacer del Camino el primer Itinerario Cultural europeo, en una sesión memorable, año 1987, en la cual tuve el honor de participar, Santiago es uno de esos raros santos o héroes que ha conseguido formar en el mundo una especie de País extraterritorial, de enclave cultural y espiritual, habitado por peregrinos (*per agros, inter agros*) de toda clase y con-



dición, todos connacionales de Santiago, todos santiaguistas en su carné de identidad compostelana, todos amigos y hermanos..., dejando sin sentido así aquel viejo y cruel proverbio navarro: *atzerri, otserri*: país de forasteros, país de lobos. Ahí no hay lobos ni forasteros: los forasteros se han vuelto huéspedes: *arrotzak*.

En segundo lugar anuncio, a los que todavía no lo conocen, que la Asociación de Amigos del Camino de Santiago se creó en 2011



**Monumento al peregrino (Puente la Reina)**

y ya tiene 150 socios en este año de gracia; y que acaba de terminar una de sus muchas semanas culturales, organizadas para pensar, hablar y actuar sobre el Camino, en el Camino y fuera del Camino.

Y queda lo mejor: el mejor por anunciar y celebrar: el mismísimo apóstol Santiago, hermano mayor de Juan, hijos de Zebedeo y pescadores como su padre; uno de los *Doce* amigos de Jesús de Nazaret, pregonero de sus palabras y de su vida. Pregonero del que fue Pregón, Palabra, Anuncio y Alegre Noticia (*eu-angelion*) de Dios en la Tierra, de quien, según el Evangelio de Juan, se llamó *Camino, Verdad y Vida*: Camino hacia Dios, Verdad y Vida de Dios. Por ser fiel a su Maestro, el pérfido rey Herodes Agripa I le hizo degollar en Jerusalén, entre los años 41 y 44 de nuestra Era. Suplicio terrible, todavía vigente hoy, no lejos de la ciudad santa, para degollar cristianos y otras minorías políticas, étnicas o religiosas.

El Camino de Santiago, es cierto, no es el Camino de Aníbal, ni el del Quijote, ni siquiera el de Ignacio de Loyola o de Teresa de Jesús -dos grandes santos, a los que está dedicado este año de 2015-; tampoco el del vino o el de la trufa. Pero todos los caminos son compatibles. El peregrino a Compostela lleva en la mochila de su espíritu todos los valores humanos: vitales, biológicos, estéticos, culturales, espirituales, religiosos y santos. De los que parten los numerosos motivos que le mueven a caminar, todos complementarios y para nada incompatibles.

Gente peregrina, gente de Puente la Reina y de toda Navarra, de toda España, de Europa y del mundo. *Errromeskideok, herkideok, lankideok, adiskideok*:

El Camino de Santiago es una gran metáfora, una imagen simbólica de la vida del hombre en la tierra. Lo dijo incomparablemente bien nuestro poeta Gómez Manrique:



Partimos cuando nacemos. / Andamos mientras vivimos. / Y llegamos / al tiempo que fenecemos. / Así que cuando morimos / descansamos.

El Camino es también metáfora de otro o de otros caminos interiores. Heredados de nuestros antepasados todos estos caminos, podríamos decir con verdad:

Caminante/, sí hay camino. / El camino que al andar / abrieron los peregrinos / primeros en caminar.

Pero don Antonio Machado sigue teniendo razón al decir que *Se hace camino al andar*, porque al fin y a la postre todo hombre debe abrir, con ayuda de todos los caminos heredados, su propio e intransferible camino interior que le lleve a la Justicia, a la Verdad y a la Vida, las metas más altas de todo ser humano.

Finalmente, quiero admirar públicamente, elogiar, agradecer, recomendar la Asociación de Amigos de Santiago, abierta, generosa, una y plural, común, proactiva e incitante, porque nada como eso se opone tan eficazmente a toda exclusión, a todo sectarismo, a todo fanatismo, que van corrompiendo, desnaturalizando la convivencia en cualquier lugar, hasta hacer imposible cualquier sociedad plenamente humana.

Puente la Reina ha elegido -entre otros medios, ya sé- para llegar a esa plenitud civil, cívica y civilizada, el Camino de Santiago, a quien tanto debe desde su fundación:

**Viejo Camino de fe  
de la Europa peregrina.  
Guía segura y doctrina  
de la Cristiandad a pie.  
Contigo voy y no sé**

de dónde vengo rezando  
y a dónde vuelvo cantando  
con mi concha y mi bordón.  
Camino del corazón,  
lo tuyo es ir caminando.

T



---

---

# PREGÓN DE LAS XIII JORNADAS DE LA VERDURA DE TUDELA

Señoras y señores verdurantes: (agrupo también en este calificativo inclusivo a las autoridades de todas clases, presentes hoy aquí, verdes o no, seguramente reverdecidas también, como cada hijo de vecino, en virtud de la verdura verdurosa de Tudela).

Yo, que vi que me invitaban el señor alcalde y, de nuevo, la Orden del Volatín a recitar el pregón de estas Jornadas, aunque llevaran el número XIII, leí a prisa y corriendo todo lo que habían dicho

mis ilustres predecesores. Y, al ver que ya habían dicho lo más importante, me fui con Vicente y Antonio al regadío tudelano -que es otra cosa que verlo desde el tren o desde el mirador-, y sólo cuando vi y oí allí lo que aquí sólo puedo apuntar, me animé a exaltar, en la solemnidad de hoy, en principio, la verdura, y, en concreto, la verdura de Tudela.

Era una mañana de abril, de ésas que a uno le ponen primavera. Estaba el camino de los Montes de Cierzo, y del cierzo, lujuriente de hierbas altas, verdoyas y lozanas: cebadillas, avenas locas, acederas, acederillas, malvas, *cardos lechuzos* y *gardinchas*, así como gamones, cerrajas, *amarilleras*, *choriquetas*, margaritas y cardos marianos; de vez en cuando, unas jocundas amapolas, tan difíciles ya de ver. Verdes brillosas como pocas veces estaban también las laderas del cerro de Santa Bárbara, que hacían resaltar las cárcavas arcillosas. Íbamos pasando, dentro de las terrazas aluviales, entre campos de manzanos todavía con la sonrisa sonrosada de la flor, humildes y regocijados melocotoneros, alfalfas delgadas y vivaces, trigales con las primeras espigas lanceoladas al aire, barbechos rehogados de hierba, perales esplendentes, o bróculis guardando sus pellas o *piñas* en el regazo verdioscuro y ondulante de sus hojas

Avanzamos luego bordeando el canalón o sangrero, la vieja acequia de desagüe, y llegamos a una vasta finca de alcachofa, alcaucil, alconcil o cardo de comer, en la variedad tudelana de alcachofa blanca, del orden de las asterales, de la familia de las asteráceas o compuestas, y género “*cynara*” (aquella bella muchacha seducida por Zeus y convertida en alcachofa). “*Palo de espinas*”, según la más probable etimología árabe. Tras una buena vernalización, aunque de tan sólo un año, eran plantas bien plantadas, rozagantes, descaradas, rebosantes de vida y de promesas ofrecidas. Trece trabajadores iban cortando las *ca-*

*potas* o *cogotas* de la hortaliza y echándolas en una “tabora” o máquina recolectora. Uno por cada liño o *rengle*, entre *pivo* y *pivo*, o entre *pajarito* y *pajarito*, que es como llaman en Tudela a los aspersores. Probé allí, por primera vez, crudo el corazón de una alcachofa, una vez cortado en dos el rosetón, cogollo, capítulo o cabeza floral; y hubiera sido mejor probarlo con un poco de aceite y sal.

Estábamos en el término llamado La Tamariz, en pleno terreno comunal tudelano, convertido desde hace sólo unos años en un nuevo regadío por aspersión y goteo, con resultados espectaculares. Algo más al norte, columbré el Soto de Ramalete, donde se descubrió el precioso mosaico de la villa romana, que hoy se muestra en el Museo Arqueológico de Madrid, y donde, la última vez que lo contemplé, me pareció ver dos cabezuelas verdiamarillas de alcachofa. Al fondo y hacia oriente, sobre el temblor de los altos álamos del Ebro en el Soto de los Tetones, rayaban el horizonte la cordiline de Valtierra y Arguedas, y las paredes ferruginosas de Valdetellas y de las Bardenas Reales.

Volvimos hacia el regadío clásico, hacia la Mejana de la Santa Cruz de Tudela, isla que forman el Ebro y la Acequia Molinar, paraíso tradicional de las célebres hortalizas que celebramos hoy. Pero antes nos detuvimos a orillas de la vasta presa de las Norias, junto a las viejas y herrumbrosas tajaderas y compuertas, y vimos salir la nueva acequia que riega por su pie los huertos mejaneros. El padre Ebro, al que han ido torciéndole el cauce, como nos atestigua el puente de piedra, se salió también este año de madre, y en su última ebrada se infiltró por aquí y por allí, sin que los daños hayan sido mayores. Entramos, ya en el Camino de la Mejana, en uno de esos huertos, cultivados, regados, mimados por los hortelanos, cercados de cañas, tamarices, chopos, saúcos, pinos o por

una valla de alambre... Toda una segunda vivienda agrícola, a la vez, con su motobomba, su caseta de aperos, su comedor, su barbacoa, sus tiestos de flores, sus caprichos.

Además de varios árboles frutales, mencionados antes o no, y de las solanáceas patatas que no pueden faltar, fui mirando



Torre Monreal (Tudela)



la hilera de alcachofas blancas, algo menores que las anteriores, lengüeteadas, costilludas, brillantes, inflorescentes, dulciamargas, afrodisíacas (o eso creían los griegos). Cerca, unos pocos cardos estrellados, hermanos parientes próximos de las anteriores, sólo que especializados en el tallo y no en la flor, crujientes también y talludos, demasiado talludos ya y dejados para casta. Tres tableros de lechugas de diferentes edades, acogolladas, ensimismadas, somníferas. Una hilada de puerros elegantes, radicales, fibrosos. Ah, mira tú, ajos, sí, sí, ajos, tan hortaliza como las otras: liliáceos, olímpicos y medicinales. Y las también liliáceas cebollas, babosas o no, mostrando, coquetas, el blanco bulbo globoso, traídas por los soldados romanos, que se hacían fuertes con ellas. Una fila de las populares y frescachonas acelgas, que quitaban las ganas de comer pero no el hambre a generaciones enteras de nuestros antepasados. Y las espontáneas, discretas, velludas borrajas, verdadero lujo hoy de algunos restaurantes franceses e italianos. Estaban ya perdiendo el olor a púrpura en flor las habas, tan afortunantes como vitamínicas. Y les acompañaban sus botánicos consanguíneos, los guisantes, más floridos todavía, mariposeados y zarcillosos, remotísimos en el tiempo.

Ya nos cantaron los expertos como Subijana, Berasategui o Cajus Apicius -y nos cantarán los maestros refitoleros que me sigan-, las delicias de estas verduras, y de otras más, algunas de las cuales saboreé ese mismo día con mis compañeros de regadío en el mesón restableciente de un cocinero tudelano. Ya volveremos, este mediodía, a ser vegetal y mentalmente felices con ellas.

Cantemos ahora, breve y solemnemente, todos a una, con pareados líricos y ditirámicos, los primores de la verdura, primero, y, después, y a la vez, de la verdura de Tudela.

-¿*Qué nos cita a estas alturas?*

- **La verdura**

-¿*Qué nos congrega y conjura?*

- **La verdura**

- *Gloria de la agricultura*

- **La verdura**

- *Signo de nuestra cultura*

- **La verdura.**

- *Por su solar donosura*

- **La verdura**

- *Y por su fluvial frescura*

- **La verdura**

- *Por su color y figura*

- **La verdura**

- *Por su bruñida tersura*

- **La verdura**

- *Por su fina embocadura  
y fácil desbocadura*

- **La verdura**

- *¿Control de nuestra cintura  
en estos tiempos de hartura  
o del zampar sin cordura?*

- **La verdura**

- *¿Qué arbitrio sin amargura,  
nos place, nos nutre y cura?*

- **La verdura**

- *No cometo desmesura  
ni falto a la compostura,  
por exaltar*

- **La verdura**

*La verdura pura y dura,  
es decir, pura blandura*

- **La verdura.**

\*\*

- Pero, amigos responsables  
de esta gozosa aventura  
“*Jornadas de la verdura*”,  
de resultados notables,  
que hoy celebra su clausura,

*¿qué verdura*

*canto en esta travesura  
con rimas a toda vela?*

- **La verdura de Tudela.**

-*¿Qué locura*

*de verdura,*

*cuya fama corre y vuela?*

-**La verdura de Tudela.**

*¿Qué verdura*

*puede ufanarse segura  
del abuelo o de la abuela?*

- **La verdura de Tudela**

*¿Qué verdura,*

*por su verdor o su albura,*

*bien cocida o en tempura,*

*por su jugosa ricura,*

*nos seduce y nos camela?*

- **La verdura de Tudela**

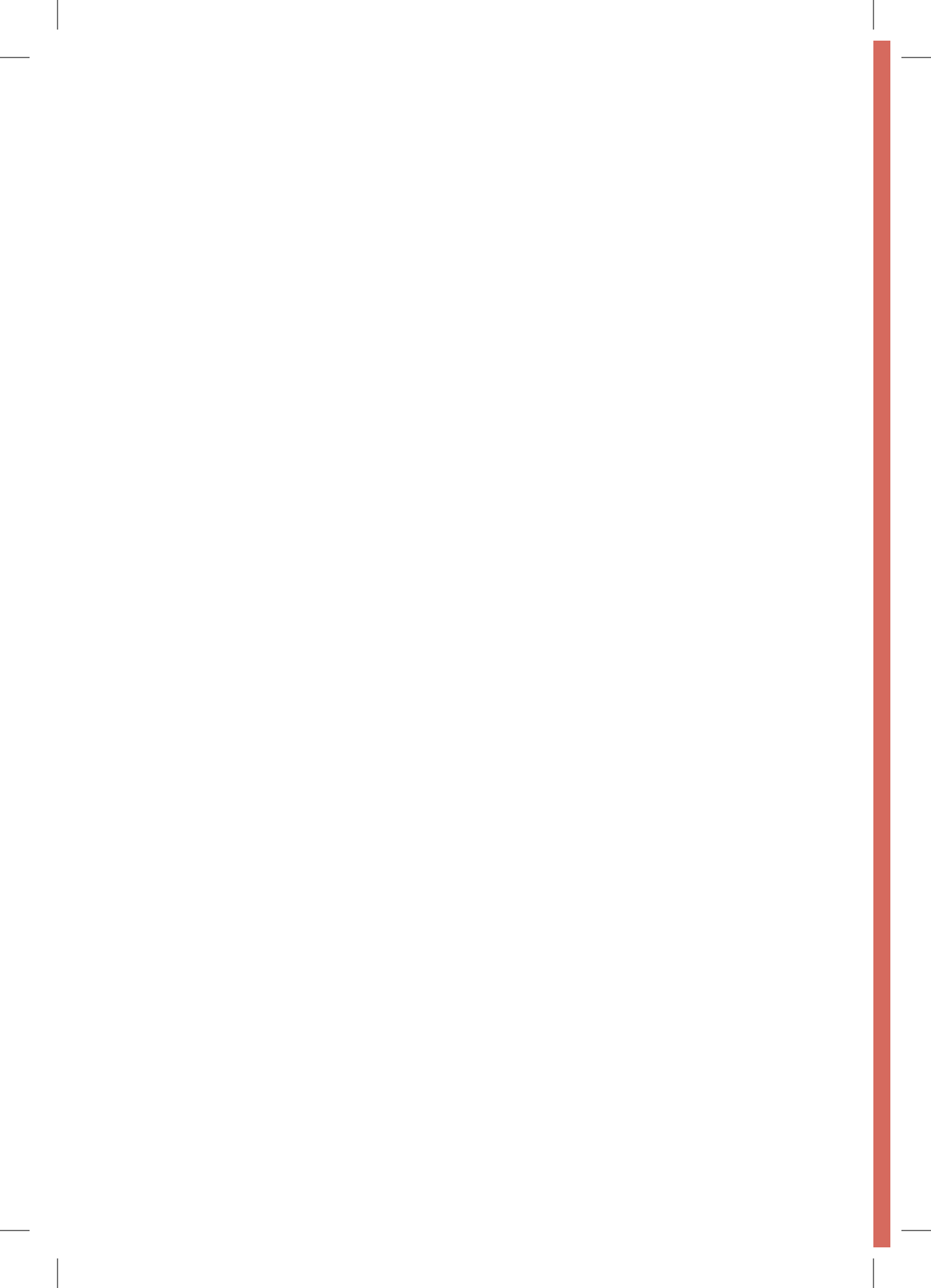
\*\*\*

Estrambote

Terminemos, amigos y paisanos, el rito de exaltación verduvil con unos versos exaltados a la alcachofa, dedicados al justamente premiado CNTA-Laboratorio del Ebro y a su director Demetrio Fernández Paz; al caballero de honor Miguel Sanz Sesma, a quien le gusta la alcachofa tanto como a Catalina de Médicis o a Luis XIV, y, cómo no, a los auroros de Tudela -lo fueron mis dos abuelos-, que madrugan tanto como las verduras; a la mismísima Cofradía de la Alcachofa, que todo se lo sabe y saborea en este punto; a Tomás Caballero Pastor, tudelano, a quien asesinó un día como hoy, hace nueve años, la banda independentista terrorista ETA y le impidió, entre otras muchas cosas, que pasase este día con nosotros; y, en fin, a todas las madres -hoy, día de la madre-, que preparan las alcachofas como mejor saben, y a veces con la ayuda de los padres, para el placer de toda la familia:

*¿“Palo de espinas”? Golosa  
suená en árabe huertano.  
El palo se expande ufano  
en cabezuelas frondosas.  
Las espinas se hacen rosas  
de placer en la cazuela.  
Y proclama la clientela  
que, por su gusto y finura,  
es reina de la verdura  
la alcachofa de Tudela.*

*Tudela, 6 de mayo de 2007*



U



---

---

# CARLISTAS EN ULTRAPUERTOS

Hace años me conmovió, visitando la linda iglesia de Sara, un pobre y desgarrado Cristo en cruz, tallado en madera por carlistas exiliados de España.

El profesor Joseph Zabalo, en un libro muy bien hecho, que acabo de comprar en Donibane Garazi, viene a contarnos desde allí, serenamente, esa parte apasionada de nuestra historia.

Durante la primera guerra carlista los periódicos de Bayona y de Pau dedicaban la mitad de sus páginas «a la guerra de España». Ese interés iba a aumentar, si cabe, durante la segunda guerra civil.

«*Refugio carlista* -escribe J. P. Jourdan, que ha estudiado el fenómeno-, *los Bajos Pirineos fueron también en muchos aspectos, una guarida para la insurrección, una especie de base política y logística para el movimiento*».

A finales de 1833 y comienzos del 34, los primeros reveses carlistas en España causaron el éxodo de centenares de fieles a Carlos V, que coincidieron con los que huían del cólera. Cuando acaba la guerra, seis años más tarde, algunos historiadores hacen subir hasta 30.000 los refugiados en la otra vertiente de la frontera.

En 1872, tras el fracaso de Oroquieta, dos centenares de seguidores de don Carlos pisan y pasan la raya. Pero, unos meses después, la pasan los que huyen de la inminente amenaza de los carlistas, y muchos mozos, que quieren evitar así el forzado servicio militar. *Le Courrier de Bayonne* cifra en 4.638 los españoles establecidos sólo en el cantón de San Juan de Luz. En lugares fronterizos como Biriattou son el 70% de la población. En todo el Departamento pueden ser 15.000. Cifra parecida al final de la segunda guerra carlista, en 1876.

Los carlistas españoles reciben los socorros del gobierno francés. La Monarquía de Julio se muestra especialmente generosa. En abril de 1840, en vísperas de la amnistía concedida por Espartero, 8.500 carlistas reciben aún ayudas del vecino país, pero revisadas a la baja.

Acerca de los legitimistas franceses, colaboradores de los carlistas españoles, estamos mejor enterados por los trabajos de Melchor Ferrer o José María Azcona, y sobre todo por los estudios de Jaime del Burgo Torres. Asimismo, y extraordinariamente, por los *Diarios* del mismo Carlos VII.

Por ejemplo, de aquel Détrouyat bayonés, propietario del hotel Saint-Etienne, y paño de lágrimas de todos. Junto a él se mueven



activamente rancios apellidos navarros como Belzunce, Garro, Olea, o los bordeleses Lalande y Pichón Longueville.

Pío Baroja describió con la habitual frescura de su prosa vivaz aquella Bayona pululante de carlistas huidos, al final de la primera guerra, en su novela *El amor, el dandismo y la intriga*. Y en *Las figuras de cera* queda retratada la tertulia en casa del marqués de Lalande, donde se reúnen el conde Hervigy, el barón de Batz o el señor de Montgaillard, transaccionistas y amigos de Maroto.

Algunos de ellos reciben a Carlos V en julio de 1834, aunque lo paguen con varios días de cárcel. El alcalde del municipio bajonavarro de Bidarray es destituido por no haber detenido al Pretendiente, después de haberle reconocido.

Carlos VII es huésped de sus amigos y valedores franceses en el verano de 1869: Bayona, Ascain, San Juan de Luz, castillo de Armendarits, Biarrote... Tres años después, lo hospedará la familia Diesse en el castillo de Larresore, y poco después descenderá el monte Larrún para entrar triunfalmente en Vera de Bidasoa, tres días antes de la derrota de Oroquieta.

Durante la segunda guerra, los realistas franceses son mayoría en la Asamblea Nacional. La Comuna de Francia y la República en España han asustado a muchos, y los simpatizantes carlistas son cada día más: el alcalde de Biarritz, el teniente de alcalde de Bayona, fabricantes, comerciantes, pueblo llano... Hasta el prefecto, marqués de Nadillac, pasa por afecto a la causa.

La tradición no se acabó en 1876. El chalé La Ferme, entre San Juan de Luz y Bayona, mansión de *Madame* de Gironde, será el punto de encuentro entre el delegado del rey Alfonso Carlos, don Javier de Borbón-Parma, y sus colaboradores Falconde, Rodezno, Várela, Utrilla..., en las vísperas del alzamiento de 1936. Cerca ya

de nuestros días, el hijo de don Javier, Hugo Carlos, residirá en la casa Tribulenia, de Arbonne, tras su expulsión de España por el general Franco.

Pero para las guerras no bastan las posadas, los refugios, los caminos de entrada y de salida. Se necesitan armas, ropa, equipos militares. Lo que, en tiempos difíciles, sólo suele conseguirse por medio del contrabando. Los Bajos Pirineos fueron también en muchos aspectos, una guarida para la insurrección.

Legendarios fueron durante el siglo pasado los contrabandistas franceses Michel Dihursubehére (*Hautziartea*), Batiste Etchegoyen, o Garnich Anchordoqui, de Macaye, *le roi de la contrabande*.

Un día, *monsieur* Porta, de Saint-Palais, hace llegar al campo carlista 3.000 capotes confeccionados en París; otro día varios carros, cargados aparentemente de paja, llevan a tierra española cuatro cañones fabricados en la ferrería de Larrau, o nuestro conocido Détroyet logra hacer pasar por la aduana 800 fusiles desmontados, en barricas de vino dulce.



**Batalla de Oroquieta**

Caballos y mulos eran asimismo imprescindibles en aquella guerra de guerrillas. En noviembre de 1834, dos partidas de 1.500 hombres atravesaron lentamente la frontera del bosque Irati y la de Alduides, llevados por dos tratantes de Mauleón y San Juan de Pie de Puerto, lo que costó el cargo a ocho aduaneros de Osés y San Justo de Ibarra.

Las casas Oyhenart y Fontan, de Donibane Garazi, almacenaron grandes cantidades de paño para la intendencia carlista; cuando llegó la policía, ya estaban del otro lado. Las industrias y comercios de la zona hicieron su agosto. El célebre agente carlista Anguet de Saint Sylvain hizo confeccionar 6.000 pantalones, destinados a los cruzados de la Causa, en casas y comercios de Bayona, y consiguió que llegasen a su destino.

Famoso se hizo un personaje, Tirso Olazábal, nacido en Irún y educado en Francia, exdiputado carlista a Cortes y residente entonces en San Juan de Luz. Durante la segunda guerra carlista se las ingenió para fletar varios barcos, desde Londres o desde Bayona, con gran cantidad de cartuchos, fusiles, cañones y material diverso -procedente incluso del sobrante de la guerra franco-prusiana-, y para hacerlos desembarcar, con armas y bagajes, en las playas de Bermeo, de Ondárroa o Fuenterrabía.

El viajero evoca la saga de los contrabandistas barojianos, conspiradores muchas veces y hombres de acción. Pero, de una manera inmediata, se le viene a las mientes aquel viejo contrabandista, que atraviesa *El resplandor de la hoguera* vallinclanesco, *silencioso, pequeño y duro*, que traslada, desde Francia, camino de Otain, a Cara de Plata, segundón de don Juan Manuel Montenegro, y a su tía la abadesa del convento de Viana del Prior, la pálida visionaria Isabela Montenegro y Bendaña, prima también del Marqués de Bradomín.

Las ruedas se enterraban en la nieve, y las muías, bajo el restallido del látigo, se tendían con una tristeza resignada y penitente.

Aquel camino era una trocha a través de la sierra, entre quebradas y peñascales.

Madre Isabel, acompañada de Eladia, la niña sorda, venía desde su Galicia natal, a ejercer su fogosa caridad entre los soldados del rey cruzado.

Amanecido, salieron de Urdax. Cara de Plata se quedó con la partida de Miguelo Egoscué. Los soldados republicanos de una sección de cazadores rodearon el carro dando voces. El capitán mandó registrarlo. Murmuró desabrido el contrabandista:

*- Por mi que lo registren (...) Molestia para las mujeres y para todos. Ya sabe usía, que yo ni con carlistas ni con liberales. Yo no tengo otro rey que el de la moneda.*

---

---

# EN EL CAMPO DE GOLF DE ULZAMA

Es 15 de octubre, fiesta de santa Teresa, aquella monja andariega y mística, escritora y mujer práctica, que tuvo tiempo y temple para ser modelo de cualquier cosa buena que podamos hacer.

Vamos, como todos los años, un grupo de amigos a comer la paloma de otoño al club de golf de Ulzama. Pero antes voy con Pedro, socio fiel y antiguo presidente del club, titular también de uno de los torneos más antiguos, a verle jugar al golf y a recorrer con él nueve hoyos, aprovechando esta fría y rutilante mañana otoñal.

Fue éste en los años cincuenta y hasta hace bien poco el único centro deportivo del género en Navarra, y no había apenas pro-

fesional en Pamplona que se preciase que no fuese a la vez socio entusiasta. Hoy sigue siendo el mejor y el máspreciado de entre los existentes. Lo visité por vez primera en los años ochenta, acompañando al presidente del primer Parlamento de Cantabria, a quien invité a visitar este Valle, parecido a los valles cántabros.

Son las diez y media y hay ya gente jugando. El bosque de robles pedunculares (*quercus robur*), que lleva viviendo aquí desde hace por lo menos 4.000 años, está todavía con la verde robustez del primer otoño, al socaire de los hoyosos puertos montanos, con algunas palideces en los pocos serbales, abedules y álamos de la primera línea de visión. Sólo un roble americano ha enrojecido sus primeras hojas palmípedas, semiocultas tras un añoso roble autóctono.

Llevo el carro de los palos (*drivers*) y me cuesta al comienzo dominar su rodaje automático. Hasta que me acomodo a su potencia y su ligereza. Le miro a mi amigo lanzar la bola blanca y vamos siguiéndola como si de una presa de caza se tratase. En el hoyo 1 me dicen de lo que significa un *dogleg* (pierna de perro) en la figura del recorrido. Aprendo a distinguir la clase de los palos utilizados, según los casos: madera, hierro -cortos, medianos, largos-, el 7, el 10, el W, el S... Y veo de cerca qué es un *hoyo*, donde está hincado siempre un banderín, y qué un *green*. Me cuesta más entender qué es un *handicap* y los diferentes puntos de partida de



**Club de Golf Ulzama**

los aprendices, los expertos, los seniores (señores senescentes) y las señoras.

Hasta el hoyo 6 nos acompaña lateralmente, mejor, nos ronronea, por un lado o por otro, un cortacésped, que está poniendo a Pedro nervioso. Detrás de nosotros no vemos a nadie, y delante de nosotros van jugando dos señores y una señora, a buen ritmo, sin precipitarse.

Pedro acierta casi siempre, pero a veces se ladea demasiado o no le sale el toque tan semicircular y olímpico como él quisiera, pero en ningún caso manda la bolita a los pequeños lagos ni a los *bunker* de arena o de hierba, ni se pierde entre el robledal, ni sale de los límites (*out*) marcados del campo. Y, teniendo siempre como meta los 67 golpes ideales, hace varias veces *green*, casi con la precisión y tino de Seve Ballesteros.

Por entre los huecos que dejan ver los robles centenarios, se ven algunas vacas pastando, la próxima granja y, subidas al pequeño altozano, las casas blancas de Eltso. A lo largo de la línea interior de demarcación, otoñean unos plantones de haya. De entre el centenar de aves localizadas en este campus, señorea los aires esta mañana un brillante milano rojo o milano real.

El 5 es el hoyo más largo. Al margen del hoyo 6 está la balsa de *la rana ágil* (rana dalmatina), de color marrón pálido, con manchas oscuras en el dorso, de largas patas y gran saltarina, que suele pasar el invierno y estaciones secas bajo troncos y rocas. La rana ágil se ha convertido en una metáfora de la bola del jugador de golf y hasta del mismo jugador. Llego al otro lado de la charca, donde se hincan en el césped unos pequeños troncos pintados en forma de setas, pero no veo ninguna al natural.

Entre los hoyos 6 y 7 están perdiendo sus grandes hojas moradas unos arces jóvenes, bajo los altos robles que por ahora parecen

imperturbables. Corretean por el suelo unas ardillas, y tras la escalada se pierden en la fronda de un roble.

Separa los hoyos 7 y 8 la ondulación mas pronunciada del campo. La del 7 es la pendiente más áspera del trayecto, si es que en este campo hay algo áspero, donde todo es verdemente suave y suavemente verde. Más difícil es acertar con la bola al otro lado, dada la depresión, pero el efecto del golpe, y sin tocar un árbol, la lleva justamente cerca de la banderita casi invisible del *green*, y la cosa está hecha.

Terminado el hoyo 9, nos hallamos cerca de la puerta del norte del chalé. Obra de los arquitectos Fernando Redón y Javier Guibert, en 1952, su armazón básico es de madera y cristal, cubiertas a muchas aguas y dos estilizadas chimeneas. Ocupa el centro del espacio interior un gran salón de estar, en torno a una chimenea central, con grandes sofás repujados de cuero, rodeado de los servicios indispensables del club.

Se han despejado todas las nubes, que estos días otoñales suelen ser nieblas o nubes bajas, y tomo el sol un rato, cara a cara. Me encuentro con uno y con otro, todos risueños, todos atezados, todos deportivos.

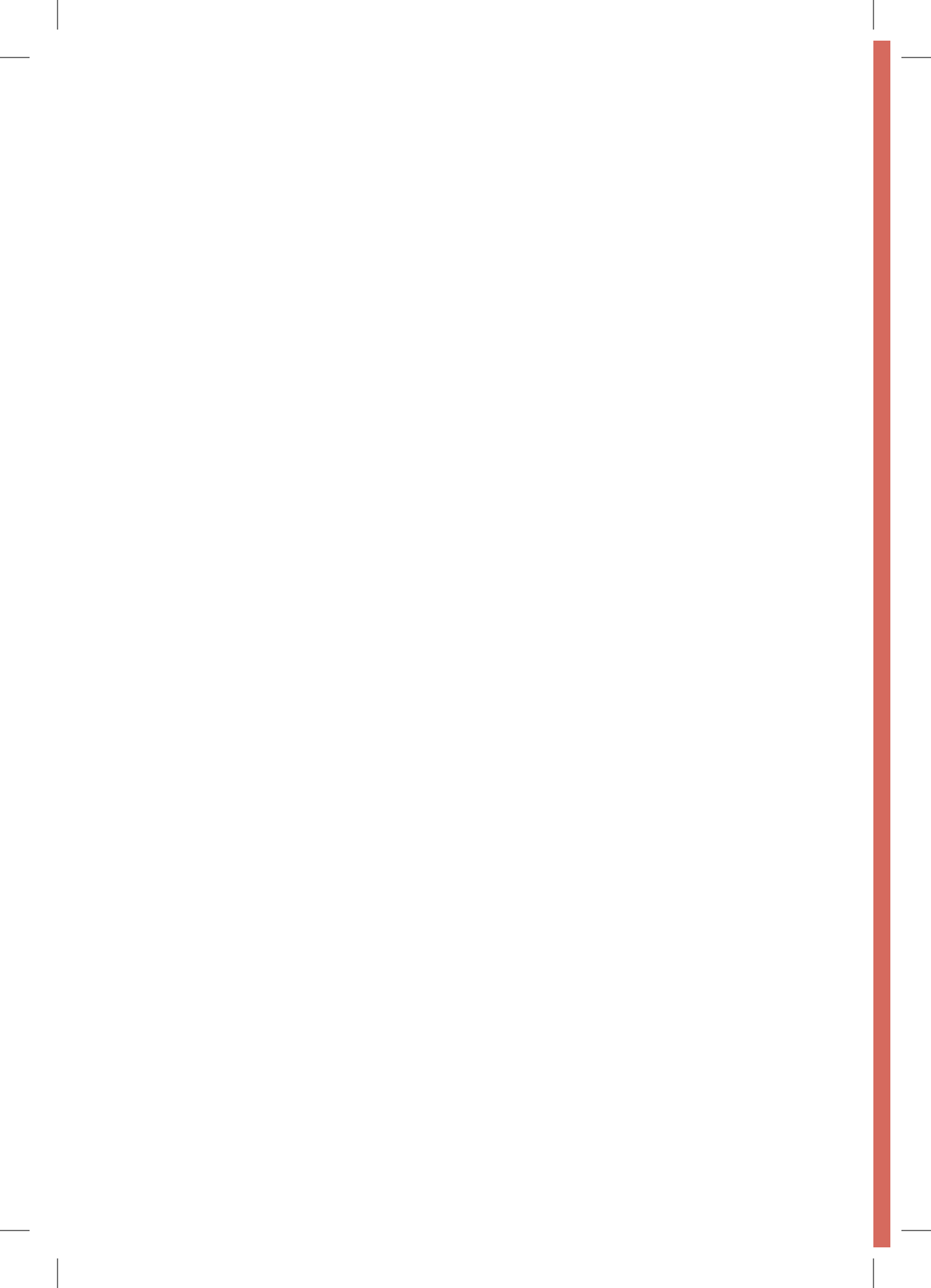
Y a las dos vamos a comer la paloma anual. Con un primer plato entre varias ensaladas. Media paloma para cada uno y un tercio de otra media, que no es poco. Aligerado con un recio vino tinto navarro. La conversación es tan sabrosa como la caza y tan entrañable como la tarde otoñal. Como para un bodegón de Fernand Léger.

Afuera, comienzan a otoñarse los robles, albean cuatro abedules y se elevan en ondas paralelas los severos abetos.

El rito está cumplido. Pero el del otoño, en este 15 de octubre, es inigualable.







V



---

---

# VUELVO A VIANA UNA TARDE FRÍA

He escrito poco sobre Viana porque ha habido y hay varios escritores en la hermosa ciudad navarra que han escrito mucho sobre ella y la conocen mejor que yo. Pero la he visitado una y otra vez, con muy diferentes motivos.

Esta tarde de diciembre, el frío y la hora tardía nos impide a tres amigos terminar una visita comenzada a un valle próximo, y nos decidimos a última hora por Viana, alta ciudad fortaleza, que recoge bien la última luz del día y nos permite vagar un buen rato por el laberinto de sus calles.

Después de varios años de restauración paciente, la ciudad presenta unos accesos nuevos y una estampa más neta y actual.

Viana, fundada en 1219 por Sancho el Fuerte, me recuerda siempre a la bastida alavesa Laguardia, que conozco mucho mejor, y no puedo menos de comparar las dos ciudades fronterizas, cuando visito una de las dos. A Viana le falta la visión imponente de la sierra de Cantabria; el paisaje vegetal de los viñedos a sus pies, con los puntos rojos de las numerosas bodegas vinícolas; el anillo de pequeños pueblos de la Rioja Alavesa, y las lagunas verdiazules en la vega oriental.

Viana ha ido superpoblándose e industrializándose desde los años sesenta, y las viviendas de todo género han ido cercando su cerco histórico robándole una buena parte de su encanto. Pero no es cosa de contraponer por principio la belleza artística a las necesidades edilicias ni a los intereses económicos de determinadas épocas. Y, sea lo que sea, Viana tiene riquezas urbanas y bellezas que está lejos de tener la impresionante *guardia* de Navarra.

Subimos por el paseo-mirador, muy bien urbanizado, debajo de la muralla histórica, y dejamos el coche cerca del ángulo nororiental del recinto urbano.

Con las bufandas tapándonos media cara, por la calle Algarrada, nos damos con la triple fachada del imponente palacio de Unda y Garibay, cuya entrada principal da a la arquitectónicamente tumultuosa plaza del Coso, donde no hay un alma, y donde la casa de los Balcones de toros no tiene a quién mirar hasta que no entramos nosotros. Entre palacios y casonas, que parecen nuevos de renovados que están, seguimos por la incomparable calle Mayor hasta la iglesia de Santa María, toda una catedral. Tras admirarla por fuera, la recorreremos por dentro. Tenemos la suerte de adelantarnos media hora a una boda, por lo que oímos unos fragmentos de la parte musical de la misa, y vemos iluminado el magno retablo barroco, todo un horizonte esplendoroso y vertical desde el coro.

Cuando entran los invitados superembodados -una real moza, vestida de negro y pluma en el pelo- con trajes poco adecuados en esta tar-

de heladora, salimos nosotros, no sin antes dejar pasar a los novios, que pisan olímpicamente la placa que celebra a César Borgia, aquella fiera política del Renacimiento político italiano, duque valentino, esposo de nuestra princesa Carlota de Albret y antes obispo desvergonzado de Pamplona, que nunca pisó, y que murió en una emboscada en campo próximo a Mendavia. Hasta el auroro de bronce, erguido junto a la puerta occidental de la iglesia, tirita de frío.



**San Pedro (Viana)**

Tomamos un tentempié caliente en un bar fronterero. Luego tiramos para la iglesia de San Pedro, la primera iglesia de la ciudad (siglo XIII), hundida ya, en buena parte, en 1844, víctima de varias transformaciones desafortunadas en siglos precedentes, del terremoto de 1755 y de la incuria completa tras la desamortización.

Oh, que espectáculo verla y recorrerla de noche, iluminada con luz blanca artificial, los tres amigos solos, con este frío gótico que abre los ojos y aguza el sentimiento estético: el presbiterio-girola pentagonal; la nave completa del evangelio y sus tramos de crucería con triple baquetón; los restos de pinturas medievales y posteriores recién descubiertas; las dobles ventanas de la cabecera y sus capiteles de hojarasca; los alzados de las pilastras crucíferas de la nave de la epístola; el trascoro cuadrado, ya reconstruida la bóveda; el majestuoso refectorio arqueado; las dos bodegas abovedadas, a las que se baja por una estrecha escalera; el viejo cementerio convertido ahora en parque, sobre el suburbio occidental vianés...

Y ya desde fuera, el torreón cuadrado, que sostenía la torre alta, y el rosetón del lienzo de los pies del templo, que es ya el único ojo avizor que le queda a la robusta y fronteriza fortaleza de Viana.

Entramos poco después a la casa de Navarro Villoslada, ante la que se detuvo el viajero en un viaje anterior, ahora felizmente Casa de Cultura y Biblioteca municipales, que exhibe las ediciones de las obras literarias del autor vianés, así como algunos estudios sobre su vida y su obra. La biblioteca está en el piso alto, a la que se asciende por unas escaleras de madera.

Como la tarde-noche no está para callejeos, bordoneos y pindongueos, salimos al paso del cierzo, y tapándonos de nuevo las caras con las bufandas y arrimándonos lo más posible a la muralla exterior, seguimos el perímetro hasta llegar al ángulo nororiental y meternos en el coche, donde nos parece salir no sólo de la edad media, sino también del medio invierno.

Otro día más, con más tiempo y más luz...



---

---

# UNA VUELTA POR EL VIEJO ZIZUR MAYOR

Se dobla la fresca tarde de enero, de este enero primaveral, y nos vemos dando una vuelta por el viejo Zizur Mayor, que habíamos tantas veces entrevisto, pero al que no volvíamos sosegadamente desde hace algunos años.

Por la calle Víctor Baraibar bajamos desde el Mirador hasta un amplio y pendiente jardín de yerba y árboles plantados, donde juegan los últimos chicos. El jardín bordea la avenida (carretera) de Estella, que puentea un doble y alto arco de luz, que es la maravilla de las entradas a la capital. Y desde ahí hasta casi el campo de fútbol, iluminado con altas pantallas, a los dos lados de la carretera de Gazólaz, se extiende el nuevo Zizur de las recientes

urbanizaciones, que han cambiado de arriba abajo la fisonomía del pueblo, y todavía no ha terminado todo, ni mucho menos, pues quedan 1.700 viviendas por construir en la parte occidental sobre la carretera.

Desde la cima de la sierra del Perdón, por ejemplo, se distinguen bien las casi treinta parcelas de terreno preparado para la nueva construcción, que ocupa más que el doble de espacio de lo ya construido. Hay en cada uno de estos pueblos grandes de la llamada Cuenca de Pamplona, hasta hace poco pequeños, nítidamente identificables, de clara identidad urbanística y sociológica, tantos poblados ya como urbanizaciones, como nuevos barrios urbanizados. Recorriéndolos, uno se pregunta:

*-¿Dónde estoy? ¿Dónde estamos?*



**Zizur Mayor**

En el extremo sur, en medio de los jardines, cerca de la gran vía de comunicación, han levantado un hotel elegante y dos edificios rectangulares de oficinas, todavía no ocupadas del todo. Los materiales de las construcciones son limpios, ligeros, bellos a la vista. Como gran parte de los liños de viviendas, que han ido plantándose en la vertiente sur de las ripas levantadas sobre el río Elorz, que va buscando la acogedora corriente del cercano río Arga. Los estilos de las residencias son muy diversos. Casi todas tienen su breve jardín y sus setos de separación.

Las nuevas calles, que en buena parte prolongan las viejas calles con sus antiguos nombres -Julio Paternain, Camino del Pozo, San Francisco, Ardoi, San Isidro...- están muy iluminadas y bien pavimentadas. Predominan las dos alturas en las casas, que son las habituales también en gran parte del casco viejo, por ejemplo en la central avenida de Belascoain, donde comenzó hace ya muchos años la expansión y la renovación urbanística.

No se ve ni se oye un alma. Sólo el persistente rumor, que con frecuencia es ruido, y ruido agobiante, del tráfico por la Ronda Oeste, arriba, y algo menos sonoro abajo, desde la carretera. En la parte central de las nuevas edificaciones sobresalen algunos tipos espectaculares de última arquitectura, como el de *La encina*, nombre que le viene de una plantada en un curioso patio interior, junto a un pequeño ciprés, adornado todavía con las estrellitas navideñas. Pero no todo es tan logrado: enfrente de esa casa se abre una fea plazuela con columnas, ninguna de cuyas bajeras, cubiertas con ladrillo, se ha abierto todavía.

Los árboles son numerosos y bellos, desde palmeras a pinos, cipreses, abetos y cedros, que son los que predominan. Ya en la cima de la pendiente, entre la calle Camino de Gazólaz y la cimera Pinar de Ardoi, hay una holgada colmena de villas, con muchos templetos o baldaquinos en color gris blanquecino, de estilo semi

georgiano, grandes setos y pequeños jardines. *Ronda de los pinares* se llama una vía del casco antiguo. *El Pinar de Cizur* se llama ahora la urbanización más nueva y audaz, la más occidental de todas, donde vemos y oímos, menos mal, reír y hablar en voz alta a un grupo de adolescentes que parecen ir hacia casa.

Volvemos hacia el núcleo antiguo del pueblo, que guarda todavía en el flanco norte zonas verdes adornadas de encinas y coníferas, cerca de antiguas viviendas renovadas, desde donde se contempla un esplendente panorama de Barañain, de noche.

La iglesia gótica (s. XIV) de San Andrés, hito un día en el Camino jacobeo, que guarda con celo pétreo sus tesoros, entre ellos el bellissimo retablo renacentista, se ha quedado pequeña y casi aislada dentro de un lindo espacio ajardinado y sobre el cercano paseo de Elizpea, en el cabo nororiental del ya variopinto caserío. Extraño edificio medieval, rudo y austero a un lado de tanta modernidad, de tanto lujo y preciosura.

El ruido de la variante es mucho mayor en este punto. Y, en contraste, el silencio humano, a estas horas medias de la tarde, nos parece más extraño. En muchas viviendas, y menos cuanto más nuevas, apenas se ve luz. Parece que no hay nadie. Sólo a través de los ventanales de un asador, dentro de un artificial anchurón, vemos una mesa con paísanos.

- ¿Dónde estamos?

---

---

# RODEANDO A ZÚÑIGA

El territorio de Zúñiga tiene en el mapa los trazos caricaturescos de una señora con un bolso en la mano derecha, y con el pie puesto en la sierra de Gallet. Situado en la última línea fronteriza entre Navarra y Álava; sujeto, de norte a sur, entre las sierras de Gastiain-Galbarra y la sierra de Codés, envuelve al pequeño pueblo por tres de sus costados un bosque espeso de frondosas mediterráneas y submediterráneas, con algunos rodales de pinos laricios de repoblación, y sólo le queda el vasto y llano costado occidental para abrirse hacia las tierras de labor en secano.

Cuando nos acercamos, las riberas del alto Ega, cuyos orígenes todavía no hemos descubierto, y las de su afluente el Barrabia están en esta mitad de agosto como estaban en el mes de abril. Recordamos nuestros anteriores viajes para recorrer los parajes de la batalla de Arquijas o para participar en la romería a la ermita.

El enorme almacén de la serrería, a la entrada del pueblo, tiene poca madera. Ya no se ven las numerosas cubiertas verdes de la granja de patos, que parecía de lejos un campamento juvenil. Aquel buen proyecto del benemérito veterinario, que trajo nueva riqueza y gente a la villa en 1989, ha cambiado de sitio y de manos. Queda vigente la famosa y singular cooperativa agrícola y comercializadora de Santa María, que puso en marcha en junio de 1958 el entonces joven párroco Florentino Ezcurra, tras llevarse a cabo la concentración parcelaria. Muchos labradores pobres se habían ganado durante siglos la vida en este lugar fronterizo comprando o vendiendo de contrabando trigo en la vecina Castilla.



Zúñiga

Fue Zúñiga la única población de Tierra de Campezo que, al separarse Álava del reino de Navarra el año 1200, siguió siendo navarra. Entonces se ampliaron sus fueros y se convirtió en villa fortificada. En los años del Trienio liberal fue agregada a la provincia alavesa, pero Fernando VII tuvo la buena idea, entre tantas perversas, de restablecer la anterior situación. Hoy la casa consistorial, de sillar y sillarejo, levantada en el siglo XVIII, muy renovada hace 30 años, luce en el balcón corrido de la segunda planta las banderas de la Unión Europea, España y Navarra. Veo un apellido eslavo en la lista actual de concejales.

Conserva el poblado la forma de bastida semiovalada, compuesta por la calle Mayor y las calles laterales Solana y Bajera, enlazadas por cinco callejos transversales y la renovada plaza del frontón. Son bien visibles en todo el perímetro los lienzos de la muralla, aprovechada por las viviendas posteriores, en la que sobresalen dos torreones cúbicos, además de uno cilíndrico y otro prismático, más la puerta que se abre dentro de éste último al norte de la fortificación, que da a una zona ajardinada con bancos donde se sientan y platican esta tarde unas vecinas y un vecino. A los dos lados de la vieja bastida se han plantado unas villas modernas entre árboles y jardines.

Todo el pueblo, de 127 habitantes según el último censo, guarda un viejo aire medieval en sus estrechas calles, y un cierto descuido que le da una pátina antigua, a la que añaden realismo unas cuantas casas vacías. La preciosa iglesia gótico renacentista de Santa María, del siglo XVI, ampliada a tres naves en los dos siglos posteriores, con su retablo mayor plateresco, se alza en medio de la calle Mayor. Varios escudos de los Maeztu, Gastón y Gómez de Segura ennoblecen algunas casas con sus castillos, rocas, calderos, fajas, bandas terciadas,



rosetas, niños, sirenas, animales pasantes, leones, águilas, y una cruz de Calatrava.

Un paisano, que encontramos a la salida del pueblo, lamenta el traslado de la granja y la no buena situación económica de la serrería. Pero lo que le duele más es la muerte de su mujer, que se le fue hace tres años:

*-Y es duro vivir ahora solo.*

Zúñiga ha dado el apellido a muchos ilustres españoles, entre ellos al bufón de Carlos V, Francesillo, o al ayo de Felipe II, Juan. Dicen que fue el duque I de Béjar y Plasencia, Álvaro, de



**Zúñiga**



la casa de Stunia/Estúñiga quien castellanizó el apellido.

Por aquí también pasó el tren de Estella a Vitoria.

Algunos turistas se llevan la foto de la vieja estación en ruinas, a las afueras del pueblo.





